



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MAESTRÍA EN HISTORIA (HISTORIA DE MÉXICO)

LA MUJER AZTECA

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

MAESTRA EN HISTORIA (HISTORIA DE MÉXICO)

PRESENTA:

GUADALUPE PÉREZ SAN VICENTE

Ciudad Universitaria, México D.F.,

1944



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

TESIS

XH
19-14
PER

QUE PARA EL EXAMEN PROFESIONAL DE

MAESTRO EN CIENCIAS HISTORICAS

PRESENTA

GUADALUPE PEREZ SAN VICENTE



**Con todo mi cariño y mi admiración a mi Abuelita
Doña Vicenta Suárez Vda. de San Vicente.**

**Con veneración a la memoria de mi Madre
Sra. Matilde San Vicente de Pérez.**

Con amor a mi padre

Sr. José H. Pérez Rentería.

**Con todo mi cariño y mi gratitud a mis Tíos
Cesáreo, Luis, José, Manuel, Salvador
y Susana.**

Antes de entrar en el desarrollo del tema de este trabajo, deseo expresar mi admiración hacia quienes despertaron en mi el interés por la Historia Antigua de México, mis Maestros, Señores:

Enrique Juan Palacios,

Heliodoro Valle

y

Manuel Sánchez Gavito.

MOTIVO

La idea de escribir acerca de las mujeres aztecas nació de las preguntas sin respuesta planteadas dentro de mí al estudiar la cultura azteca.

El saber qué de ellas pudimos haber heredado y conservado las mujeres mexicanas al través de nuestra hispanidad, instó en mí el deseo de conocer su vida.

La cristalización de este anhelo, la culminación de una obra hecha con amor hacia nuestro pasado, está ante vuestros ojos.

¡Dios quiera que el esfuerzo realizado no haya sido totalmente inútil!

México, agosto de 1944.

PREAMBULO

La mujer azteca nació y vivió en un pueblo de grandes contrastes, contraste entre la sencillez de su vestir y la riqueza de sus adornos, contraste entre su escasísimo mobiliario y la magnificencia de sus comidas, contraste entre sus ideas bellamente expresadas y la sencillez con que llama a todas las cosas naturales por su nombre, contraste en fin, entre su vida pública guerrera y sangrienta obligada por sus dioses y su vida íntima sencilla y amable, contraste tan grande como la oposición y la adaptación, la originalidad y la repetición del Universo.

La vida pública del pueblo azteca es bien conocida, su expansión territorial basada en la fuerza y sus guerras, no interesaron a mi estudio porque no fué la historia del pueblo azteca, no fué el relato de los hechos cruciales de su existencia lo que pretendí realizar, sino el relato del diario vivir de la mujer azteca, que no es posible entender sin considerar su religión.

Por ello estudiamos a la mujer desde dos puntos de vista, el primero como mujer, el segundo como diosa.

Pretendí aunque sin lograrlo, que los varones aztecas fuesen en mi trabajo solamente presencia invisible, lo imposible de realizar me convenció de lo absurdo de mi empeño al tratar de desligar lo que la vida ha unido para siempre.

SU VIDA

NACIMIENTO

El nacimiento entre los aztecas era un acontecimiento siempre importante y de gran trascendencia, que esperaban con ansia no sólo los padres sino todos los parientes.

La venida al mundo de una criatura se anunciaba a los familiares entre los aztecas, por los gritos guerreros que lanzaba la médica, o partera, que se había encargado de hacer que "su hija bien amada", (1) saliese con bien de lo que ellos llamaban "la hora de la muerte", porque la madre, portándose esforzadamente, había logrado traer un cautivo a la tierra.

Si la enferma recibía, en lugar de un niño, dos; "cosas que en esta tierra ocurren muy frecuentemente", (2) mataban a uno de ellos porque de no hacerlo, al decir de sus dioses, en quienes creían ciegamente, morirían el padre o la madre de los gemelos.

Si la criatura recién llegada era varón la recibían con mayores honores que si era mujer, porque había la posibilidad de que fuese un guerrero más, que buscase para sus dioses el alimento precioso: la sangre humana. Las primeras palabras que al nacer oía la niña, se las decía la partera que la había recibido y eran estas: "Señora mía muy amada, sedís muy bien llegada; trabajo has tenido, háos enviado acá vuestro padre amantísimo, que está en todo lugar, criador y redentor, (3) habéis venido a este mundo donde vuestros parientes viven en penas y fatigas, donde hay calor destemplado, fríos y aires,

(1) Bernardino de Sahagún, Historia de las Cosas de la Nueva España. México, 1942, II, 106.

(2) Jerónimo de Mendieta, Historia Eclesiástica Indiana, México, 1870, 32.

(3) Es uno de los pensamientos cristianos que, seguramente sin conciencia deliberada de ello, Sahagún atribuye a los aztecas.

donde no hay placer ni contento, pues que es lugar de trabajos, fatigas, y necesidades...; no sabemos la fortuna que te ha cabido, ni qué son los dones y mercedes que os ha hecho vuestro padre y madre el gran señor y la gran señora que están en los cielos...; ignoramos si te lograrás, si nuestro señor te prosperará y te engrandecerá...; tampoco sabemos si tienes algunos merecimientos o si, por ventura, habéis nacido como mazorca de maíz anieblada, que no es de ningún provecho o si traes alguna mala fortuna contigo que te incline a suciedades y a vicios, o si serás ladrona; ¿qué es aquello con que fuiste adornada?... ¿qué es aquello que recibiste atado en paño antes de que el sol resplandeciese? Es decir, ¿cuál es la herencia que los dioses te entregaron? Seáis muy bien llegada, hija mía; gozamos con vuestra venida, muy amada doncella, piedra preciosa, pluma rica, cosa muy estimada; ya habéis llegado; descansad y reposad, porque aquí están vuestros abuelos y abuelas que os están esperando. Habéis llegado a sus manos y a su poder; no suspiréis ni lloréis, pues que sois venida; ya habéis llegado tan deseada...; aunque sois nuestra hija no os merecemos, por cierto; por ventura, tamañita que sois, os llamará el que os hizo, acaso seréis como cosa que de repente pasará por delante de nuestros ojos y que en un punto os veremos y os dejaremos de ver. Moriréis demasiado pronto. Hija mía muy amada: esperemos en nuestro señor" (1) Terminando de decir estas palabras, cortaba el cordón umbilical y enterraba entre las piedras del hogar "las pares en que venía envuelta" (2). Acto simbólico por el cual expresaban que, por toda su vida, el sitio que pertenecía por derecho y obligación a las mujeres aztecas era el hogar. En seguida la médica añadía: "que el acto que acababa de realizar, lo había hecho por ordenación de su padre y de su madre Yoaltecuhtli, que es el señor de la noche y de Yoallicitl, que es la diosa de los baños (3)... y que recuerde que ella, como doncellita que es, tendrá que estar dentro de su casa como "el corazón dentro del cuerpo"; "no habéis de andar fuera de ella por costumbre; habéis de ser la ceniza con que se cubre el fuego en el hogar, habéis de ser las

(1) Sahagún, op. cit. II, 187.

(2) Seler, *Caeciliae, La Mujer Azteca*, Traducción española Pedro Hendrichs.

(3) Sahagún, op. cit. II, 190.

traudes (piedras sobre las que se ponen las ollas en la lumbré) que en este lugar os entierra nuestro señor, y vuestro oficio ha de ser traer agua y moler maíz en el metate; allí habéis de sudar junto a la ceniza y el hogar". (1)

Índice de la posición económica de la recién nacida, era la mayor o menor riqueza con que se hubiesen tejido y bordado la ropa con las que su madre y parientes esperaban su venida a la luz de este mundo.

Si la dama que iba a ser madre era noble, la acompañaban, desde varios días antes de que el acontecimiento fuese llegado, tres parteras que se encargaban de prepararle sus alimentos; si era pobre sólo la acompañaba, en el momento mismo, una médica (2).

Si la madre era persona de calidad o mercader, acudían a felicitarla de los pueblos circunvecinos: saludaban primero a la criatura, después a la madre y en seguida a los parientes de los padres, acompañándolos por cerca de diez días; y, por último, al padre del niño. Cuando el recién nacido era hijo o hija de Tlacatecuhtli o de algunos de los señores de los pueblos vecinos, venían a saludarlo embajadores de todos los reinos, y cuando expresaban su saludo de bienvenida, la madre descubría al niño para que por sus atávios viesen que se trataba del hijo de un señor. (3)

El padre de este niño desde al nacer, le ponía casa y le daba tierras con gente que le sirviese; y cuando las hijas se casaban con gente de fuera de Tenochtitlán, las tierras se quedaban en posesión de quienes las habían labrado. (4)

En sus discursos hacían notar la misericordia de los dioses al concederles la gracia de un hijo, sobre todo si éste había sido varón, porque había de tomar sobre sus hombros y espaldas los cargos del gobierno y resucitar la memoria de sus antepasados.

Los saludos y las felicitaciones a las clases nobles se prolongaban durante veinte días, y sólo por diez si la madre no pertenecía a las clases privilegiadas.

Entre la gente del pueblo, el izquemtil o regalo, consistía

(1) Sahagún, op. cit. II, 190.

(2) Sahagún, op. cit. II, 173.

(3) Sahagún op. cit. II, 203.

(4) Alonso de Zurita, Breve y Sumaria Relación, México, 1941, 109.

en comida y bebida y ropa entre los nobles. En los discursos que dirigían a la criatura le hablaban de los trabajos que debía realizar para ganar su sustento, y se mencionaba siempre el oficio del padre, si era varón, o las ocupaciones propias de su sexo, si era mujer. Las felicitaciones y saludos a la madre se hacían en el mismo tono que los dichos a las madres ricas, porque para los aztecas los niños, fuese cual fuese la posición social en la cual habían nacido, significaban "sus piedras preciosas y sus plumas ricas"; es decir, sus joyas más preciadas.

EMPADRONAMIENTO

Inmediatamente que un niño nacía era empadronado por los oficiales de cada barrio, procedimiento que permitía conocer con exactitud y al día la población infantil. (1)

El procedimiento pues era similar al seguido en la actualidad por el Registro Civil, con la diferencia de que el estado entre los aztecas, era quien se enteraba directamente.

El origen de los hijos no interesaba al estado azteca; ante él y en su costumbrario derecho, todos los hijos eran iguales; aún los hijos habidos ilegalmente en una esclava nacían libres. (2)

Las mujeres tenían derecho a heredar y aún casadas podían conservar sus bienes, por lo demás la mujer estaba rodeada de un respeto que obligaba a todos, según su categoría, porque aquel que faltaba a una mujer era severamente castigado.

HOROSCOPO

La preocupación primera que los padres aztecas sentían con respecto a sus hijos, era saber la buena o mala fortuna que los dioses les hubiesen deparado; para lo cual, consultaban con el Tonalpouhqui, que era el sacerdote encargado del manejo y simbolismo de su complicado calendario religioso.

(1) Manuel Moreno Sánchez, *Organización Política y Social de los Aztecas*, México, 1931, 50.

(2) Manuel Orozco y Berra, *Historia Antigua y de la Conquista de México*, 1880, I, 271.

La buena o mala fortuna de la criatura dependía de la combinación del signo y número con que se distinguiese el día y la hora en que sus ojos se abrían a la luz; porque no solamente cada una de las trece veintenas que formaban su Tonalamatl tenía una deidad especial que las protegía, sino cada uno de los días que las formaban, y aún las partes de ellos estaban también bajo la advocación de una divinidad especial.

En realidad, el Tonalamatl, "libro de la suerte" o, con título más certero, "libro de los días buenos y malos", (1) que Torquemada tradujo por "libro de suertes o de ventura", (2) es la enumeración ordenada de ciertas divinidades, o series de éstas, con sus correspondientes símbolos, a las que atribuían los indígenas una omnipotente influencia sobre los días; y de allí, insistimos, que dieran gran importancia sobre la suerte o ventura de las pequeñuelas y sobre las acciones que se ejecutaban. (3).

Los sacerdotes formaban el horóscopo teniendo en cuenta la doble significación que atribuían a todos los signos; con lo cual justificarían sus posibles equivocaciones y la retribución que se les diera.

Por ejemplo: si la niña nacía bajo el signo Xochitl, había de ser una hábil bordadora, siempre que no descuidara sus oraciones y penitencias, pues en caso contrario, corría el peligro de convertirse en una libertina, por el doble papel que atribuían a Xochiquezal, bajo cuya regencia estaban esos días.

Si nacía en los días quiahuitl y ozomatli, serían desvergonzadas, dadas a la contradicción, a la disputa y el libertinaje porque eran los días que tenían marcados los fantasmas Cihuateteo para bajar a obligar a los hombres al pecado. (4)

Quienes nacían bajo miquiztli serían hechiceras y agoreras; quienes bajo mallinalli, inconstantes y descontentadizas; ricas, quienes en el día acatl, acompañado del numeral nauí; infortunadas, quienes nacieran en días que presidiese Mictlantecuhltli, porque serían inhábiles, inútiles y las habían de matar por mentirosas; desdichadas serían también quienes nacieran

(1) Eduardo Seler, Comentarios al Tonalamatl de Aubin, Traducción Española de Carlos Brecker, I, 16.

(2) Anotaciones manuscritas al Códice Borbónico.

(3) Seler, op. cit. I, 16.

(4) Anotaciones manuscritas al Códice Borbónico.

bajo Chalchiutlicue, porque no podrían ser madres; de larga vida habían de gozar quienes nacieran bajo cozcaquauhli; en cambio, quienes nacían en días presididos por Tlazolteotl, morirían pronto, sin tener hijos; dichosas, porque nunca las obrecería nadie, las nacidas bajo Xochipilli, o en los días cipactli, porque este día era particularmente símbolo de eterna felicidad; prósperas y ricas serían las jóvenes, nobles o no, que naciesen bajo tochtli o en los días yei atl; en tanto que las que naciesen bajo ocelotl, serían mal casadas, adúlteras, condenadas a morir en extrema pobreza o a pedradas.

En los días acatl, acompañados del numeral ce, por serle pertenecientes a Quetzalcoatl, dios del viento, con el cual no es posible estabilidad, nacían las que no se casaban y andaban nada más de "casa en casa". (4)

Ningunas, sin embargo, tan infortunadas como las que llamaban "Nencihuatl", por haber nacido en los cinco últimos días de su año religioso, días huérfanos de deidad regente, por lo que los consideraban malditos los nemontemi y estaban condenadas a sufrir toda su vida menosprecios y castigos que no merecían, por el sólo hecho de haber nacido en los días que los dioses habían olvidado.

El primer paso que la agorería daba en la vida de la niña estaba ya dado. Su horóscopo, dicho a sus parientes por el sacerdote, había de marcar para siempre, con lineamientos fijos, su vida. En su fatalista mentalidad, la voz de sus dioses había llegado hasta ellos y no había poder humano que pudiese alterarla. Sólo una vida buena de sacrificio y penitencia podía modificar, en parte, un signo poco venturoso.

Si el horóscopo de la criatura era favorable, se procedía en el cuarto día a la ceremonia de darle nombre. Si había sido infortunado, los sacerdotes sugerían a sus padres buscar para la fecha del bautismo un día de signo y numeral particularmente venturoso. El poder de los sacerdotes se perfila claramente: prohibiendo, cambiando fechas y sugiriendo acontecimientos, tenían bajo su dominio la voluntad de su pueblo. Pueblos de mentalidad fatalista han sido varios en la historia, profundamente religiosos, todos los considerados primitivos, pe-

(1) Sahagún, op. cit. I, 206.

ro en ninguno se han acentuado, hasta la exageración, estos caractéres, como en el Azteca.

BAUTISMO

Al cuarto día, como ya se dijo, si el horóscopo había sido favorable, celebraban la ceremonia de dar nombre al niño, al que desde el momento que nacía lo colocaban dentro de su cuna. Por muy pobre que fuese la familia entre los aztecas, nunca los niños dormían en la misma estera que sus madres.

Durante cuatro días, no sacaban ni una brasa del fuego que estaba dentro del aposento, ni menos dejaban que se extinguiese, por que suponían que a la criatura la saldrían nubes en los ojos que empañarían su vista, o se le extinguiría totalmente; causadas por el enojo del dios del fuego, considerado como purificador no solamente de los pecados de la madre, sino también de la "suciedad" que el niño pudiese haber traído consigo, por lo que era uno de los medios usados en su ceremonia gentil del bautizo, (el fuego siempre fué motivo de su asombro porque creían contenía al dios mismo).

En realidad, del ritual seguido en el bautizo, por mediación del fuego, poco sabemos; muy rara vez lo encontramos mencionado por los cronistas; la mayoría de las veces relatan solamente las ofrendas que al dios del fuego ofrecían antes de proceder a la ceremonia con ayuda del agua, pero sin mencionar siquiera que usaban de esa otra ceremonia.

Ruiz de Alarcón, sólo informa de que al cuarto día (el número cuatro es muy importante entre ellos) sacaban del aposento al fuego y al niño y con ellos daban cuatro vueltas al patio de la casa: dos a la derecha y dos a la izquierda, (1) diciendo en voz alta el nombre del niño.

Para el bautizo mediante el agua, en el que algunos cronistas —por lo que después se verá—, ha encontrado parecido indescubrible con el bautismo cristiano, se colocaba en el centro del patio una estera hecha de juncias, y sobre ella una cazuela nueva llena de agua, junto a la cazuela una petaquita con huso y lanzadera; un pequeño petate enrollado y un ma-

(1) Hernando Ruiz de Alarcón, Tratado de Supersticiones; México, 1892, 131.

nojo de escobas, si la criatura bautizada era mujer; o un arco, una flecha y un maxtlatl, si había sido hombre, simbolizándose con este presente de bienvenida las ocupaciones en las que deberían emplear su vida.

Los parientes de los padres se reunían para este acto del bautismo desde temprana hora; porque éste debía celebrarse antes de que el sol iniciara su camino. La partera que le había esperado en esta vida era la encargada de la ceremonia de ponerle nombre, y "empezaba presentando ofrendas al fuego. (1)

Generalmente, el bautizo de los niños y de las niñas no difería, salvo que a los varones, en los discursos, les llamaban ¡oh águila!, ¡oh tigre!, ¡oh tú, mi valiente hombre! ¡nieta mía!; y a ellas: ¡oh nieta mía!, ¡mi pluma rica!, ahora júntate con tu madre la diosa del agua, que se llama Chalchiutlicue, y sumergiendo sus dedos en el agua, los metía en la boca del niño, o niña, diciéndole: "toma, recibe, besa aquí con lo que has de vivir sobre la tierra, para que crezcas y reverdezcas; esta es por quien tenemos y merecemos todas las cosas necesarias para que podamos vivir sobre la tierra'. Después ponía una poquita de agua con sus dedos sobre el pecho de la criatura, y le decía: "Cata aquí el agua celestial; cata aquí el agua muy pura que lava y limpia vuestro corazón; que quita toda suciedad: recíbela. (Esta idea del agua celestial, no creemos que sea indígena; la única forma con la que podíamos entenderla sería como que caía del cielo; y es de sobra sabido que Chalchiutlicue era la diosa del agua corriente o estancada, pero no de la que caía del cielo); tenga ella por bien de purificar y limpiar vuestro corazón; que quita toda suciedad; recíbela". Después de estas palabras, vertía un poco de agua sobre su cabeza, y le decía: "Oh, mi hijo (hija) recibe y toma el agua del señor del mundo, que es nuestra vida; y limpia, luego entre en tu cuerpo y viva esta agua celestial y azul clara; ruego que ella destruya y aparte de tí todo lo malo encontrable que te fué dado antes del principio de mundo, porque todos nosotros los hombres somos dejados en su mano, porque es nuestra madre Chalchiu-

(1) Pedro Ponce, Relación de Idolatrías, México, 1892, 6.

tlieue". (1) (Era esta una de las tres diosas que, según sus creencias, fomentaban la procreación y el mantenimiento de la vida). Después lavaba el cuerpo de la criatura; y su padrino trataba de poner en sus bracitos los aderezos que le había obsequiado, y a los que nos referimos páginas atrás, diciendo que eran según el sexo al cual pertenecía la criatura y que ahora se llama "bolo". (2) Costumbre que se ha hecho ya indispensable en el ritual cristiano en todas las clases sociales.

Cuando bañaban a las niñas, decía una oración a las manos, para que no robasen, oración que desgraciadamente desconocemos; y otra a su cuerpo para que no siguiese los deleites carnales que dice: "Adonde quiera que estés, tú que eres cosa que puede dañarle: déjale, vete y apártate de él, porque ahora vive y nace de nueve este niño; ahora otra vez se purifica y limpia, y otra vez le forma de nuevo nuestra madre Chalchitlicue". (3) Nos pareció conveniente trasladar sin abreviaciones las oraciones del bautizo, porque hallamos en ellas las ideas del pecado hereditario; de algo así como un renacimiento mediante la purificación del agua y la expulsión de la maldad del cuerpo del niño; elevadas ideas espirituales que nos llevan rectamente a pensar en el concepto del bautismo cristiano, y nos explican por qué los indígenas, que tan reacios se mostraron para aceptar la mayoría de las prácticas de la religión de Cristo, se bautizasen en tan gran número; y es que en su mentalidad aceptaron con agrado todo aquello que no estaba en franca contradicción con su religión. La presencia del agua primero —inclusive la similitud en la forma de administrarla en la ceremonia, sin abreviatura—, porque es imposible pensar que hubiesen los misioneros bautizado a cada indígena de la manera completa, cuando ellos mismos nos dicen que bautizaban diariamente por miles a los indios; y por último la presencia del padrino con la responsabilidad moral que los sacerdotes les decían tener con la criatura a la cual llevaban en brazos y que era poco más o menos el mismo papel que los indios señalaban a los padrinos, y con cuyo parentesco espiritual era uno de con los que más respetuosos se mostraban. No

(1) Sahagún, op. cit. II, 213.

(2) Sahagún, op. cit. II, 215.

(3) Francisco Rojas González, La Institución del Compadrazgo entre los Indios de México, Revista Mexicana de Sociología, Vol. V, No. 2.

puede menos de sentirse profunda extrañeza ante el respeto tan limpio, tan noble y elevado que sentía hacia la vida de su hogar, hacia la vida familiar, el pueblo que había hecho de la guerra el objeto primero de su vida.

El nombre de la criatura lo escogía generalmente la partera y era el nombre correspondiente al día en el que había nacido el niño. (1) La matrona lo decía a grandes voces para que lo repitiesen, también gritando, tres chiquillos que durante toda la ceremonia habían permanecido sentados al lado derecho del petate, teniendo en frente una cazuela llena de maíz tostado y envuelto en una especie de tamalitos de frijol, de los que habían estado entreteniéndose en comer todo el tiempo.

Mientras tanto todos los chicos del barrio se habían reunido —exclusivamente si el bautizado había sido varón—, y entraban a saber el nombre del niño y a tratar de robar la comida que ellos llamaban "el ombligo del niño"; con la que salían corriendo por todas las calles de su barrio, pregonando a grandes voces el nombre e invitando a los jóvenes guerreros a comer en casa del recién bautizado, (2) alabándolo como un valiente guerrero. Aunque los cronistas no nos hayan conservado una noticia exacta acerca de que si también el nombre de las niñas se pregonaba, todo hace pensar que esta última era una ceremonia más solemne y por tanto reservada exclusivamente a los varones.

Después de la ceremonia del bautizo, la partera, convertida en sacerdotisa, levantaba al niño hacia el cielo, (3) diciendo: "¡señor! Véis aquí a vuestra criatura que habéis enviado a este lugar de dolores, de aflicciones y de penitencia, que es este mundo; dadle vuestros dones y vuestras inspiraciones, pues sois Vos el gran Dios y también Vos la gran Diosa". Y así lo vuelve a levantar, una vez, en honor de Citlalatonac, otra en honor del Tlaltecuhli y otra más en honor del Sol, para que "le hiciese un valiente guerrero". (4)

A la niña, luego que terminaba la ceremonia del bautizo, la envolvían en sus mantillas y la ponían en su cuna, diciéndole: "¡Oh, tú que eres madre suya, recíbela! ¡Oh vieja, mira

(1) Herbert T. Spencer, *Los Antiguos Mexicanos*, México, 1896, 113.

(2) Sahagún, *op. cit.* II, 215.

(3) Sahagún, *op. cit.* II, 214.

(4) No sabemos si ceremonia semejante se efectuaba también con la niña.

que no dañes a esta niña; ténla en blandura!". Y en el momento en que la colocaba, los padres de la niña repetían: " Oh, madre suya, recibe a esta niña que te entregamos", palabras con las que daban por terminado el acto, al que llamaban Pillaocano o Tlacoculaquilo, que quiere decir posición o colocación de la niña en la cuna, (1) y que terminaba, como la mayoría de los actos importantes de su vida, con un banquete en que todos los parientes se festejaban, según su costumbre, libando pulque y comiendo regaladamente de la comida que ofrecían los padres de la criatura.

La cuna, sitio primero que ocuparían los niños en este mundo, les era preparada desde antes de su nacimiento; y hasta en la clase más humilde las hacían entretejiendo varitas. Sin embargo, el dormir regaladamente y en blandura, solamente duraba a los niños hasta que tenían tres años; después, dormían como todos los demás: sobre esteras tejidas de tule o petlats.

En tanto que les era dable caminar, sus madres les alzaban en brazos, de la manera peculiar que todavía actualmente lo hacen: colocándoles dentro de una manta, que ahora sustituye el rebozo, anudada sobre el pecho, y que los varones se colocaban sobre la frente.

Tres años era la edad que entre ellos simbolizaba la pureza más absoluta, porque era en la cual no había ofensa posible a sus dioses; por eso escogían de esa edad la mayoría de los niños que ofrecían en holocausto a sus dioses. De estos niños, víctimas del profundo sentido religioso de su pueblo, hablaremos en líneas subsecuentes.

SACRIFICIOS INFANTILES

El gran amor que las madres mexicanas sentían hacia sus hijos, lo demostraban considerando como un gran honor el que fuesen elegidos para ser sacrificados a sus dioses. Demasiado sabido es que la totalidad de los actos de la vida de los aztecas estaban subordinados a su religión.

La sangre de los niños tenía la virtud de aplacar, especial-

(1) Sahagún, op. cit. II, 215.

mente, la cólera de algunos de sus dioses, entre ellos, Tlaloc el de las lluvias, los de la vegetación y los de las montañas.

Los niños eran sacrificados en mayor número en la fiesta que celebraban los mexicanos el primer mes de su año religioso, llamado Atlacahualo o Quauitleóa, que, según algunos autores, se celebraba en honor de Tlaloc, el dios de las lluvias; según otros, en honor de Chachiutlicue, la diosa del agua; y, según algunos más, en honor de Quetzalcoatl. Esta fiesta, como lo explicamos más detalladamente en el capítulo dedicado a Quetzalcoatl, se celebraba en su honor, para que barriese y despejase el camino a los dioses del a lluvia.

Es en este, el mes que según Sahagún nos informa compraban a las madres (1) todos los niños que debían ser sacrificados en el resto del año. A este respecto, creemos que Sahagún se contradice, pues si las madres se sentían altamente honradas de que sus hijos fuesen sacrificados a los dioses, seguramente no percibirían pago alguno por ello. Por otra parte, es sabido que las madres no podían vender a sus hijos, porque ese era poder y derecho reservado exclusivamente a los padres. Siendo, a mayor abundamiento, como era, un pueblo tan religioso, seguramente no se necesitaría recurrir a medios de compra para disponer de niños que ofrecer a sus dioses. Más aún: se ponía en práctica un criterio selectivo, pues generalmente se escogían los niños que habiendo nacido en un signo favorable, tenían dos remolinos formados naturalmente por sus cabellos. (2)

En el segundo mes, o Tlacaxipehualiztli, hacían una fiesta en honor de Xipe Totec y otra en honor de Huitzilopochtli, en la que sacrificaban muchos cautivos, hombres, mujeres y niños. (3)

El mes tercero, o Tozoztontli, presenciaba en su primer día, la fiesta solemne dedicada en honor de Tlaloc, dios de la lluvia, sacrificando gran número de niños sobre las cimas de los montes. En esta fiesta le ofrecían también las primicias de las flores que en ese año había habido, sin que nadie antes hubiese osado aspirar el aroma de alguna. (4)

(1) Sahagún, op. cit. I, 118.

(2) Sahagún, op. cit. I, 119.

(3) Sahagún, op. cit. I, 123.

(4) Sahagún, op. cit. I, 187.

Es decir, al dios de las lluvias le ofrecían lo que más apreciaban: las flores, cuyo gusto todavía persiste en nuestros indígenas fuertemente arraigado, y sus "joyas de jade", sus piedras preciosas, sus "plumas ricas", es decir, sus niños. Para ellos, el manto de vegetación era una alfombra preciosa que necesitaba lluvias abundantes para formarse; ¿qué mejor ofrenda podían ofrecer al que en su mano tenía las aguas buenas y malas y el poder de retener las lluvias, que el "jade", la piedra preciosa" del mismo color de la vegetación?

A los niños que sacrificaban les ataviaban con ricas prendas, llevándoles en andas hasta el monte o el sitio donde debían ser muertos, adornándolos con papeles goteados de colores de distintas tonalidades, según el sitio en el cual eran ofrecidas las criaturas. Los papeles estaban teñidos de rojo, si el sacrificio se efectuaba en la sierra Quauhtépetl, cerca de Tlaltelolco, nombre que se daba a los niños y a las niñas (que también mujercitas ofrendaban) sacrificadas allí.

Con papeles pintados de negro con rayas de pintura colorada, adornaban a los niños que eran sacrificados en Yoaltécatl, cerca de Guadalupe. (1)

Se adornaban con azul a los niños que llamaban Quetzalcoch porque perdían la vida en el monte que también se llamaba Tepetzinco que estaba en la laguna, frontero a Tlaltelolco.

A los niños que arrojaban al sumidero, o remolino de la laguna, los vestían con un atavío especial que llamaban *ajonepanihque* y a los niños que morían en esta forma, *epcoatl*.

Adornados con papeles, mitad colorados y mitad leonados, iban a ser sacrificados los niños que debían morir en el monte Cócotl, cerca de Chalco, Atenco.

En el monte Poyauhtla, cerca de Tlaxcala, se ofrendaba a los niños que adornaban con papeles pintados con rayas de ulli; e imitando la piel del leopardo, pintaban los papeles de los que debían ser sacrificados en Yiauhqueme cerca de Atlacuihuaya.

No eran estos los únicos atavíos que ponían a los niños destinados a ser muertos en honor de sus dioses; les adornaban, además, con piedras preciosas, con plumas ricas, les te-

(1) Sahagún, op. cit. I, 120.

ñían la cara con ulli, y los papeles se los colocaban a manera de alas de ángeles, al decir de Sahagún. (1)

Los niños eran muertos sacándoles el corazón o degollándolos según Motolinía; (2) envolviendo después en ricas mantas sus despojos, que colocaban en una caja de piedra que dejaban en los montes como honra de los dioses, que habitaban en las cimas, tan lejos de los hombres que ignoraban su infelicidad.

Los niños cuyas vidas no habían aceptado los dioses en holocausto mortal, no eran olvidados por ellos, pues les exigían una sujeción total de la voluntad durante toda su vida. Era esta servidumbre otra cosa que la ofrenda diariamente repetida de su vida?

El tratar de saber cómo lograban los mayores esta sumisión de los pequeños, nos lleva a analizar cómo era la educación que se les impartía, para poder así decir si eran más felices los que a tan temprana edad morían, o los que podían llegar a ver muchas, pero muchas veces durante su vida, la diaria aparición de los Uitznaua, tachonando el cielo profundamente azul del valle.

EDUCACION

Este capítulo responde, especialmente, a tres interrogaciones: ¿Cómo educaban a los niños? ¿Qué les enseñaban? ¿Qué les prohibían? Problemas eran éstos de suma gravedad para la vida de su pueblo; y de cuyas enseñanzas mucho podría derivarse para la educación moderna de algunas razas indígenas.

Tratábamos, en líneas anteriores, del profundo cariño que los aztecas sentían por sus hijos, el que se manifestaba, particularmente, por los cuidados de que era rodeada la mujer desde el momento de la concepción.

De entre los lineamientos generales de su sér, descuella como el sentir natural más desarrollado en ellos el sentimiento religioso. El contacto con la naturaleza maravillosamente be-

(1) Sahagún, op. cit. I, 121.

(2) Motolinía, Historia de los Indios de la Nueva España, México, 1941, 42.

lla de México, no despertó en ellos el sentido estético a la manera de los griegos; afirmó, en cambio, su deseo de encontrar las causas de este mundo que ellos podían conocer por sus sentidos, pero al que no podían mandar, que no estaba sujeto a su arbitrio.

La educación se impartía a los niños en los primeros años de su vida, exclusivamente en el seno de la familia. Dentro del hogar era donde los niños, y las niñas con mayor razón aún, aprendían la moral que debía regir sus vidas. En el principio, la educación para uno y otro sexo estaba totalmente en manos de la madre; ella era la encargada de ir despertando en el corazón de sus hijos, generosos sentimientos de veneración, de respeto y de amor a sus padres —los aztecas, en este sentido, lograron la síntesis perfecta de estos dos sentimientos—, a sus semejantes y a la autoridad que gobernaba su Estado.

* Los aztecas pensaban que Tonacacihuatl, la diosa de los cielos y madre de los dioses, al ordenar que los niños vivieran en sus madres, les daba el derecho de educarlos; pero exclusivamente, insistimos, durante los primeros años de su vida.

Ya hemos visto cómo desde el momento que los niños nacían les hablaban como personas conscientes de sus obligaciones y hasta en el simbolismo de sus obsequios les expresaban las ocupaciones que tendrían que realizar durante su vida.

A los veinte días de nacida la criatura era presentada por sus padres al Calmecac (1) —ningún acto importante de la vida de la criatura se hacían independientemente de sus dioses—, llevando para ellos mantas y maxtles; esta ceremonia no se efectuaba con las niñas.

Los tres primeros años —como sabemos—, tanto en la vida de las niñas como en la de los niños, transcurrían alegremente, porque aún no les marcaban sus padres obligación alguna. Jugando con piedrezuelas, amontonando tierra y jugando con el barro se entretenían los niños y con las tejuelas las niñas.

El Padre Mendieta consigna que las madres daban el pecho a sus hijos hasta los cuatro o cinco años, (2) que es la edad que él marca para el destetamiento. Lo más probable es que,

(1) Códice Mendocino, lám. 91.

(2) Mendieta, op. cit. 121.

dada su condición de religioso, ignorase que fisiológicamente tal cosa se considera imposible, y que el límite normal para la crianza del niño a los pechos de la madre es normalmente de un año, según nuestra vida actual.

A los tres, en el Códice Mendocino, lámina 92, los niños tienen marcada como ración alimenticia, al día para acompañar la comida, sólo una tortilla. A esta edad a las niñas empezaba a enseñárseles cómo coger el huso para hilar; conocimiento que debían tener dominado a los cuatro años.

Casi siempre las madres aztecas criaban ellas mismas a sus hijos, aún las esposas de los Señores, las que se sometían a una alimentación especial para que su leche no hiciese daño al niño. Para poder amamantarlo, primero se cercioraban de si su leche era buena; para lo cual, vertían unas gotas de ella sobre la uña del pulgar, y si no corría, por espesa, la consideraban por de buena calidad.

En Zurita (1) encontramos confirmado el dato a que acabamos de aludir, del P. Mendieta; y no sólo confirmado, sino ampliado, pues asienta que las mujeres se negaban a sus esposos durante cuatro años para poder amamantar todo ese tiempo a sus hijos.

Las viudas con hijo tierno, que se volvían a casar durante el tiempo que debían seguir alimentando a su vástago, eran muy mal vistas, porque parecía que traicionaban a su difunto marido.

Cada cuatro años se hacía una fiesta muy solemne llamada Pillaoano, en la que todos los padres buscaban padrinos para sus hijos; (2) fiesta en la que estaba permitido a toda la gente beber el octli, pulque. Los padrinos tenían que llevar a sus ahijados cargándolos a sus espaldas, hasta el templo del dios del fuego o Ixcozauhqui, donde los sacerdotes se encargaban de perforar las orejas a los niños para que pudiesen adornarlas. Esta ceremonia la realizaban también con las niñas, pues que en el pueblo azteca los dos sexos se adornaban con joyas. Terminada la ceremonia, los padrinos volvían a las criaturas a sus casas, en la misma forma que les habían conducido al templo; y en ellas, eran obsequiados por los pa-

(1) Zurita, op. cit. 108.

(2) Sahagún, op. cit. I, 31.

dres con una comida. Esta es la segunda vez que hemos mencionado en el curso de este trabajo, la intervención de los padrinos en la vida infantil: primero, cómo sostén obligado del niño en ausencia del padre en el ritual gentilicio del bautismo; y ahora, en la ceremonia del Pillaoano, mediante la cual los padres consolidaban el parentesco espiritual del compadrazgo, al que tanta importancia concedían y que miraron, a la llegada de los misioneros cristianos a las Indias de Colón, como una confirmación de sus costumbres.

A los cuatro años, los niños se alimentaban con una tortilla y media; cantidad que no era aumentada, sino hasta que tuviesen trece años, porque los aztecas temían que sus hijos se enviciasen en la gula, que era causa del agudizamiento de los malos instintos. Y por eso les obligaban primero y les predicaban después, la sobriedad en sus comidas.

Las niñas, a los cuatro años debían saber torcer el algodón, para devanar el hilo y empezar a cuidar de ser honestas en el andar y en el hablar. (1)

Desde los cinco años se enseñaba a las niñas a no estar ociosas. Las madres procuraban inculcar en sus hijas el amor al trabajo, por la razón de siempre: porque el trabajo ocupa sutilmente nuestro espíritu, así como la parte material de nuestro ser, preservándole del influjo de las malas pasiones. Así, en el trabajo encontraban un medio eminentemente moralizador. La tenaz insistencia con que las madres indígenas combatían la ociosidad en sus hijos, sobre todo en las mujercitas, nos dice con harta elocuencia la importancia que ese pueblo concedía al trabajo; y de ello podemos hablar con una universalidad vigente en todas las culturas americanas, cualquiera que fuese su grado de adelanto; el trabajo entre ellos no era una maldición, sino un deber social, deber al que contribuía la colectividad de buen grado. El trabajo traspuso umbrales de clases sociales, límites de fronteras nacionales y desde las princesas incas hasta las humildes esclavas aztecas, se entretenían trabajando en el hilado y tejido de sus telas; hasta en los momentos en que, por hacer o recibir visitas, se pensaría que estaban dedicadas al descanso.

A los trece años, las muchachitas debían saber moler maíz,

(1) Zurita, op. cit. 109.

hacer tortillas, condimentar exquisitamente los variados platillos que formaban su comida, barrer y asear en general su casa, e hilar el algodón y hacer las telas para las necesidades de su familia.

Los castigos que los padres imponían a sus hijos y la manera como les castigaban, estaban subordinados a la edad de los niños: hasta los siete años, las penas consistían en picarles las manos con púas de maguey; a los ocho, traspasábanles la lengua para castigar las mentiras; y después, les hacían pasar por la horadación una pita; las mentiras que habían sido de graves consecuencias se consideraban como delitos, y el sancionarlas quedaba fuera del poder de la familia.

A los diez años, el castigo era más enérgico. En el Códice Mendocino se ve a una madre azteca golpeando con un palo a su hija. A los doce años les hacían aspirar humo del fuego en el que se había arrojado chile; y también habían de barrer a la media noche su casa y la calle frontera a ésta. Hasta esta edad la educación se había dado a la niña exclusivamente dentro de las estrechas paredes de su hogar; y era llegado el tiempo que debía aprender lo que en su casa no podían enseñarle.

En las láminas citadas del Códice predicho, se ve que los padres aplicaban a sus hijos, con poca diferencia, los mismos castigos. No nos referimos especificándolos especialmente, en primer lugar, porque tratamos de circunscribirnos lo más posible a nuestro tema; y en segundo, porque sería una repetición innecesaria. De cualquiera manera, los castigos inflingidos a los niños eran demasiado severos, demasiado duros para nuestra mentalidad; y, sin embargo, es necesario recordar que los aztecas formaban un pueblo que, por los sacrificios que cotidianamente ofrecían a sus dioses; por las múltiples vicisitudes de su vida; por el ejercicio de la guerra, en la que constantemente estaba ocupado, tenía una gran resistencia al dolor físico.

En el Tepolchpan o Tepuchpan, (1) se cuidaba de la educación que hoy llamaríamos intelectual, de las mujercitas, enseñándoles a conocer la cuenta del día, los nombres de los signos con los que se designaban, las atribuciones de sus dioses y a contar, además del perfeccionamiento de los oficios

(1) Orozco y Berra, op. cit. I, 216.

propios de su sexo Como educación espiritual, se incluía la enseñanza del canto y de la música, la que les era impartida en el Cuicalco: Casa del Canto y de la Música, actividad a la que eran particularmente aficionados y que aprovecharon debidamente los nunca bastante alabados misioneros.

La educación de las hijas de los nobles no era en mucho distinta de la educación que se daba a las hijas de la gente del pueblo. Aquellas, muchas veces no aparecían en público sino hasta el momento de casarse; y solamente en ocasiones muy especiales eran llevados a los templos; (1) vivían en habitaciones que formaban departamentos separados de las habitaciones de los varones de su familia; y cuando su padre, el señor quería ver a las hijas, lo que no estaba permitido sin consentimiento previo de él, iban precedidas por una ama hasta el aposento de su padre, donde el aya le saludaba a nombre de todos y le ofrecían los presente (frutas, flores, telas que expresamente habían tejido), que las niñas le habían traído.

Las hijas permanecían ante el padre en el más absoluto silencio; y más gravemente aún les estaba prohibido reír en su presencia, por muy pequeñas que fuesen; su padre les hablaba amonestándolas cariñosamente; y con el mismo orden con que habían llegado a su presencia, se retiraban. (2)

Comían en aposentos también separados, y sólo podían comer con sus hermanos, cuando se casaban, y aún así, tenían que permanecer en silencio. El silencio y el más acentuado recogimiento tenían que guardar las mujeres aztecas, sobre todo en ocasiones públicas. Torquemada (3) relata cómo las mujeres del pueblo, cuando compraban en los mercados, lo hacían sin pronunciar una sola palabra; más suponemos nosotros de las estrictamente necesarias.

Para quienes, por voto de sus padres o por propia vocación, querían ser religiosas, monjas en el sentido cristiano de la palabra, existían congregaciones de doncellas dedicadas al servicio de algunos de sus dioses. La más conocida para nosotros era la dedicada al servicio de Huitzilopochtli, y a quienes llamaban *Ipilhuan Huitzilopochtli*, es decir, sus hermanas. Su

(1) Spencer, op. cit. 118.

(2) Zurita, op. cit. 110.

(3) Juan de Torquemada, *Monarquía Indígena*, México, 1723, I, 89.

recogimiento era enteramente igual a otra congregación para muchachos y estaba situado en uno de los edificios que quedaba dentro de la traza del Templo Mayor; separadas ambas casas por un patio que en las grandes solemnidades reunía a las mozas de la penitencia con los muchachos de la casa del recogimiento que eran en número igual que el de ellas.

Tanto ellos como ellas, vivían en absoluta castidad. Ellas se encargaban de barrer, regar el templo y tenerlo siempre aseado. De lo que de limosna recogían, cada mañana hacían la comida para el ídolo y los ministros del culto.

La comida de su dios consistía en pequeñas tortillas con figuras de pies y manos, y otras como "melcochas" (1) retorcidas llamadas "macpaltlaxcalli, que significa "pan con manos y pies retorcidos". Con este pan hacían unos guisos con chile, los que colocaban diariamente delante del ídolo.

Desde que las doncellas entraban al recogimiento, dejaban crecerse el cabello, y en las festividades solemnes, sobre todo en las dedicadas a Huitzilopochtli, se emplumaban las manos y las piernas y se ponían color en las mejillas.

Ni aún dentro de la casa de la penitencia podían las muchachas estar ociosas; constantemente estaban ocupadas en tejer mantas de diferentes labores, así como otros tejidos para las necesidades de su culto y para uso particular de los sacerdotes.

A media noche despertábanse las muchachas lo mismo que los muchachos, y punzándose las orejas sacábanse sangre la que se ponían en las mejillas "en el lugar donde se ponen el color las mujeres" y se lavaban después en una alberca que para el efecto tenían en su retiro.

La castidad en su recogimiento se guardaba rigurosamente; y si encontraban a alguno, o a alguna, en una falta a la honestidad, por pequeña que fuese, los privaban de la vida en secreto y sin misericordia, porque consideraban que habían ofendido gravemente a sus dioses. Era tanto el temor y la desconfianza que sentían de la flaqueza de los jóvenes, que si encontraban un ratón, murciélago o cualquiera otra sabandija en el oratorio, o simplemente se encontraban una manta roída o un agujero en el templo, deducían que se había hecho una in-

(1) Sahagún, op. cit. II, 216.

juría a su dios, pues de otra manera, no se hubieran atrevido a entrar en su adoratorio; y para vengar la injuria o tetlacolmictliztli, buscaban al autor de la afrenta y por muy alta que fuera su jerarquía, se le condenaba a muerte.

Las jóvenes que ingresaban al templo sólo por un año, eran escogidas de entre la nobleza de seis calpullis, (1) y después de ese lapso, salían para contraer matrimonio; había otras en cambio, que dedicaban al dios su vida entera, Briton afirma que entre estas mujeres se practicaba una mutilación semejante a la de inmemorial costumbre en Egipto. (2)

El día de la fiesta en la que salían de su retiro los jóvenes, después de haber cumplido el año, los caciques y señores de los seis barrios antes mencionados, tenían ya preparadas las doncellas y los mancebos que debían estar en el recogimiento durante el año que ese día empezaban a contar, y entregábanlos a los sacerdotes y viejos de los dormitorios, para que les impusiesen del culto y las ceremonias especiales que debían hacer en honor de Huitzilopochtli.

Dos días antes de la fiesta de su dios, las doncellas consagradas a su servicio molían una gran cantidad de una semilla que ellos llamaban huautly con maíz tostado, y este polvo lo amasaban con miel negra de los magueyes, y con esta masa hacían un ídolo en todo igual al de madera que representaba a Huitzilopochtli; y en las cuencas de sus ojos, ponían cuentas verdes, o blancas, o azules, y sus dientes los figuraban con granos de maíz.

Una vez que la escultura esta terminada, venían todos los principales señores con riquísimo traje para el ídolo, que en cuclillas esperaba ser vestido. Después de colocado el traje, le ponían, para que en todo fuese igual a Huitzilopochtli, con su penacho y su delantal de plumas, su rodela, su báculo y sus ajorcas, sus sandalias riquísimas y su maxtle lleno de labores y plumería. Cuando terminaban de vestirlo, sentábanlo en un escaño azul fijo sobre unas andas de cuatro asideras.

Al amanecer, una hora antes de la salida del sol, las Ipilhuani, con trajes nuevos, adornadas las cabezas con guirnaldas de maíz tostado y abierto como flor, llamado momochtli,

(1) Sahagún, op. cit, II, 215.

(2) Spencer, op. cit. 92.

pintadas sus mejillas de rojo y cubiertos sus brazos con plumas rojas de papagayo, tomaban las andas sobre sus hombros y sacaban al ídolo al patio. En él se encontraban ya los jóvenes que estaban esperando, ricamente ataviados; y con mucha reverencia se llegaban hasta ellas, y poniendo sobre sus hombros las andas que sostenían al ídolo, se dirigían hasta su templo en medio del pueblo, el que se inclinaba hasta tocar la tierra del suelo con la frente, en señal de acatamiento y humildad.

De allí, todo el pueblo, tras de los que conducían al ídolo, se dirigían a realizar el *Ipainan Huitzilopochtli* o veloz y apresurado camino. (1)

Mientras tanto, las doncellas sacaban del lugar de su retiro, mitades de quesos elaborados con la masa *tzoalli*, de la que estaba hecho el dios, y los entregaban a los mancebos en el patio donde habían recibido al ídolo; porque ningún joven podía entrar en el retiro de las doncellas, y ellos subían a depositarlos a los pies del dios, porque ninguna mujer podía subir siquiera las gradas del templo; los quesos los colocaban extendidos sobre el suelo, hasta que no cabía uno más; generalmente, calcula Durán, eran cuatrocientos, (2) a los que llamaban los quesos de *Huitzilopochtli*.

Las tlamacazque.

Las doncellas que recibían este nombre pertenecían a otro recogimiento que estaba en el *Calmeac*. (3) En él era presentada la niña desde pequeña; tan pequeña que tenían que llevarla en brazos.

Si era ya crecida, se la conducía de la mano ante el ministro del templo. Este sacerdote, a quien nunca se le veía, llevaba el nombre del dios del Viento y que sólo salía de su recogimiento para dirigirse al *Palacio Real*, llamado *Quetzalcoatl*; era el sacerdote que daba la autorización para que la doncella fuese conducida ante la estatua de *Quetzalcoatl*, a la que decía una oración, de la que retiramos este fragmento: "...tened por bien de hacerla recibir; ponedle, señor, en el nú-

(1) Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España, México*, 1880, I, 90.

(2) Durán, *op. cit.* I, 92.

(3) Sahagún, *op. cit.* II, 218.

mero y compañía de las mujeres vírgenes que se llaman tlamacazque y tlamaceuhque, que hacen penitencia en el templo y traen cortados los cabellos". (1)

Si la niña era pequeña, la colocaban al cuello un collar llamado yacualli, que había de usar hasta que tenía la edad suficiente para entrar en el Calmecac; y mientras tanto llegaba este suceso, permanecía con sus padres.

Si era ya mayorcita la admitida, hacíanle unas cortadas en las costillas y el pecho, en señal de que era religiosa, y sus padres obsequiaban con comida a las quaquacultin, o religiosas, que tenían los cabellos cortados de cierta manera". (2)

A los dieciséis años, la doncellita había llegado a la edad de la razón (o de la pubertad) y era apta para contraer matrimonio. Entonces si podía entender lo que se le dijese respecto a la vida y era la ocasión de que sus padres, separadamente, le hablasen en bellísimos discursos, de sobra conocidos, con el rebuscado ceremonial de sus bellas metáforas, de las obligaciones y responsabilidades de existir. De ellos transcribiremos algunos preciosos pasajes que podrían repetir con orgullo todos los padres, sin excepción, no solamente los mexicanos, a sus hijas, por la sabiduría, por la verdad de las ideas expresadas, por los valiosos consejos que en ellos los padres daban a sus hijas. Justificación hallaría nuestro deseo si transcribiésemos íntegros sus discursos. "Tú, hija mía, preciosa como cuenta de oro y pluma rica; que eres mi sangre y mi imagen; tú, que estás aquí presente, oye con atención lo que te quiero decir. Dios criador (otra de las ideas cristianas de Sahagún) te ha dado uso de razón y habilidad para entender, el cual Señor está en todo lugar y es creador de todos; y pues que es así, que ya entiendes y comprendes cómo son las cosas del mundo; ¡Oh, hija mía! que este mundo es de lloros, descontentos y aflicciones, y es lugar de hambre y sed: nota bien lo que te digo, hija mía: que este mundo es malo y penoso, donde no hay placeres sino desazones; que no hay placer sólo sin que no esté junto con mucha tristeza; (3) que no hay descanso que no esté junto con mucha aflicción acá en la tierra; este es dicho de los antiguos que nos dejaron para que nadie se aflija

(1) Durán, op. cit. I, 92.

(2) Sahagún, op. cit. II, 218.

(3) Sahagún, op. cit. II, 219.

con demasiados lloros y excesiva tristeza. Nuestro Señor nos dió la risa, el sueño, el comer y el beber con que nos criamos y vivimos; todas estas cosas dan algún contento a nuestra vida por poco espacio, para que después nos aflijamos con continuos lloros y tristezas.

Hija, sábetete que eres noble y generosa, que aunque eres doncellita eres preciosa como una chalchihuite y como un zafiro y fuiste labrada y esculpida de noble sangre (1) y generosos parientes. Mira que no te deshonres a tí misma; mira que no afrentes a nuestros antepasados, nuestros señores y gobernadores; mira que no hagas alguna vileza; mira, repito, que eres noble y generosa. Ves aquí la regla que has de guardar entre la gente (2) que en él vive; mira que eres mujer. Nota lo que has de hacer; de día, debes orar muchas veces y suspirar al dios invisible e impalpable que se llama: Yoalliehecatl; demándale con clamores en el secreto de tu recogimiento; mira que no seas dormilona; despierta y levántate a la media noche y póstrate de rodillas y codos delante de él: inclínate y cruza los brazos; llama a nuestro señor dios invisible e impalpable, porque de noche se regocija con los que le llaman; cuando te levantes, hecha de tí presto la ropa, lávate la cara, manos y boca, toma de presto la escoba para barrer, barre con diligencia, no te estés perezosa en la cama, levántate a ofrecer incienso a los dioses y a lavarles la boca. Mira que seas muy avisada y diligente; no dejes de saber, de oír por negligencia o por pereza, porque ahora que eres mozuela y tienes buen tiempo para entender en ello, tu corazón está simple y hábil y es como chalchihuite, como zafiro y tiene habilidad, pues no está mancillado con algún pecado, sino puro y limpio, sin mezcla de ninguna mala afección"... debes aprender lo que te decimos, porque pudiera ser que alguno se aficionara a tí y te demandara y si no te encuentra apta en los quehaceres mujereles, nos dará con ello en la cara y nos zaherirán, nos dirán que no te enseñamos lo que era menester, y si por ventura ya

(1) Si en algunos pasajes aparecen mutiladas las ideas como en éste, es porque en él encontramos la sencillez de todo pueblo no civilizado que llama a todas las cosas naturales por su nombre pero que en nuestra mentalidad no es posible transcribir.

(2) Gracias a estas reglas podemos entender por qué el azteca era un pueblo tan sociable si en la familia se enseñaba la condescendencia mutua indispensable para la armonía de la sociedad humana desde tan temprana edad.

fuésemos muertos, yo y tu madre, murmurarán de nosotros porque no te enseñamos cuando vivimos, y dirán; mal siglo hayan porque no enseñaron a su hija, y tú provocarás contra tí riñas y maldiciones, y serás causa de tu mal. Y si por ventura fueses diestra en tus ocupaciones, serás loada y honrada y dirán, acordándose de nosotros, bendiciéndonos y honrándonos por tu causa" (la honra que debe hacerse a los padres por los buenos actos de la vida, se expresaba entre los aztecas con las palabras anteriores); mira, hija mía, que muy poco a poco vayas aprovechando en las cosas que te tengo dichas; porque si plugiere a nuestro señor que alguno te quiere y pida, no le deseches, ni menosprecies la voluntad de nuestro señor, por que él le envía, recíbele, tómale, no te excuses ni le menosprecies, no esperes a tres veces que te lo diga, no te hurtes, no te escabullas burlando (entre ellos la coquetería estaba condenada, a riesgo de parecer una de esas mujeres sin ningún carácter, que ellos despreciaban). Aunque eres nuestra hija y vienes de parientes nobles y generosos, no te jactes de ello, porque ofenderás a nuestro señor, y apedrearte han con piedras y estiércol y de suciedad; quiero decir, que permitirá que caigas en vergüenza y confusión por tu mala vida; y también él se burlará de tí, diciendo: ya quiere, ya no quiere. Mira que no escojas entre los hombres el mejor te parezca, como hacen los que van a comprar mantas al tianguis; recibe el que te manda (la voluntad del dios manifestada por el pretendiente a su mano no podía desobedecerse, el orgullo de su linaje debía servirle para ser mejor, porque su rango lo exigía, pero cuidando de no ofender al dios caprichoso que podía quitar todas las honras que hubiese concedido) el amar apasionadamente se condenaba entre ellos. Mira que no desees algún hombre por ser mejor dispuesto, ni te enamores de él apasionadamente. Si fuere bien dispuesto el que te demandare, recíbele, y si fuere mal dispuesto y feo, no le deseches, tómale, porque lo envía dios, y si no le quisieres recibir, él burlaráse de tí, deshonorarte ha trabajando a ver tu cuerpo por mala vía y después te pregonaará por mala mujer. Mira, hija, que te esfuerces y mira muy bien que nadie se burle de tí, mira que no te des a quien no conoces, que es como viandante que anda tuneando y es bellaco (es decir, el recato y la honestidad debía guardarlas de desear a

alguien que no fuese el que su dios les había deparado, y aún así, teniendo cuidado de que él fuese digno de su cariño). Después, terminaba encareciéndole el querer y respetar a su marido por toda la vida, aún cuando sus condiciones de vida no fuesen las por ella deseadas, tenía la obligación de soportar la pobreza y aún el que su esposo quisiera abandonarla, porque quien todo lo podía estaba al cuidado de ellos, y el desear lo contrario era enojar a su dios. "Esto que he dicho, hija mía, te doy por tu doctrina, para que te sepas valer y con esto hago contigo lo que debo delante de dios, si lo perdieres y lo olvidares, sea a tu cargo, que yo ya hice mi deber. ¡Oh hija mía, muy amada primogénita!, seas bienaventurada y nuestro señor te tenga en paz y reposo. (1) "Esta era una de las contadas ocasiones en que los padres hablaban a sus hijas, porque la educación de ellas siempre estaba al cuidado de sus madres. Este discurso que los padres decían a sus hijas cuando llegaban a la edad del discernimiento, cuando dejaban de ser niñas para ser señoritas significaba una costumbre que al través del tiempo se había ido transmitiendo de padres a hijos y la tradición oral, siempre susceptible de modificación, se había ido perfeccionando, enriqueciéndose con el correr del tiempo con nuevas metáforas y nuevos conceptos.

Para las doncellas pobres los discursos, aunque en el fondo se exaltasen las mismas cualidades y se condenasen los mismos defectos, eran otros; en la historia del padre Clavijero (2) se conservan unos discursos que pueden, perfectamente, ser los que los padres pobres o que no fuesen nobles, dijese a sus hijas. De ellos tomamos también algunos conceptos. Las expresiones de cariño son menos abundantes; pero, al través de todas sus palabras, se transparenta el amor que sentían hacía sus hijas, evitando, o tratando de evitar, con sus consejos y palabras, la infelicidad de su vida: "Esfuézate en ser siempre buena (les decían), porque si no lo eres ¿quién te querrá por mujer?. Conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente y aseada; ten tu casa en buen orden; dá agua a tu marido (esto era entre ellos señal de sumisión, que sólo realizaban las doncellas con su padre o con su esposo) para que se lave las manos y haz el

(1) Sahagún, op. cit, II, 220.

(2) Francisco Javier Clavijero, Historia Antigua de México, México, 1824, I. 200.

pan para tu familia. Donde quiera que vayas (y nunca lo hacían solas) (1) preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, sin reírte de las personas que encuentres, sin volver ligeramente los ojos a una parte y otra, para que no sufra tu reputación. Responde cortésmente a quien te salude o pregunte algo, es decir, dales el saludo propio de tu rango. Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser, en bordar, porque así serás estimada y tendrás lo necesario para comer y vestirte; no te des al sueño, ni descanses a la sombra, ni vayas a tomar el fresco, ni te abandones al reposo; pues la inacción trae consigo la pereza y otros vicios. Cuando trabajes, no pienses más que en el servicio de los dioses y en el alivio de tus padres. Si te llaman ellos, no aguardes la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren, y a fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No te ofrezcas nunca a lo que no puedas hacer. No engañes a nadie, pues los dioses mirante. Vive en paz con todos; ama a todos honesta y discretamente, a fin de que todos te amen". Nuevamente expresado como ordenación para todas, el suavizar asperezas, el moderar las pasiones para la mejor convivencia humana.

"No seas avara de los bienes que los dioses te hubieren concedido. Si ves que a otras les dan más no sospeches mal en ello; porque los dioses de quienes son todos los bienes, los dan cómo y a quién les agrada. Si quieres que los otros no te disgusten, no los disgustes tú a ellos". Es decir, no seas envidiosa, porque el serlo equivaldría a no conformarse con lo que los dioses les concedían.

"Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones a los perversos apetitos de tu corazón, porque serás el oprobio de tus padres y ensuciarás tu alma como el agua con el fuego. No te acompañes con mujeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas, porque infaliblemente inficionarán tu corazón con su ejemplo". (Las malas compañías acaban siempre por convertir en malas a las almas buenas).

"Cuida de tu familia y no salgas a menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del tianguis, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como yerba venenosa, da muerte a quien lo adquiere y una vez que se introduce

(1) Zurita, op. cit. 109.

en el alma difícil es arrojarlo de ella. Si encuentras en la calle algún joven atrevido y te requiere, no le respondas y pasa delante. No hagas caso de lo que te diga; no des oído a sus palabras; si te sigue, no vuelvas el rostro para mirarlo, para que no se inflamen más sus pasiones. Si así lo haces, se detendrá y te dejará ir en paz". (El requiebro en la calle ya se usaba entonces y pruebas tenemos de que el español lo decía con especial gracejo. Con razón los mexicanos gustan hasta abusar de él).

"No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga o se piense algo en contra de tu honor; pero si entras en casa de tus parientes, salúdalos con respeto y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso o empléate en lo que sea necesario". (Todavía existe en México la tendencia a no estar ociosa y, sobre todo, entre personas de cierta confianza; aún en ocasión de visitas preciosa costumbre, por cierto, que en las naciones super-civilizadas no existe).

"Cuando te cases, respeta a tu marido y obedécelo diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgustos, ni te muestres con él desdeñosa ni airada; acógelo amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva a tus expensas. Si en algo te apesadumbra, no le des a conocer tu desazón cuando te mande algo; disimula por entonces, y después le expondrás con mansedumbre lo que sientes, a fin de que con suavidad se tranquilice y no te aflija más. (Inteligente consejo; con razón consideraban como un deshonor el divorcio; muy tonta debía ser la mujer si daba motivo para él). No lo demuestres en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada. Si alguno entra en tu casa para visitar a tu marido, muéstrate agradecida y obséquiale como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta. Si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómalo tú por tu cuenta, cuidando esmeradamente de tus posesiones y pagando exactamente a tus operarios. Guárdate de perder algo por tu descuido". (El despilfarro era castigado por los dioses).

"Sigue, hija mía, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo. Soy tu padre y quiero que vivas bien. Fija estos avisos en tu mente y en tu corazón, pues

así vivirás alegre; si por no querer escucharme, o por descuidar mis instrucciones, te sobrevienen desgracias, culpa será tuya y tú serás quien lo sufra. No más hija mía; los dioses te amporen". (1).

A las doncellas nobles, sus madres, después de encarecerles que guardasen con amor y cariño las palabras que su padre y señor les había dirigido, decíanles normas más prácticas a seguir en su conducta; hablábales, lo primero de sus trajes y de sus atavíos, recomendándoles que no fuesen "fantásticos ni viles", sino "honestos y como conviene, sin muchas cosas labradas y curiosas, porque eso significa poco seso y fantasía y locura. Tampoco conviene que tus atavíos sean viles o de gente baja".

Una de las cosas a la que más importancia concedían los aztecas, era la medida y el recato con que las doncellas bien nacidas debían hablar. Por eso las madres nobles aconsejaban a sus hijas: "hablar con mediano sonido, ni muy alto ni muy bajo, sino sosegada y pausadamente"; (1); el no ser curiosa"; y encarecen, sobre todo, el que "no hable mucho". Los aztecas consideraban un defecto el que sus mujeres fuesen parlachinas, a pesar de que las voces de las mujeres de México nunca han sido particularmente desagradables.

Después, le habla su madre de su comportamiento en la calle; de su manera de caminar, sin demasiado apresuramiento, signo de inestabilidad, y sin demasiada medida, índice de pompa y majestad; no llevando la cabeza demasiado erguida ni yendo encorvada, sin hacer "meneos de fantasía con los pies"; no lleves la boca abierta o la cara con verüenza, no vayas mirando a manera de cegatona, ni aquí ni acuyá, ni volviendo la cabeza para una y otra parte, sin mirar ni el cielo ni la tierra". Se nota en ellas el deseo de ajustar su conducta lo más posible al "justo medio", tan difícil de lograr. "No mires con gesto de enojo o de enfado a los que encuentres, sino con semblante de gente serena. Muestra tu aspecto y disposición como conviene, de manera que no lleves el rostro como enojada, ni tampoco como risueña".

"Cuida de no responder ni hablar a los que hablasen cuando tú pasares, que no se te dé nada por las palabras que oye-

(1) Clavijero, op. cit. I, 202.

res; mas has como que no los oyes ni entiendes". (La costumbre de requebrar en la calle a sus mujeres era, por lo visto, muy del agrado de sus varones).

"Mira, hija mía, que nunca te acontezca el afeitarse la cara y poner en ella colores, que es señal de mala crianza y de mujeres carnales y mundanas; aséate, lávate y componte, para que tu marido no te aborrezca, el que su esposa fuese sucia era uno de los motivos por los cuales los esposos podían solicitar el divorcio); pero con regla y discreción, porque si lo haces cada día te llamarán tapepetzon tinemacoch, es decir, que eres relimpia y regalada" y esta sólo era costumbre entre las acuinime, de quienes las matronas decían: "las desvergonzadas que han perdido el pudor y el seso que andan como locas y borrachas".

Lo que ellas, las madres, querían que sus hijas guardasen "como mandamiento, el más estrecho", era su honestidad; que se conservasen puras, porque los varones aztecas eran particularmente celosos de la integridad de las doncellas con las que se desposaban; que amase a su marido después de casada y por siempre; que se cuidase de cometer el peor pecado que mujer alguna podía cometer: el adulterio, porque por él, "probarás la piedra y serás arrastrada y... sucederá infamia y deshonra a nuestros antepasados, señores y senadores, de donde venimos; y tu nombre será aborrecido y olvidado"... y aunque nadie lo sepa, dios que está en todo lugar, enojarse a contra tí y se vengará como él quisiere y te tullirá por su mandato, o cegarás, o se te pudrirá el cuerpo o vendrás a la última pobreza, porque te atreviste y arrojaste a obrar contra tu marido, que por ventura te dará la muerte o te pondrá debajo de sus pies, enviándote al infierno. (El pensar en él como su probable castigo, también es una idea cristiana). El discurso terminaba con las siguientes palabras: "hágate dios muy bienaventurada, hija mía primogénita, y llégate a dios, el cual está en todo lugar".

A los hijos varones sólo les aconsejaban sus padres.

En general, los niños y los muchachos respetaban y obedecían a sus padres y a todas las personas mayores, sobre todo a los ancianos, fuese cual fuese su posición social. (En el discurso que decían al Tlacatecuhtli que acababa de ser coro-

nado, le recomendaban: a los viejos habéis de honrar y aconsejaros con ellos, porque así estaréis a mandar lo que sea justo y a vedar lo que no fuese"... es decir, gracias a su sabiduría podéis llegar a ser justo y grande). A ellos trataban de evitarles trabajos; y si tenían nietos, después de cumplidos los setenta años podían embriagarse tomando todo el octli que quisiesen, teniendo obligación de proporcionárselo sus hijos y sus nietos. (1)

Los rasgos salientes de su carácter, que los padres procuraban fomentar en sus hijos, eran: humildad, mansedumbre, bondad, discreción, respecto, mesura, buen carácter (entre ellos el mal carácter era señal de mala crianza y de maldad). (2) En sus hijos procuraban fortalecer la voluntad, para que huyese "de la demasía en el beber, en el cual está la lujuria"; (3) para que fuesen sobrios en todos los actos de su vida y sirviesen a sus dioses, haciendo de éste servirles la más alta jerarquía social.

La educación en las mujeres tendía a exaltar las virtudes y cualidades necesarias para la salvaguarda de su hogar. Idea expresada y deificada en la diosa más genuinamente azteca: Coatlicue: (4) ella es la representante de las mujeres honradas, la suprema aspiración para todas las madres indígenas, Xochiquetzal personifica, en cambio, el pensamiento contrario: es la ajena, la extraña, la forastera, la que incita al pecado y al amor impetuoso que podía conducir a la niña azteca a convertirse en una mujerzuela. Por eso, el cuidado que ellas ponían para evitar que sus hijas participasen de ese carácter. Bien sabido es que a los cuexteca los despreciaban por su vida desordenada y licenciosa; (5) lo que no fué obstáculo, sin embargo, para que de su cultura asimilasen algunos de sus dioses.

Las doncellas aztecas, las nobles cuidadas por sus amas (las que si se descuidaban en su crianza o castigo eran encarceladas) (6) y servidoras, divertidas por sus criadas contrahechas y deformes, hilando en vasitos de ámbar o de oro, tejendo los mejores algodones, debían dejar pasar el tiempo, espe-

(1) Sahagún, op. cit. II, 225.

(2) Sahagún, op. cit. II, 225.

(3) Zurita, op. cit. 82.

(4) Ver capítulo Diosas de la Tierra, de este trabajo.

(5) Joaquín Meade, La Huasteca, México, 1942, 117.

(6) Zurita, op. cit. 118.

rando que algún mancebo se fijase en ellas o la familia de él la escogiese por esposa.

Las pobres, reunidas a la puerta de la casa de alguna, por las tardes descansarían del trabajo fatigoso de la mañana: del acarreo del agua y prendido del fogón, del molido del maíz y hechura de las tortillas y la comida y barrido y regado los pisos de tierra de su casa: descansarían sentadas sobre sus talones, en pequeñas esteras de tule sencillas, devanado el algodón en su vasito de obsidiana o de cobre, dejarían volar por el azul de sus sueños los deseos de sus almas.

OCUPACIONES.

En un pueblo en el que las actividades más importantes de la vida: el sacerdocio, la milicia y el comercio, están encomendadas casi exclusivamente a los varones; se reserva a las mujeres aquellas otras que requieren tanta o más laboriosidad y a las que, sin embargo, se les concede una secundaria importancia.

Las mujeres, entre los aztecas, se dedicaban además de a los quehaceres peculiares de su sexo (a los que nos referimos detalladamente en el Capítulo Educación), al hilado y tejido de sus telas, considerado como una industria doméstica. Fuera de esta actividad, obligada a la totalidad de las mujeres, podían dedicarse a la medicina, pudiendo ser curanderas o parteras; a la adivinación, ocupación muy socorrida; y al comercio, en el que realizaban sus ventas en el tianguis (único sitio público donde mezclaban su anónimo existir) y por excepción mercados.

Adivinación.

La adivinación la practicaban: primero, los sacerdotes encargados de leer en su Tonalamatl y a quienes ya nos referimos al hablar de la ceremonia de conocer el porvenir del niño; y en seguida, las mujeres que, sin investidura sacerdotal, lo hacían como medio de ganar su diario sustento.

El que hubiese tantas formas de adivinación, como adelante diremos; y el que la agorería fuese una de las ocupaciones

que mayor número de mujeres practicaba, nos induce a pensar en cuán supersticioso era el pueblo azteca; en su temor a la vida, demostrada con semejantes prácticas; y en su tendencia a conocer lo venidero, a pesar que de antemano supiesen que la voluntad de los dioses no podría ser modificada totalmente.

Las adivinas —aunque no se rodeaban de un ambiente especial—, sus adivinaciones las realizaban, por lo general, al aire libre; necesitaban de algo que estuviese fuera del conocimiento de quienes las consultaban; sus conjuros y oraciones para, de este modo, dar más importancia a la eficacia de sus conocimientos y hacer que su arte fuese más estimado.

Las mujeres agoreras tenían varios métodos o sistemas con reglas fijas para adivinar el porvenir y usaban del agua, la tierra, los maíces y de algunas aves, a las que degollaban para saber por sus espasmos la voluntad del dios.

Cuando en sus conjuros empleaban maíces, invocaban a Chicomecoatl, (1) al que llamaban "precioso varón siete culebras". (2)

Una de las formas de practicar la adivinación por medio de maíces, era esta: escogían diecinueve o veinticinco maíces de los más grandes a los que la adivinadora despuntaba rápidamente con los dientes; extendía un lienzo sobre el suelo, y sobre él colocaba, en sus esquinas, los maíces en grupos de cuatro en cuatro; con el haz hacia arriba y las puntas hacia la izquierda en el lado derecho, y con las puntas hacia la derecha en el lado izquierdo, se quedaba la agorera con siete en la mano, mismos que tiraba frente a ella si había cogido veinticinco maíces y con cuatro si eran diecinueve. (3) El orden por el cual habían caído las semillas le bastaba a la agorera para saber la respuesta que debía dar a su consultante. Generalmente, le preguntaban acerca del origen de las enfermedades y pedían, en ocasiones, que ella misma las curase; otras veces, querían saber quién les había robado su maíz, sus animalitos, su mujer o su hija.

Si la pregunta era si alguien, enfermo, sanaría o no, tira-

(1) Chicomecoatl, diosa del maíz, la siete mazorcas, ver su capítulo en este trabajo.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 193.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 193.

ban los maíces; si uno de ellos quedaba parado, cosa bien difícil, la respuesta era que el enfermo moriría sin remedio; si todos quedaban acostados, era señal de que el enfermo sanaría. (1)

Otras veces, se consultaba a las Tetonaltia, es decir, a las hechiceras que adivinaban usando del agua y del maíz. Su labor la realizaban de este modo: colocaban en un recipiente con agua los maíces; si éstos permanecían en el fondo, la suerte era propicia a quien consultaba; si flotaban, era adversa; (2) la buena o mala fortuna seguramente la sabía de antemano la tetonaltia, porque era arbitrio suyo escoger semillas: buenas, para que se hundiesen; o malas, para que flotaran.

Las consultas que se hacían a las adivinas que usaban de sus dedos para realizar la adivinación, consistían generalmente en saber quién se había llevado su animalito. La agorera entonces, invocaba a su madre la diosa de la tierra "el un conejo boca arriba" (3) y después, medía con sus dedos, desde la punta hasta el extremo del brazo izquierdo. Al momento que estaba midiendo, decía a los dedos: "Ea, acudid de nuestra parte los que tenéis las nahuas de varios colores pintado como culebras. Los cinco solares, ea, subamos mi infernal escalera". (4) El número de veces que esos mismos dedos subían a lo largo del brazo, era la contestación que los dioses daban al consultante.

Otro medio de adivinación era el uso de cordeles, a los que anudaban, mezclándolos, atándolos y desatándolos, a voluntad, para saber, por los nudos que se hacían en ellos, los deseos de los dioses.

En cualquiera de estas formas empleadas por la adivina, las manos jugaban siempre el papel más importante; si usando los maíces, la mayor o menor destreza que tuviesen para tirarlos; si por los cordeles, la agilidad que tuviese para hacer rápidamente el número de nudos que quisiera; si en "la escalera infernal", la contracción o mayor estiramiento de sus dedos "los cinco solares". Y cosa de magia deben de haber parecido a

(1) Motolinía, op. cit. 130.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 194.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 187.

(4) Ruiz de Alarcón, op. cit. 189.

los que las consultaban que ciertamente eran todos los habitantes del valle, los subterfugios, hechos en nombre de sus dioses.

Comerciantes.

Eran las que vendían, por sí mismas, sus productos en los mercados. La infinidad de mercaderías que eran expandidas en el tianguis, el orden que dentro del mercado reinaba; las callecillas enfiladas mostrando al sol abierto sus productos; los ricos colores de las frutas; el bello plumaje de las aves y sus trinos; el aroma de las flores y el brillo de las joyas, impresionarían, seguramente, hasta ojos menos ávidos de contraste que los de los conquistadores.

Muchos de los productos que se expendían en los mercados eran vendidos exclusivamente por mujeres.

Una de las muchas callecillas del gran mercado estaba dedicada a las aves; primero, las de plumaje rico y multicolor, que los mercaderes traían de lejanas tierras; (1) y en seguida, las que criaban en Tenochtitlán las mismas mercaderes, y de las que vendían las plumas hiladas o sin hilar.

Las plumas sueltas las vendían envueltas en greda; (2) las plumas que hilaban eran las blandas del tórax de las gallinas, de los ánades, los ánsares, las tórtolas, las palomas, y las de águilas eran atadas en hilos torcidos más o menos parejamente a voluntad del comprador y las ataban con fibra de henequén, que como el del algodón, deshilaban en huso.

Los hombres vendían los cueros de las aves de rapiña cubiertos con sus plumas, con todo y su pico y sus garras.

En la calle de las herbolarias tenían asiento las vendedoras de raíces y de hierbas medicinales (3) y en esta calle vendían también las hierbas comestibles: hojas de chile, bledos, acederas, mastuerzo, poleo, (4) cebollas, puerros, ajos, berros, borrajas, cardos y las tagarninas (5) y alguna más a las que nos referimos al hablar de la cocina.

(1) Ver cap. mercaderes.

(2) Sahagún, op. cit. III, 76.

(3) Ver Curanderas.

(4) Sahagún, op. cit. III, 76.

(5) Hernán Cortés, Cartas y Relaciones, París, 1886, 109.

Eran mujeres también las que vendían pasteles de aves y empanadas de pescado y el pescado guisado; el crudo lo vendían los hombres.

Las mujeres vendían también las tortillas de maíz y las tortillas hechas de huevos.

A cargo de las mujeres estaban las casas en que se daba de comer por "precio". (1)

En sitio aparte estaban las vendedoras de atoles. Entre los mexicanos se conocían dieciocho maneras distintas de hacerlo (2) y lo vendían frío y caliente. (3)

El cacao molido y listo para ser hecho (chocolate) lo vendían también las mujeres, que lo molían y preparaban. Era vendido en jícaras, listo para ser tomado.

Mujeres, por último expendían madejitas de algodón de todos colores para bordar, lo mismo que cordones gruesos, con los que se ataban en ocasiones las jóvenes el cabello.

Pintoras.

En los días de importantes festividades religiosas, en el mercado, desde hora temprana se situaban unas mujeres provistas de paletas con colores y pinceles hechos con pelos de conejo de todos los gruesos. Su negocio consistía en pintar caras, brazos y piernas, según lo que necesitaban o deseaban los clientes, para la ceremonia en que iban a bailar. (4)

Otras ocupaciones.

Entre las ocupaciones de las mujeres de condición humilde, figuraba la de ayudar a los varones de su familia en sencillas tareas agrícolas, como derramar las semillas en los hoyos que los varones iban practicando con la coa. Durante la cosecha se ocupaban de recoger las mazorcas, deshojarlas y limpiar el grano, aunque también los hombres escardaban y desgranaban. (5)

(1) Hernán Cortés, op. cit. 103.

(2) Spencer, op. cit. 208.

(3) Sahagún, op. cit. III, 77.

(4) Motolinía, op. cit. 53.

(5) Clavijero, op. cit. 128.

De las mujeres esclavas.

Las mujeres esclavas tenían la obligación de servir a sus amos en los grandes banquetes (entre los hombres ricos y sobre todo, los Tlacatecuhtlis, todos los días). Antes de la comida y al final de ella en los grandes convites, las esclavas presentaban jícaras con agua para que se lavasen las manos. Hacían circular, terminado el banquete, entre todos los invitados, las cañas de humo y los carrizos de perfume, y las flores, obsequio con que siempre se terminaban entre los mexicanos sus banquetes.

Curanderas.

El predominio de la superstición entre los aztecas, era una supervivencia de la hechicería, que raíces tan hondas, que huellas tan profundas había dejado entre las tribus primitivas. El nombre genérico mismo de las tribus a las que pertenecía la mexicana: nahuas, de "nahualli", (1) hechicero, nos dá la opinión que sobre ellas habían formado otros pueblos, en cuya religión los medianeros con la divinidad, ya no eran simplemente hechiceros, sino sacerdotes; es decir, representantes e intérpretes de sus dioses.

Aunque posteriormente tuvieron sacerdotes los aztecas, su religión conservó siempre en el fondo la magia, que salía a flote en cada ocasión en que las tícil, curanderas o sortilegas, (2) o los sacerdotes en su doble papel de hechiceros, hacían rodar a caer los maíces, cada vez que leyesen en las ondas del agua o hiciesen entrelazar los cordeles para adivinar el porvenir o saber la causa de la enfermedad que aquejaba al enfermo que las consultaba.

Su medicina vegetal en esencia, ayudaba por las ventosas, las sangrías y los baños calientes, (3) nos interesa por cuanto que eran mujeres quienes la aplicaban la mayoría de las veces.

Había varias clases de curanderas, según la especialidad que practicaban: las Tetonaltique, (4) eran las que hacían volver

(1) José Bravo Ugarte, *Historia de México*, México, 1941, I, 99.

(2) Ruiz de Alarcón, *op. cit.* 192.

(3) Ignacio Alcocer, *Consideraciones sobre la Medicina Azteca en III tomo Sahagún.*

(4) Ruiz de Alarcón, *op. cit.* 197.

al niño su fortuna, o Tonalli, cuya pérdida creían era la motivación de su enfermedad. Los métodos por los cuales averiguaban la causa de la enfermedad, eran varios: primero, hacían alguno de los sortilegios que describimos detalladamente al hablar de las agoreras; y seguido, curaban al niño por medio del agua, o usando del fuego y del copal.

Si usaban el agua, invocaban a la diosa del agua, a Chalchiutlicue, al mismo tiempo que ponían al niño el agua en la mollera y le rociaban después todo el cuerpo.

Si usaban del fuego y del copal, su conjuro entonces se refería al copal, con el nombre de anciana, porque el humo al ascender, gris y opaco, les sugería el pensamiento de la vejez.

Cuando las curanderas o ticitl, tenían que curar alguna enfermedad que creían haber su causa en un amor ilícito, (1) invocaban a la diosa Citlalcueye, la de la saya de estrellas, al mismo tiempo que bañaban al enfermo y le hacían aire con su huipil, como para que saliesen de él "los aires malos". (2)

A Iztaccihuatl, la mujer blanca, era a quien invocaban las curanderas cuando tenían que poner ventosas, y con este nombre distinguían en esta ocasión al algodón; al fuego le llamaban "mi padre cuatro cañas", quizá por las flamas que al ser prendido desprendía. (3) Para quitarlas usaban de la lanceta, la semejante a el ala de la mariposa.

Curaban, además, mediante conjuros especiales y la aplicación apropiada de su herbaria farmacopea, las inflamaciones e "inchazones", calenturas, dolor de cuerpo, cansancio, dolores de huesos, mal de orina, gota, llagas. . . , unían huesos rotos o dislocados y deshacían palpando, "lo que parecía duro". (4) El dolor de cabeza lo curaban de varias maneras: zahumando con yauhtli, aplicando la raíz del chollotolli, si la cabeza estaba hinchada, pasaban antes por ella un pequeño idólito (5) o la embarraban. Las que atendían estas dolencias en los mercados, empleaban las hierbas medicinales llamadas xuihquiltl molidas y mezcladas con hojas de huizache y con una corteza llamada quauhtepuztli; con todo lo cual formaban

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 205.

(4) Sahagún, op. cit. III, 76.

(5) Ruiz de Alarcón, op. cit. 200.

un emplasto, el que colocaban sobre barro negro que las propias curanderas vendían en el tianguis.

Para hacer sangrías hablaban a la roja mujer, "a la mujer colorada", que era el líquido precioso, el manjar de los dioses; y a las venas, con las siguientes palabras: "llamo a las venas, a las de cuatro cabezas (porque creían que todas iban a terminar en brazos y piernas), en nuestras hermanas haldas en cintas, coged y recoged vuestras melenas y vuestro licor primideras y tempiales; a vosotros hablo mis hermanas, las que tenéis sayas de color y como culebras. . . esperad, que los quiero buscar en todas partes, dentro de los huesos, de las piedras preciosas donde está el asiento de la mujer colorada. Madre mía, la de la saya de piedras preciosas (Chalchiutlicue, diosa del agua) ya es tiempo que busques con cuidado lo que daña". (1) Todavía entre nuestros indios se oye el término "cabecear la vena", el que usaba la curandera cuando pretendía que la vena había contestado a su reclamo y procedía a herirla para que manase sangre. No nos ha sido dable averiguar el uso que daban a la sangre obtenida de esta manera.

Para curar el dolor de muelas, o de dientes, ponían una gota de copal ardiente, en la parte dañada o dolorida, enviando al copal, o, en este caso, "mujer blanca", en seguimiento del verde dolor.

Aunque su religión fuese ya antropomorfa, persistía en ellos la inclinación de considerar a determinadas substancias v. g. el copal, como reliquias del dios, es decir, como objetos que, o bien habían sido de su uso, o en los que, por saber sus propiedades, en este caso curativas, habían creído reconocer la existencia del dios dentro de ellas. Por eso, en nuestro sentir, hablan con los objetos y les invocan como si ellos mismos fuesen la divinidad.

Para curar el dolor de oídos, ponían en el órgano enfermo unas gotas de temixiete (aceite), y al mismo tiempo que soplaban en él, decían: "... para que mi soplo y aliento siga al verde dolor". (2)

Los ojos, "espejos encantados", el órgano más delicado del rostro, eran motivo de constante asombro. Para curarlos, decían,

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 203.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 201.

en su imprescindible conjuro: "a vosotras digo una culebra (a las venas), dos culebras, tres culebras, cuatro culebras, porque maltratáis así el espejo encantado (los ojos) y su encantada faz; id donde quisieres, apartaos adonde os pareciere, y si no me obedecéis, llamaré a la de las naguas y el huipil de piedras preciosas, que ella os desparramará y divertirá, ella os arrojará desparramándoos por esos desiertos ¡¡Ea blanca mujer haz tu oficio (1) con lo que la curación estaba terminada.

Cuando usaban el achiote, decían: "Yo, sacerdote príncipe de encantos, he de aplacar mi conjurado pezcuezo y lo he de sanar, ven acá tú, espiritado de color encendido (el achiote), que haz de aplacar al verde dolor", (2) y terminaban con las mismas palabras del conjuro anterior.

Para curar calenturas, tabardillos y dolor de pecho (por cansancio o por golpes), daban a beber un atole hecho de masa simple, en la que ponían polvos sacados de la raíz del coaneneppilli" apretando los pechos del paciente con las manos" (3), dándole masaje y diciendo que era el sacerdote que buscaría al dolor donde estuviese... "Te advierto, encantada medicina, que he de aplacar mi carne enferma y para ello entrarás en las siete cuevas; deja el amarillo corazón espiritada medicina, yo echo de aquí el verde dolor, el pardo dolor, venid acá vosotros los nueve vientos, echad de aquí al verde dolor (4). Si se atendía a la curación de alguna herida en el pecho, aplicaban yautlilli (anís), y el paciente, en un fragmento de su conjuro, decía: "Ea, tú, el que eres digno de estimación, y ve y échalo de allí donde estará, dentro de mi encantada arca de costillas (el pecho) y en el espinazo". (5) Sería particularmente interesante un estudio sobre las ideas anatómicas de los aztecas.

Yztaccihuatl era quien detenía las hemorragias por la boca y el medio material para lograrlo era el copal o la sal. (6) Para curar dolor de vientre, (7) punzabanlo con una aguja de maguey o con dientes de culebra.

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 205.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 205.

(3) Llamado Tepapacholiztli. Ruiz de Alarcón, op. cit. 205.

(4) Ruiz de Alarcón, op. cit. 205.

(5) Ruiz de Alarcón, op. cit. 206.

(6) Ruiz de Alarcón, op. cit. 207.

(7) Ruiz de Alarcón, op. cit. 208.

Tellaiccaliztli llamaban al procedimiento de curación por medio de piedras preciosas o con el empleo de comales calientes: y si por medio de sus "carcañales" (frotamiento con los pies) igual yteteica Paztecpatli (1) que era el nombre que también daban al emplasto que ponían en las fracturas de los huesos, sobre el cual ponía el entablamiento y el vendaje.

Para las reumas usaban del Tzictli; que prohibían a las muchachas mascar.

Parteras.

Entre las curanderas y las médicas o parteras, había una clara diferenciación. Estas, de entre todas las que se dedicaban a la medicina, eran las más estimadas; si bien, cuando llegaba el momento del parto, poco significaba que se tratase de una xiuihuani, es decir, partera, o simplemente de una tepalchui-ni, o ayudadora. (2)

Las médicas como todas las demás ocupaciones de las mujeres, se aprendían directamente y siempre las curanderas, las parteras, etc., tenían discípulas a quienes enseñar.

La atención médica que se dedicaba a las mujeres en el parto se reducía, la mayoría de las veces, a la superchería, a los conjuros con los cuales invocaban al niño por nacer, y con los que pretendían ayudar a la madre ensalzando su valor.

Generalmente se solicitaban los servicios de la xiuihuani (nombre que usaban muy pocas veces), en una ceremonia especial en la que se reunían todos los parientes de la preñada y de su esposo; y una matrona, pariente de él, era la que se encargaba de decir a la partera las palabras siguientes que copiamos de Sahagún: (3) . . . sabed señora que esta mozuela está preñada, la cual es mujer casada con N, y también está aquí vuestro siervo. Sus padres y parientes os la recomiendan porque nuestro señor que rige el mundo, quiere hacer con ellos misericordia en darles una piedra preciosa y una pluma rica", y se la encomienda en nombre de su esposo (4) que la pone en vuestras manos, en vuestro regazo y sobre vuestras espaldas y

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 210.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 195.

(3) Rubén M. Campos, *La Producción Literaria de los Aztecas*, México, 1936, 395.

(4) Seler, *Caecilie*, op. cit.

también los viejos y viejas, parientes, padres y madres de ella os encomiendan esta su hija ahora"; y después de encomendarla que la metiera en el baño "donde se arrecian y esfuerzan los cuerpos de los niños, por la madre y abuela que es la diosa Yoalticiltl, a lo que la partera respondía con la retórica que acostumbraban, agradeciendo la designación, no sin insistir en sus pocos méritos.

Llegando el momento del nacimiento, bañaban a la futura madre y le daban a beber la infusión de la raíz molida de ciopactli, (1) colocando con gran honra en su aposento al fuego, que había de ayudarle a ser esforzada y valiente, porque él era su padre y su madre. (2)

En el momento mismo, la tepalchuiani, decía: "Acudid aquí, los cinco solares o los cinco hados y tú mi madre, un conejo boca arriba (la tierra), aquí has de dar principio a un verde dolor: veamos quién es la persona poderosa que ya viene destruyendo, ea, ven, ea, ya el nueve veces golpeado, ea, ya echemos de aquí al amarillo dolor, al verde dolor". Si con esta invocación el causante del verde dolor no acababa de llegar, invocaba entonces al fuego, al copal, y le daban a beber infusión de yautili (3) a la enferma, diciéndole: "mi padre las cuatro cañas que echa llamas con cabellos rubios, oh mujer blanca o amarillo espíritado, echemos de aquí al causante del amarillo dolor".

Si aún así el niño no nacía, entonces le daban a beber "como medio dedo" de cola de tlacuache molida, (4) al mismo tiempo que decían: "oh, vosotros, los de cinco hados, los que miráis todos hacia una parte, ayudadme para que cojamos e impidamos a quien quiera que es el que causa este daño, que ya quiere de todo punto destruir a la hija de los dioses, primera a la que está de parto"; (5) y al polvo de cola de tlacuache, decíanle en especial: "ea, ya, ven acá el negro espíritado, ve a sacar a la criatura, con quien ya está fatigada la hija de los dioses. . . ." (6) Si aún con todo esto el niño no llegaba, tomaban a la enferma con ambas manos por la cabeza, y la meneaban

(1) Sahagún, op. cit. II, 180.

(2) Sahagún, op. cit. 279.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 195.

(4) Ruiz de Alarcón, op. cit. 196.

(5) Ruiz de Alarcón, op. cit. 196.

(6) Ruiz de Alarcón, op. cit. 190.

y golpeaban ligeramente en la espalda con las manos, esforzándola a que se pareciese a Ciuacoatl, que era la primera diosa que había sido madre". (1)

Muchas veces, ni aún con estos procedimientos y exhortaciones llegaba a la tierra el niño. Después de transcurridos un día y una noche en esta dificultad, la médica solicitaba permiso de los padres de la enferma, para cortar con su navaja de obsidiana el cuerpo del niño muerto dentro de la madre. Era la maravillosa operación de la embriotonía actual. Si los padres lo negaban, encerraban a la enferma completamente sola, sin más compañía que el fuego dentro de su aposento; y si moría la llamaban mocioaquetzcue (2) el guerrero que aparece en forma de mujer las que canonizaban por diosas y que son el tema del capítulo Cihuapipiltin de este trabajo.

La intervención médica en los nacimientos como se ve, era casi totalmente nula.

Mercaderes.

Para referirnos a las mujeres mercaderes, seguiremos exclusivamente a Sahagún. (3) Ningún otro cronista menciona siquiera que entre los aztecas hubiera mujeres mercaderes.

La importancia de los pochteca era doblemente significativa para la vida política y comercial de Tenochtitlán; porque, además de que, como sabemos, eran los encargados de comerciar, servían a los fines militares de su Estado con los informes valiosísimos que traían sobre las comarcas por ellos recorridas. César, al igual que los Tlacatecuhtlis, se había valido de este mismo sistema de espionaje. (4) Esta clase era realmente la única que podía considerarse como una casta entre los mexicanos; las demás eran clases abiertas a las que podía ingresarse libremente, y como la de los guerreros y la de los sacerdotes, era una clase privilegiada, con la salvedad de que en ella, como veremos adelante tomaban parte activa las mujeres.

Su partida era cuidadosamente preparada. Se proveían de todos los artículos necesarios para su comercio, en el que el true-

(1) Sahagún, op. cit. II, 180.

(2) Sahagún, op. cit. II, 180.

(3) Sahagún, op. cit. II, 338.

(4) José Pijoán, *Historia del Mundo*, Barcelona, 1926, I, 126.

que jugaba un papel tan importante; recibían del Tlacatecuhtli los presentes que enviaba para los Señores de las comarcas que visitarían, y esperaban un día que el Tonalamatl señalase como favorable (1) para emprender su viaje. Cuidado especial tenían, sobre todo, en no salir, ni siquiera de sus casas, ni menos emprender un largo viaje, ni siquiera bailar, el día "nahuiehecatl", cuatro vientos (2) porque creían que de hacerlo corrían peligro de ser arrebatadas por fuerte viento. Y precisamente por ser este día tan temido por los mercaderes, hacían en él una ceremonia especial para evitar peligros mayores. Después de ofrecer sacrificios a sus dioses, sacaban a los patios de sus casas todas las mercaderías que en ellas tenían guardadas, y ofrecían después a todos sus parientes y amigos un gran convite, en el que hacían burla de todos aquellos comerciantes medrosos que en sus viajes no pasaban del mercado más próximo. (3)

Una vez que el día favorable era llegado, se reunían los comerciantes, los pochteca, con los mercaderes y las mercaderes ancianas que les habían encargado sus mercaderías, para pedir a Tonacatecuhtli, que él, que era el "inmediato presente en todas las cosas", estuviese con ellos en los distintos sitios que les obligaba su viaje; que recordase que, como Ilhuicahua (4) que era, es decir, el Señor del Cielo, pensase que muchas veces sería su único acompañante; que, como Yohualli Ehecatl, "el señor que es la noche y el viento", (5) no les dejase durante su viaje oír cantar al uactzin o uactli (6) "ammimictoc", que quiere decir "vosotros moriréis", y sería la señal de que alguno, o algunos de ellos, se ahogarían al cruzar un río, serían devorados por las fieras, caerían en manos de bandoleros, o su viaje se vería interrumpido por una guerra. Y no satisfechos con haber invocado a Tonacatecuhtli, impetraban a Quetzalcoatl, Tezcatlipoca y a Chalmecacihuatl, la diosa hermana de su dios principal, Yiacatecuhtli.(7)

(1) Seler, op. cit. II, 223.

(2) Nuestra moderna expresión "a las cuatro esquinas" o a los cuatro vientos "seguramente de aquí reconoce su origen.

(3) Seler, op. cit. II, 229.

(4) Sahagún, op. cit. II, 229.

(5) Sahagún, op. cit. II, 229.

(6) Pájaro que parece un águila pequeña.

(7) Sahagún, op. cit. III, 44.

Impetraban a Quetzalcoatl, como supusieron Herrera y Durán, (1) porque era el "dios de las mercaderías" o el "dios de los comerciantes", (2) y además porque una de las advocaciones de este dios le presentaba como Ehecatl, el dios de los vientos, el encargado de hacer que los dioses de la lluvia encontrasen sus caminos limpios, es decir, le consideraban como el "barredor de caminos" (3) y, como a tal, le pedían que limpiase sus caminos de obstáculos".

La adoración a Tezcatlipoca, "el nocturno", reconoce su origen en el miedo, verdadero terror que sentían de que este dios se les apareciese en la nocturna soledad de sus montañas, cubierto con sus disfraces de tigre o de uactzin. El culto que le profesaban nació de la desconfianza profunda, del gran temor que abrigaban todos aquellos que tenían algo que perder de quien, dador de todo los bienes, podía convertirse también en quitador de ellos conforme a su capricho. (4)

Precisamente por la desconfianza que sentían de sus dioses, caprichosos y arbitrarios, recurrían a varios de ellos.

Yiacatecuhtli, siendo, como era, su dios principal, tenía que acompañarlos constantemente, y en la imposibilidad material de que así fuese, llevaban siempre consigo durante sus viajes lo que creían ser representación de esta divinidad; un bastón de palo negro escogido sin nudos, (5) llamados topiles, (6) con el cual creían ir defendidos de los riesgos y peligros de sus largas caminatas.

Cuando llegaba el momento de la partida, decía el jefe de la caravana, volviéndose a los ancianos y ancianas mercaderes, quienes con serenidad, aquella serenidad que nacía del conocimiento de lo que significaban estas jornadas, escuchaban: "Aquí estáis presentes, señores y señoras, ancianos honrados cuya ancianidad es tanta que apenas podéis andar, quedáos en hora buena, ya nos vamos, porque hemos oído los buenos consejos y avisos que teníades guardados en vuestro pecho pa-

(1) Op. cit. II, 118.

(2) Idea nacida en ellos de ser Quetzalcoatl el dios principal de los cholutecas y éstos los intermediarios comerciales entre los habitantes del altiplano, los países costeros y las fronteras de los mayas.

(3) Sahagún, op. cit. I, 17.

(4) Seler, op. cit. II, 205.

(5) Torquemada, op. cit. 57.

(6) Sahagún, op. cit. II, 14.

ra nuestro aviso y doctrina, palabras que con lágrimas las recibimos; ya con esto, contentos y esforzados, dejamos nuestro pueblo y nuestras casas, a nuestros hijos y mujeres y a nuestros padres y amigos y parientes, los cuales creemos que no nos echarán en olvido por estar ausentes". Conmovedoras palabras; tierna y sencilla despedida que no resistimos a transcribir fielmente. Empezaban entonces a acomodarse en sus canoas, si el viaje debía efectuarse por agua; o en sus grupos, si los caminos de a pie eran los que debían llevarlos a su destino. En una y en otra forma, las mujeres y los hombres formaban grupos aparte, sin mezclarse; "ninguno entraba entre las mujeres", (1) y teniendo cuidado de no volver el rostro ni de hablar a los que se quedaban, pues eran signos de mal agüero; y evitando los mercaderes y las mercaderes ancianas, llamarles o intentar darles una nueva recomendación, porque lo consideraban como un gran pecado; permanecían, pues, inmóviles largo rato, casi hasta que de su vista se perdían.

Al llegar a los sitios de su destino, su primer cuidado era entregar al Señor del lugar los regalos que le enviaba su Tlacatecuhtli. Ante el obsequiado, el comerciante iba desplegando (no era costumbre entregar los obsequios envueltos) las cueitl, los huipiles ricamente bordados, las tilmatl, etc. . . a los que él correspondía, con prendas y objetos semejantes, o con lo mejor que en su región se elaboraba o producía. Y con la venia del Señor, los y las pochteca, esperaban el día más cercano de mercado del lugar (marcado siempre con días fijos) o procedían si dicho mercado se hallaba muy distante, a vender sus productos, sus joyas: vasitos de oro para poner el huso e hilar; ajorcas (cotzehuatl), orejeras de oro y cristal de jade y turquezas; narigueras de muchas y variadas formas, pulseras (macuextli), collares y pectorales de piedras y metales preciosos para la gente rica, y de obsidiana y cobre para los pobres; punzones de hueso, cuchillos (tecpatl), espejos, (tezcatl), peines de hueso, navajitas de punta, grana, jade, aguas de hueso, hierbas medicinales de la flora del valle, que habían transportado o hecho transportar, bien sobre las espaldas de los cargadores profesionales, o tamemes, o de los esclavos que los mercade-

(1) Sahagún, op. cit. II, 353.

res de más alta condición los "tealnime" y los "tecoanime", llevaban a vender a distintas provincias.

Los pochteca, hombres y mujeres, suponemos que éstas también, tenían en todos los sitios por donde pasaban, derecho de asilo, el que les era brindado espontáneamente y aún sin conocerlos; porque en aquellos pueblos la hospitalidad era sagrada; si bien, en el caso de la comisión de algún delito, sobre todo del de estupro en alguna de las mujeres de la casa donde se hospedasen, el tribunal especial de los mercaderes condenaba a muerte.

Cuando por la noche, llegaban al sitio o posada, donde esperarían que el sol del oriente viniese con sus rayos a alumbrar sus vidas, juntaban todos sus báculos, y atándolos con una cinta, ceñíanlos a la mitad para ofrecerles sacrificios dos o tres veces en la noche. (1)

Sin embargo, no todos los pueblos ni las provincias eran amigos; y a aquellas donde no podían llegar libremente, entraban disfrazados por lo que también les llamaban "naualoztomecas", es decir, espías. (2)

El regreso de los mercaderes a Tenochtitlán debía causar aún más expectación que su partida. Sería su llegada día inusitado, por los diversos productos que traían, y las fiestas que con motivo de su regreso celebraban.

Seguramente la vuelta de los comerciantes prendía llamas de ilusión en los ojos de las mexicas, las que, de antemano, saborearían calladamente en el alegre y discreto parloteo de muchachas, la sorpresa de encontrar en el tianguis siguiente los objetos por ellas deseados. Recreación debía de ser su mercado, (3) en el que brillarían luciendo en abigarrada colorería en las ordenadas callecillas: los jades labrados en todas formas y aún sin pulir, chalchihuites colorados, esmeraldas, topacios, aguas marinas, caracoles rojos, avaneras coloradas y amarillas, paletas para mover el cacao hechos de concha de tortuga o pintadas semejando el cuero del tigre, pieles curtidas de animales de Xicalanco, Cimatecatl y Quatzaquialco, ámbar, plumas de quezalli, largas del pájaro quetzal titone, xiuhlato-ne y Chalciutotone, las aves que sólo se alimentaban de los

(1) Torquemada, op. cit. 57.

(2) Sahagún, op. cit. II, 356.

(3) Al que nos referimos en el subcapítulo "Comerciante".

frutos del Itzamatl y uno de los más bellos, el pájaro Xiuhtotl, que no podía tocarse con las manos desnudas porque el precioso color azul de sus plumas se quedaba en ellas, que traían de Tzincuatlán; mantas de maguey tejidas como telas de cedazos, abanicos de plumas preciosas, bezotes y orejeras de ámbar, ilhuitopillis, los bastones con borlas de suave plumón o de plumas de papagayo amarillas que traían desde Tochtepec; mantas de mil y mil colores de la Huasteca, lienzos de caderas, faldas de todos colores, etc. (1)

Para entrar en su ciudad esperaban, si no coincidían con esa fecha un día que el Tonalamatl hubiese señalado como particularmente favorable, como los días "ce o chicome calli", en Itziucan; (2) y cuando veían que estos días estaban cercanos, de noche, sigilosamente, hacían entrar en canoas perfectamente cubiertas sus mercaderías hasta la casa de alguno de sus parientes que fuese humilde, honrado y reservado, que eran de las cualidades que tenían en más alta estima. La noche misma de su llegada iban a ver al mercader principal de su "regimiento", (3) para decirle: "Singular varón, estéis mucho en hora buena; sabed que soy venido con salud y vida, a la mañana iré a ver a nuestros padres y madres los mercaderes viejos, irán a beber un poco de cacao a mi pobre casa. . . . , etc., donde hasta que nuestro señor dios me llame vivo", a lo que el varón principal respondía: "Seáis muy bien venido, amigo mío, ya habéis hecho placer a nuestros padres y madres los mercaderes antiguos; ellos os hablarán mañana, idos a descansar". (4)

Al día siguiente empezaban a preparar y disponer, con todo esmero, el banquete que habían de ofrecer a los y a las mercaderes ancianas, a sus parientes y amigos, en el que debían desbordar su prodigalidad; porque si las viandas preparadas para el efecto no duraban más que un sólo día, pensaban los invitados que el mercader no daba las participaciones debidas a sus amigos por las mercedes que los dioses le habían concedido.

(1) Sahagún, op. cit. II, 355.

(2) Sahagún, op. cit. II, 361.

(3) Sahagún, op. cit. II, 396.

(4) Estas y todas las ceremonias siguientes las hacían cada uno de los pochteca al regresar de sus viajes.

La descripción de sus banquetes, el seguir paso a paso el complicado ritual de sus ceremonias, es grata tarea, necesaria para conocer por su vivir, su psicología.

El acendrado respeto, la profunda admiración que sentían por la ancianidad, se manifestaba en todos los hechos de su vida diaria y se expresaba en todos sus discursos; según estos, los mercaderes no tenían miedo a envejecer. La vida moderna trae cada vez más acentuados, vientos de incompreensión para quienes han dejado de ser jóvenes. El respeto a los ancianos se ha trocado (en el mejor de los casos) por una afectuosa conmiseración, y sólo ganan la admiración de la juventud (en la que hay, sin embargo, honrosas excepciones) los que venciendo el paso de los años han sabido, con su vida a cuestas, seguir siendo inteligencias brillantes, gemas raras y preciosas cuya luz no se opaca a pesar del "tiempo terco", y que justifica que la mayoría tenga miedo de envejecer, el que sientan un profundo desaliento, más moral que físico, viéndose cada vez más cerca del ayer que hoy.

Retrocediendo al ayer, a la vejez de la vida, que, al fin, eso es la historia, encontramos a los mercaderes la víspera del banquete que habían de ofrecer por su retorno, cortando curiosamente, con la minucia y primor que ponían en todos sus actos, tiras de papel que unciosamente ofrecían a sus dioses en agradecimiento a las bondades que les habían concedido.

Al llegar las primeras horas del mediodía siguiente, venían los primeros invitados al banquete que avisaban a los demás por medio del toque de una campana, que era tiempo de que se reuniesen los mercaderes, hombres y mujeres, con todos los ancianos comerciantes y parientes del que ofrecía el ágape.

En el que les obsequiaba con abundantes manjares que consistían en gallinas, cocidas y asadas, empanadas; quesadillas de gallina; gallina cocida con maíz, (1) al que daban el nombre de totolloalli; (2) cacao mezclado con especias (chocolate), al que nombraban teomacaztli; para terminar, como todos sus banquetes, distribuyendo entre los comensales, cañas de humo y de perfume y flores.

Se realizaba otra fiesta mucho más espléndida y complicada

(1) Que se conoce con el nombre de pozole.

(2) Sahagún, op. cit. II, 260.

que ofrecían los comerciantes cuando su caudal les permitía considerarse ricos. Era esta fiesta en acción de gracias a sus dioses y como participación a sus amigos. Daba comienzo, al igual que todos los actos de su vida, con una ofrenda a sus dioses, en este caso, al dios principal de su tribu, a Huitzilopochtli, (1) con una primera parte exclusiva para los varones, en la que la embriaguez era general (2) y se prolongaba hasta que el lucero del alba asomaba, a cuyos destellos enterraban sus carrizos de perfume, las cenizas del sacrificio y las flores, para evitar que las viera algún vicioso que viviera en mal estado o que fuese ladrón, jugador, adúltero o borracho; (3) y al son del tambor o del teponaztli, cantaban y bailaban al sol naciente. En la segunda parte de la fiesta, obsequiaban, además de la comida, flores y perfumes, sin que se cometiese la menor omisión, después de lo cual repartían comida entre los pobres del barrio.

Para esta fiesta, y esta era una costumbre muy curiosa, llevaba cada mujer sobre el hombro un chiquihuite (4) mediano lleno de maíz para hacer tamales, en grupos de cinco en cinco o de seis en seis llegaban las invitadas a la casa de las mujeres donde se hacía la fiesta. Por casa debe entenderse el aposento, que debe haber sido muy amplio, la cocina, y vertían sobre un petate el maíz que habían traído; y les daban de comer, no tomaban cacao, sino atole, en unas pequeñas jicaritas pintadas de blanco. Cada una de estas mujeres obsequiaba al mercader una manta de ixtli, para que comprase leña para hacer la comida y como ayuda al costo del banquete.

Terminando éste, los invitados cantaban y bailaban; y si no sobraba nada para el segundo día, decían los viejos que era señal de que ningún bien temporal merecería el anfitrión ante los dioses por esta comida; en cambio, si habían sobrado muchas cañas, flores, comida, bebida, chiquihuites, cajetes y vasos para beber, los viejos expresaban que debía repetirse la fiesta. Después de terminado el convite, llamaban al anfitrión, y reprendiéndole, le aconsejaban, según era de rigor. Estas reprensiones, le decían, eran para alargarle la vida. Lue-

(1) Ver el capítulo de este trabajo Coatlicue.

(2) En estos días.

(3) La embriaguez la permitían como celebración en contadas ocasiones.

(4) Cesta tejida de palma o tule.

go de terminadas, le decían palabras suaves y amorosas: "Aquí estáis, hijo mío, pára mientes, en que nuestro señor dios ha derramado su hacienda, no la ha perdido cierto jugando, mas hánla comido y bebido algunos de tus padres y madres, a los cuales llamaste a tu presencia y a tu casa vinieron y por esto mira que no te ensorberbezcas ni altivezcas". (1)

Había otro banquete más costoso, en el que daban a comer carne de esclavos, a los que engordaban para este objeto, y que eran adquiridos en Ātzcapotzalco y se les nombraba Tlaactilin. (2) Los vendedores de esclavos tenían tantos hombres como mujeres, ataviados ricamente. A las mujeres les vestían con huipiles y naguas (cueitl) muy adornadas; les cortaban los cabellos un poco arriba de los hombros, todo el rededor de la cabeza. Un esclavo bien constituido físicamente podía llegar a valer hasta 40 mantas o quachtles. (3) Cuando el comprador encontraba esta mercancía humana a su gusto, la adquiría y llevaba a su casa, en donde la ponía en "la cárcel de los esclavos". De aquí salían, las mujeres, para que trabajasen hilando algodón, en tanto les llegaba la hora de morir. Los esclavos hombres no realizaban trabajo alguno; su obligación se reducía a cantar y bailar en especies de tapancos que el dueño de la casa había hecho construir exprofeso.

El que hacía el convite primero iba a invitar a los de Toch-tepec, llevando a lomo de tameme los regalos con que les iba a convidar. Cuando llegaba al pueblo, su primer acto era visitar a su dios, a Yiacatecuhtli, el dios de los mercaderes; le barría su templo, colocaba delante de él petates y sobre ellos desenvolvía los presentes que le había traído y que eran, generalmente, atavíos muy galanos y colocaba frente a él un manajo de topiles, tantos cuantos esclavos había de sacrificar en su honor; si colocaba dos, los llamaban otlatopilli y ponía en el bastón que significaba la esclava, unas naguas y un huipil muy adornados, para que supiese el dios que con trajes iguales habían de ser sacrificados en su fiesta. Sobre el petate antedicho, distribuía papeles y los recubría totalmente con mantas de flecos de plumas en las orillas. Se dirigía en seguida a invitar a los mercaderes tlatlilulcanos, y en el pueblo

(1) Sahagún, op. cit. II, 369.

(2) Sahagún, op. cit. II, 370.

(3) Sahagún, op. cit. II, 371.

de estos, repetía las ceremonias a su dios. Cuando había terminado de invitar a los mercaderes y tratantes en esclavos de los doce pueblos, regresaba a preparar la comida y los dones con que obsequiaría a sus invitados. Antes de empezar a comer, se lavaban boca y manos, costumbre que practicaban también poco antes de tomar el cacao y fumar

El dueño de la casa se salía entonces al patio a ofrecer en holocausto cabezas de codornices, que mataba descabezándolas, en número igual al de los esclavos que sacrificaría. Y regresaba a la sala del banquete a repartir los regalos; primero, a los varones y después a las "mujeres mercaderes y tratantes en esclavas", (1) a las que obsequiaban faldas y huipiles bordados de muchas maneras y en muchos matices. Uno de los invitados, de los que disfrutasen del don de la palabra, agradecía el convite, diciendo: "Aquí estáis, todos juntos, los señores y principales mercaderes; habéis tomado trabajo y fatiga en venir a este hogar, siendo las personas que sois; tú, que eres fuerte y valiente; que eres acostumbrado a trabajar en los caminos por los cuales pones a riesgo tu vida y tu salud, atreviéndote, sin temor, a subir y descender riscos y barrancas y montes, con fatigas y trabajos buscando los regalos y delicadezas de nuestro señor, mira aquí el fruto de los trabajos de pasar sierras y barrancos; y no es bien que quede sin galardón ni que se pierda el fruto de las cosas ganadas y de sus riquezas nuestro señor dios y por que este que aquí véis quiere hacer algún servicio y mostrar agradecimiento al señor dios Huitzilopochtli, matando algunos esclavos en su presencia, por lo cual ha venido a convidarnos, no hay otra cosa que deciros más de lo que habéis oído, señores y principales mercaderes". (2)

Los principales naualoztoméca, a su vez, decíanle "...avísámoste que no te ensorberbezcas, ni altivezcas, ni desprecies a nadie; ten reverencia a los viejos y viejas, aunque sean pobres; y a la otra gente baja y pobre, has misericordia con ella; dáles con que se vistan y con que se cubran, aunque sea lo que tú deseches; dales de comer y de beber, porque son imágenes de dios; por esto te acrecentará dios días de la vida si vivieses largos días; si no hicieres lo que te aconsejamos, ce-

(1) Sahagún, op. cit. II, 371.

(2) Sahagún, op. cit. II, 375.

garás o te tullirás o te pararás contrahecho, y eso mismo tú te lo buscarás y dios te lo dará, porque sus ojos penetran las piedras y las maderas y no te podrás esconder de él, mira que no desees *la mujer ajena*; comienza por vivir bien". (1) Después de comer y beber y escuchar consejos y discursos durante tres días, al tercero, ataviaban a los esclavos, hombres como mujeres, poniéndolos a la entrada de la puerta, para que los viesen los invitados. A las mujeres les trenzaban el cabello con hilos de algodón flojo, de muchos colores, torcidos con plumas blancas y les ponían ajorcas, pulseras y pectorales con incrustaciones de turquesas y piedras de espejo. (2)

La manera como estas esclavas eran sacrificadas no la consigna ni Sahagún ni otros cronistas; por lo que es de deducirse que el sacrificio se efectuaba de la misma manera que el de los esclavos varones.

Momentos antes del sacrificio, eran llevados al templo, o cú, donde debía realizarse el acto. Subían primero los cautivos de guerra; después, los esclavos, seguidos de los criados del señor que ofrecía el sacrificio, quien ascendía acompañado de su mujer, si la tenía; si no era casado, le acompañaba su tío, o su padre, o su hijo, si era viudo, llevando en sus manos báculos adornados con plumas preciosas, y desde lo alto del templo contemplaba, como la ascensión se llevaba a cabo lentamente. Cuando la procesión terminaba, descendían a esperar que los sacerdotes oficiantes arrojasen los cuerpos de los esclavos para llevarlos a sus casas, donde eran cocidos y aderezados con maíz, sin chile y sin ningún condimento, fuera de la sal. (3)

Los que ofrecían el banquete, guardaban durante toda su vida, los atavíos de las esclavas que habían muerto inmolados por ellos; asimismo guardaban los maxtles y las cotaras de los hombres, las naguas y los huipiles de las mujeres; y los cabellos que les habían arrancado de la coronilla, poníanlos en una petaquilla, la que era quemada, junto con otros obsequios, al ocurrir el fallecimiento de estos comerciantes.

En la fiesta en honor de Yiacatecuhtli, sacrificaban una esclava en honor de su hermana Chalmecacihuatl, a la que tam-

(1) Sahagún, op. cit. II, 378.

(2) Sahagún, op. cit. III, 379.

(3) Sahagún, op. cit. II, 380.

bién ofrecían ofrendas. La esclava por sacrificar llevaba puestos sus propios atavíos y todos sus adornos. Esta diosa, junto a su hermano, como las mujeres mercaderes junto a los pochteca varones, representaba un papel completamente secundario.

Las mercaderes vendían en el tianguis joyas y eran consideradas por todos como las mercaderes más importantes. (1)

(1) Durán, op. cit. II, 180.

SU VIDA
(CONTINUACION)

Hilado y tejido.

El azteca, pueblo simbólico por excelencia, expresó por medio de símbolos todo lo que era vital en su existencia.

Por eso la importancia del obsequio que se entregaba a la niña como de bienvenida a su llegada a esta vida; una petaquita de tules o de juncias, que contenía los instrumentos, reproducidos en pequeño, necesarios para que aprendiese cuando fuese grandecita, a hilar, cardar y tejer el algodón.

El tzotzopaztli, el cuchillo para hilar, el palito redondo de puntas agudas, en el que se enrollaba el algodón deshilado, el pequeño cajete en el cual se fijaba, y los palos necesarios para fijar la trama de su rústico telar.

El hilado y tejido lo consideraban como industria doméstica —al igual que todos los pueblos de cultura neolítica— y sólo por excepción, en los pueblos de tierra fría, se encontraban hombres dedicados especialmente al tejido de telas. (1)

En la altiplanicie, en cada casa había un pequeño taller de hilado y tejido; (2) porque las mujeres, de cualquier condición social que fuesen, estaban obligadas a saber escarmenar el algodón, de él sacar hilo grueso o delgado, según el que se necesitase, e hilarlo parejo; con el hilo hacer un bonito ovillo, "una buena mazorca", o a hilar flojo si era necesario, pero parejamente, y poder hacer de un hilo tres distintos, sacándolos sin que se reventasen.

Su telar era el reflejo fiel de su vida: tranquila, callada, en

(1) Zurita, op. cit. 238.

(2) No era una industria a la que se dedicaban varones, como parece afirmar Spencer, porque no tenía una demarcación marcada en la ciudad como todos los demás.

la que sus pensamientos debían de haber sido de paz, de sosiego y de amor; porque en el no hay ningún instrumento que produzca fuertes sonidos, apenas si el monótono pasar de la restiradera, o el enérgico movimiento para afianzar la trama, rompería o avivaría el ritmo de sus pensamientos.

Tenía tanta importancia el que las mujeres supiesen hilar y tejer bien, que esa era la única circunstancia que podía salvar la vida a la esclava que estuviese condenada a morir en el sacrificio. Así se desprende de lo que Sahagún consigna al referirse (1) a los banquetes que daban los mercaderes de posición económica desahogada. Después de que los esclavos, hombres y mujeres, habían sido comprados, el mercader los llevaba a su casa, y según se dijo páginas atrás, ordenaba que se diese a las mujeres algodón para que hilasen y tejiesen; y si de entre ellas había alguna que lo hiciese de muy "buena manera", le perdonaban la vida.

Las mujeres de las clases humildes que sabían tejer y coser preciosamente, se dedicaban exclusivamente a ello como manera de vivir; lo que las convertía en lo que hoy decimos costureras o modistas. Las personas que les encargaban la hechura de una tela, entregaba solamente el hilo, pues el devanado se hacía en todos los hogares. Sus telas debían ser de tramas parejas, para que estuviesen bien tejidas; más ralita, si era para la toca a naguas interiores; y más gruesa, si era para huipiles; y aún más gruesas, para cueitls y maxtlatls.

Tenían que saber las buenas tejedoras, rematar bien las bandas de las mantas; terminar las orillas de las telas; hacer la labor de la parte delantera del huipil y saber combinar los colores. Cosa curiosa: adentrándose en esta su vida sosegada, se pensaría que sus telas habrían de ser de colores tenues, desvaídos; y sin embargo, la realidad de los dibujos llegados a nosotros, nos las presentan ricas en matices, de colores intensos, combinados siempre por contraste, como para que resaltase más su intensidad. Se piensa, pues, que al hacerlo así, quisiesen huir de la monotonía de su existencia, de la que estarían inconscientemente insatisfechas; en una especie de callada protesta creando dibujos fantásticos, bordando con hilos de colo-

(1) Sahagún, op. cit. II, 314.

res vibrantes de fuertes tonalidades, figuras geométricas, labradas con primor y perfección de artistas.

Los colores primarios que conocían*eran primeramente el blanco, del color natural del algodón; el verde, al que miraban en sus campos; el azul, color de sus aguas zarcas; el rojo, el del alimento divino o chalchuihuilitl; el amarillo intenso y el negro.

El negro, lo obtenían del cuicalote (1) o del carbón del oco-te; el amarillo, de los zempachúchiles, del jugo del Xochipalli o del ocre; el azul, del añil; el rojo, del achiote o del tezoatl, que mezclaban con alumbre o con tierra, (2) y de la cochinilla. Como fijadores, usaban el aceite de chía y el tzauchtli.

Bordaban con agujas hechas de las espinas de maguey y aún entre las damas principales, con agujas hechas de cobre (3) y (4). Generalmente, los motivos decorativos de las telas estaban hechos en la trama misma; los adornos propiamente dichos eran los que habían de bordarse; las buenas bordadoras trazaban por sí mismas los motivos por bordar (5) la que no sabía hacerlo, era mala bordadora que nada más "mamoseaba" lo que cosía, haciéndolo con puntadas largas y disparejas.

Además de mantas bordadas y labradas ricamente, tenían mantas pintadas, y las que representaban mayor símbolo de riqueza, eran las totalmente cubiertas de plumas o entretejido el algodón con plumas o pelo de algodón.

Usaban también mantas delgadas de maguey, que tejían con el hilo obtenido de las pencas de este agave por maceramiento.

Las mantas más ralitas las hacían de henequén, (6) y frecuentemente la ropa de cama (sábanas y colchas) entre los pobres estaban hechas de esta fibra, mientras que los nobles se cubrían con mantas hechas de algodón finamente deshilado.

(1) Manuel Larrainzar, Estudios sobre la Historia de América, México, 1875, II, 94.

(2) Campos, op. cit. 96.

(3) Spencer, op. cit. 214.

(4) En uno de sus conjuros a la aguja la llamaban "el negro cuhimeco arrastra sus layos y entra tras sí".

(5) Sahagún, op. cit. II, 314.

(6) Sahagún, op. cit. II, 558.

Indumentaria

La ropa que usaban no era abundante; el clima del valle, agradable, suave, como joven cuyas inquietudes templara la laguna; permitía que no usasen demasiado abrigo, a pesar de que en los discursos que dirigían a los niños recién nacidos les dijese que este era sitio de gran destemplanza, de calor y de frío. (1)

Las mujeres mexicas, por naturaleza tímidas, aunque sin malicia (en un pueblo de mentalidad maliciosa los hombres no andan casi sin ropa), cubrían sus cuerpos más que los hombres; sus huipiles de escote en ángulo o cuadrado siempre, el escote redondo por excepción en el quechquemilt, vino de Europa, de mangas cortas, recto un poco abajo de la línea de la cintura, sin artificio de ninguna especie que ayudase a dar mejor apariencia al cuerpo, parece indicar que en realidad a las mujeres aztecas, o no les interesaba, o no necesitaban de estos pequeños pero efectivos recursos para disimular ligeros defectos corporales.

Las cueitl, faldas sin costura, eran piezas rectas que entallaban enrollando, mediante el ceñidor o faja, que ajustaban apretadamente. De su indumentaria, el ceñidor era la única pieza que podríamos considerar como artificio, porque, aunque fuese sólo una angosta faja, al ajustarse tendía a reducir la cintura.

Las mujeres nobles —ya hemos visto que las clases sociales entre los mexicanos estaban perfectamente diferenciadas y aún explicadas por su indumentaria— usaban dos, tres y cuatro faldas superpuestas, (2) unas más cortas que otras, para permitir que se viera la parte inferior de cada una de ellas, ricamente bordadas o tejidas.

El largo total de su traje no era hasta el tobillo, como afirma Larrainzar, (3) sino hasta media pierna, según se observa en los dibujos de los códices y se deduce de la observación directa de las representaciones femeninas en piedra que han llegado hasta nosotros.

(1) Sahagún, op. cit. II, 313.

(2) Sahagún, op. cit. I, 292.

(3) Larrainzar, op. cit. II, 93.

En las mujeres pobres, el traje lo constituía una sola falda, y sólo en ocasiones especiales usaban dos. Informa Sahagún (1) que, en un principio, sólo se tejían con algodón las tilmatl, o mantas de los señores, y que las mujeres usaban su cueitl y su huipil de iztli tejido, o de palma silvestre. (2) Poco después el algodón dejó de ser predominio exclusivo masculino, y su uso empezó a generalizarse exclusivamente para las mujeres de noble cuna. A la llegada de los hombres de España, se extendía ya hasta las mujeres humildes. En realidad, a los aztecas les fué dable el uso del algodón para ataviarse, hasta que lograron un cierto predominio y una cierta libertad en su comercio, o sea después de la derrota infligida al señor de Xaltocan, unidos con Techotlala; después de que su condición dejó de ser "de extrema miseria". (3)

A pesar de que la mujer azteca era extraordinariamente conservadora, según lo prueba el corte siempre idéntico de sus trajes, debió de usar no solamente las telas por ella tejidas, sino también las que se hilaban y tramaban más allá del valle. Fama tenían las tejedoras huastecas, el país del quechquemitl, pieza formada por una especie de pequeña capa triangular, cuyo uso se introdujo entre las aztecas, por la gran habilidad con que tramaban sus mantas de mil colores, las cenzontilmatli y las cenzoncaquachtli, (4) que seguramente inquietarían la fantasía de las mexicas con las cabezas de monstruos y otros lindos y peregrinos dibujos. No tenemos noticia cierta de cómo era la ropa íntima de las mexicas, pero se tiene certeza de que la usaban. Nada menos en la matrícula de tributos se habla de mantas de algodón, finamente tejidas, "para pañetes". (5)

Unos de sus huipiles tenían generalmente como descote el indispensable para introducir por él la cabeza, en otros, parecidos a los que ahora conocemos con el nombre de "cotonés", y que usaban como ropa de invierno, (6) se practicaba larga abertura.

A sus faldas, o cueitl, además de adornarlas con figuras

(1) Sahagún, op. cit. II, 339.

(2) José Ignacio Heredia, Sermón panegírico. México, 1802, 100.

(3) Heredia, op. cit. 100.

(4) Meade, op. cit. 131.

(5) Códice Mendocino.

(6) Clavijero, op. cit. I, 291.



geométricas, se les bordaban estilizaciones de flores y plantas; el nopal es el motivo decorativo que hemos encontrado con mayor frecuencia.

Observando las figuras femeninas trazadas en los códices, se ve que las mujeres nobles, además de varias faldas —según quedó dicho—, usaban varias camisas: tres o cuatro, según Spencer. (1) Contrasta, pues notablemente, la sencillez, casi diríamos pobreza, de sus vestidos, por el número de piezas que lo componían, con la abundancia rica de adornos: joyas para sus oídos, para sus tobillos, para sus labios y para su cuello, y aún más que collares propiamente pectorales.

Las joyas, verdaderas obras de arte, las usaban también los varones sin desdoro de su hombría; eran de oro y plata poco incrustadas con piedras preciosas; turquesas, jade en todas sus tonalidades, ámbar, lapizlázuli, amatista, aguas marinas, topacio, etc. (2)

Las joyas, deslumbramiento de conquistadores, acicate poderoso de esa gran epopeya, la Conquista de México, no era, sin embargo, tan abundante como lo soñaron los blancos. El que los indios tenían era el producto de la acumulación, durante más de doscientos años de una rudimentaria minería preciosamente labrada y profusamente exhibida.

A nuestro entender, preciaban más que el oro, las plumas; el oro debió de ejercer sobre ellos la misma influencia de todo aquello que brilla, que relumbra —gusto que conservan nuestros indígenas actualmente—; y que se manifiesta claramente en la facilidad con que lo trocaron por las sartas de cuentas del llamado papelillo y los espejos que trajeron los conquistadores.

En sus discursos más frecuentemente llamaban a sus hijos "mi pluma rica" o "mi piedra preciosa", que mi "cuenta de oro".

Este apreciar más las plumas, lo encontramos también en la leyenda de Huitzilopochtli, al que hicieron aparecer con el brazo y la pierna izquierda totalmente cubiertas de plumas y no de láminas de oro.

Por otra parte, Quetzalcoatl, el mítico personaje, motivo y

(1) Op. cit. 211.

(2) Clavijero, op. cit. II, 292.

causa de la conquista en la mentalidad indígena, no significa realmente en su nombre serpiente emplumada, sino que el nombre del Quetzal está significando el plumaje precioso de esta ave; así, Quetzalcoatl significa: serpiente de plumaje precioso.

Sandalias.

Las vendían en el tianguis; las había de hilo de maguey teñidas de distintos colores, con suelas gruesas y delgadas hechas de pluma, o hechas de algodón las suelas con calcaños y trabillas en trenza o con botones. (1) La sandalia es en realidad cauhtli, lo que se quita, porque sin calzarse debían llegar a la presencia de sus dioses y posteriormente de su Tlacatecutli. Las cotaras simbolizaban una alta dignidad eclesiástica o civil; en los códices, las pinturas que sin deseo nos legaron los aztecas, solo las dioses de entre las mujeres que en ellos se encuentran representadas las usan.

Peinados.

En un pueblo tan ceremonioso y rígido como el azteca, la distinción de clases trascendía hasta la manera como cada una debía peinarse. A las mujeres pobres no les era permitido usar los peinados de las clases nobles, ni los mismos peinados a las solteras que a las casadas.

El pelo suelto hasta los hombros, normalmente lacio, de las indias de América, lo usaban las que pertenecían a las clases pobres. Con el pelo largo hasta los hombros en la espalda y cortado a la altura de las sienes, las maqui o auainime, Sahagún (2) dice que algunas mujeres usaban los cabellos cortados desigualmente, y que al torcerlos, o atarlos, parecía que tenía el mismo tamaño. Esta era precisamente una de las características distintivas de las mujeres públicas: traer sus cabellos cortados, o quemados, para que se les distinguiese.

Las doncellas nobles podían usar su cabello largo hasta

(1) Sahagún, op. cit. II, 313.

(2) Sahagún, op. cit. II, 313.

la cintura; y cuando se casaban, cambiaban su peinado, haciendo dos grandes roles que cruzaban sobre la frente: los cornezuelos de que se ocupan algunos cronistas. (1)

Las señoras pobres peinaban su pelo partido en dos por una raya en el centro de la cabeza, y torcían sus cabellos con hilo de algodón, generalmente de color negro; y en ocasiones especiales, las muchachas de esta clase social peinaban sus cabellos entretejiéndolos con hilos gruesos de distintos colores, costumbre existente todavía y que, según conseja popular, es la mejor manera de "curar el cabello", esto es, evitar el debilitamiento de los extremos y la formación de urzuela.

Para que su cabello fuese más brillante y más oscuro, factor de belleza entre ellas, iban al mercado a que les pusiesen lodo prieto, (2) o compraban una yerba verde llamada xihquilitl, que servía para dar mayor brillantez al cabello.

Cocina.

La vida de las mujeres jóvenes aún dentro de su colegio o de sus monasterios, como la de las señoras, debía transcurrir fundamentalmente entre el cumplimiento de sus deberes religiosos y domésticos.

El día se empezaría ofreciendo sacrificios en honor de sus dioses al nacer el sol; desde mucho antes se habrían oído sonar los caracoles de los sacerdotes que para el total del pueblo significaba la medianoche y a los jóvenes reclusos en los monasterios indicaba el tiempo, en el cual debían dejar el lecho para ofrecer sacrificios a sus dioses de costumbre y especialmente a aquellos que se encontraban en su Tonalamatl presidiendo la veintena en la cual viviesen.

En todas las casas las primeras horas de la mañana significaban movimiento para sus moradores. En las casas de las grandes familias las distintas esposas, las jóvenes habidas en el o los matrimonios del señor ayudadas por sus sirvientes, cumplirían gustosas con la obligación, casi un ritual de asearse, era como si el agua fuese la misma Chachiutlicue que borra y limpiaba pequeñas impurezas.

(1) Sahagún, op. cit. II, 313.

(2) Sahagún, op. cit. II, 313.

Mientras tanto en la cocina "la casa de las mujeres", las criadas, numerosas entre las clases nobles, porque cada señora importante al casarse traía las suyas al matrimonio, (1) habían preparado los alimentos que se consumirían en la primera comida del día, el desayuno o almuerzo por mejor llamarlo. (2)

Antes de que se empezase a servir el almuerzo, la esposa principal o cihuatlanti, se llegaba a la cocina y rociaba el fuego con un poco de cada alimento creyendo que el chisporroteo alegre del fuego y el crepitar precipitado de las llamas era la señal de que el dios del fuego o Ixcozauhqui había recibido la ofrenda.

A los varones de la familia les habían llevado ya el agua para que se aseasen sus esposas, o sus hijas dado que el señor no tuviese ya ninguna y se reunían para almorzar casi exclusivamente los varones de la familia en una de las habitaciones destinadas para ello, sentados en pequeñas esteras alrededor de un petate más grande impecablemente limpio que hacía las veces de mesa; les servían sus esposas que podían sentarse con ellos si querían, pero sin poder hablar. Esta primera comida consistía en quesadillas, tamales, uno o dos guisados de salsa caldosa a los que eran particularmente afectos y atole, atole hecho de cualesquiera de las dieciocho maneras como las mujeres aztecas sabían hacerlo y pulque exclusivamente para los ancianos y ancianas que tuviesen hijos y nietos.

Aunque sin cuchillos, ni cucharas, ni tenedores (3) comían pulcramente, es decir lo más pulcramente que pudiera hacerse.

Después de los varones comían las mujeres en aposentos distintos sentadas también, porque entre ellas estaba vigente una conseja que decía poco más o menos que la doncella que comía de pie se casaría fuera de la ciudad y que podemos interpretar como que se desposaría con alguien que cuando menos no perteneciese a su calpulli.

Las horas que transcurrían entre el almuerzo y la comida

(1) Arturo Monzón, de su trabajo inédito, "El parentesco y la propiedad en la organización social de los tenochcas", a quien nuevamente agradezco su atención.

(2) Larrainzar, op. cit. V, 26.

(3) Larrainzar, op. cit. V, 26.

del medio día, que para ellos significaba la más importante, las doncellas y las señoras nobles las pasarían dedicadas exclusivamente al hilado del henequén o algodón y al tejido de sus telas mientras que sus criadas y en las familias pobres las muchachas y las señoras irían al tianguis a efectuar la compra de las cosas necesarias par la confección de los platillos que integrarían la minuta de la comida.

Aunque el tianguis fuese considerado con razón, como algo muy importante para la vida de Tenochtitlan e inclusive le hicieran visitar por sus diosas, como en la parte correspondiente se refiere, lo temían las madres, como sitio en el cual sus hijas "podían perder el decoro", quizá por aficionarse a alguno de los muchachos, llamémosles como los cronistas, mancebos que frecuentaban el dicho mercado y a lo que las doncellas no tenían derecho porque el derecho de elección correspondía exclusivamente al varón, o más claramente delimitado a los familiares del novio.

Después del recreo que seguramente para las mujeres eso significaba el mercado, volvían a sus casas a preparar los alimentos, a moler el maíz en el metatl con ayuda del metlapilli, que habían dejado cociendo con un poco de cal o nixcomalli, del que obtendrían la masa para echar sus tortillas que cocían en comalli. Entre los pobres la comida debe haber sido bastante sencilla, pedazos de tortilla dice el Dr. Alcocer, (1) con salsa de chile de cualquier clase, llamados ahora chilaquiles; las salsas las preparaban moliendo en el metate o molcajete, según la clase de chile o de guiso que fueran a preparar. El molcajete es el mortero mexicano y los aztecas llamaban a la mano pequeña de que se sirve para remoler texolotl (tejolote), que con el metate y el comal formaban los utensilios indispensables en las cocinas mexicanas.

Volvamos con lo que comían los pobres, el centro del maquey, cocinado con salsa o simplemente asado, nopales asados o fritos con chile piquín molido en crudo y ejotes de las verduras que todavía existen en nuestras comidas y otras que no subsistieron como la cerraja o la tziuiquilitl, la cuculi que se criaba entre las hierbas del agua de la que hacían tamales que comían o trocaban por maíz, la raíz y el fruto del cimatl,

(1) Ignacio Alcocer, *La Comida de los Mexicanos*, en Sahagún, III, 369.

la hierba que da buen sabor a la miel del pulque, gusanos de maquey asados o en tamales como los pescaditos que cocían envueltos en hojas como los tamales, quesadillas rellenas de ahauhtli, caviar de moscas o de flores de calabaza y para variar tortillas hechas de la mosca axayacatl, cocida, molida y amasada con nitro (1) o de tamo con salmuera, sin que esto signifique que éstos hayan sido los únicos alimentos de los aztecas, porque aunque a la ligera mencionamos al hablar del tianguis algunas otras verduras.

Los nobles tenían una gran diversidad de alimentos, muchas y muy detalladas son las noticias que de los banquetes de Moctezuma, por ejemplo, se nos han conservado y por eso no hay para que insistir en ellos. Sin que por esto tratemos de generalizar o pensar que éstos se repetían idénticos en las casas de todos los señores nobles que vivían en Tenochtitlán.

Trataremos de dar una idea aunque somera de la manera como se alimentaban las familias de una clase superior a las que nos referimos primeramente.

La habitación en la que comían era la misma del almuerzo y aunque como sabemos todos los actos de su vida revestían una particular importancia, concedían mayor solemnidad a esta segunda comida, parece que el lujo de embalsamar con perfumes y regar el pavimento de flores, a la llegada de los españoles por lo menos, era exclusivo del monarca.

Los condimentos indispensables usados por las mujeres aztecas en la cocina eran: el ajo, la sal, el chile en todas sus variedades, la pimienta, los tomates y usada frecuentemente entre las clases ricas, la grasa obtenida de algunas aves.

Guisaban tan bien y sabroso las mujeres aztecas que fama tenían por ello y el rey Itzcoatl en su empeño de lucha en contra de Maxtla, mandó que cocinasen a las puertas de Coyoacán, patos, ánsares, pescados, gusanillos colorados de la laguna o ezcahuítl, ranas y el olor adentrándose calles arriba de Coyoacán, hacía morir a los ancianos y malparir de deseo a las mujeres, (2) ¿qué haremos decía Maxtla, que nos destruyen estos haciéndonos desear estas comidas que ellos comen?

En las cocinas de los nobles como en las de los más po-

(1) Alcocer, op. cit. 370.

(2) Durán, op. cit. I, 91.

bres del reino se hacían las tortillas y solo a Moctezuma II, se las confeccionaban en el mismo aposento donde comía, jóvenes especialmente bonitas que se ocultaban a su vista por un biombo, no solamente tortillas de maíz sino también de harina de yuca cubiertas de mole y tortillas de maíz azul con chile verde en rajas. Comían quesadillas de chile piquín, rellenas de mole de guajolote deshebrado hecho de chile rojo; caldo caliente de gallinas de la tierra, pescado blanco en chile verde o colorado, juiles en chilitipiquín, ranas en chile verde o cueyatl, renacuajos en piquín, papagayos acuáticos cocidos o en pipián, pescado en su caldo o michin, acociles cocidos, ajolotes y caracoles en tamales con o sin mole, tamales de carne y frutas, frijoles cocidos, etc. (1)

Las frutas que se colocaban como un regalo para la vista y el olfato, en chiquihuites sobre el petate que servía de mesa eran entre otras, los mameyes como carne roja abierta al sol, las piñas con su verde sombrero, las pitayas, chaquirá negra sobre su traje coral intenso, los chicozapotes, los zapotes de todos colores, los amarillos, los negros, los blancos, las chirimoyas, anonas y tunas, los capulines, las cerezas de América, etc. (2)

En ocasiones como postre servían una especie de pasteles hechos de miel de caña y maíz hecho flor, (3) y siempre, chocolate aromado con distintos sabores, según diremos, hecho de cacao molido endulzado con miel de abejas o aromado con vainilla o con flor de magnolia, con flores dentro o temacaxuchitl, con orejuela, con elote o molido con ají, que el Dr. Alcocer llama chile y aún con pulque.

El chocolate no era la única bebida que mezclaban con chile, también era frecuente entre ellos mezclar el pulque y aún el atole, hasta nosotros ha llegado el chite-atole que puede hacerse de tres maneras, con chile verde o venas de chile ancho, o de cascabel.

Al terminar la comida las esposas o las hijas presentaban unas pequeñas escudillas, cazuelitas, para que como al principiar la comida se lavasen las manos los varones. Si en la co-

(1) Alcocer, op. cit. III, 369.

(2) Tezozomoc, op. cit. 414.

(3) Larrainzar, op. cit. V, 20.

mida no se celebraba nada especial, los varones iban a dormir la siesta, (1) y las mujeres a comer.

En ocasión de celebrar banquetes, las mujeres ancianas se sentaban con los hombres y a ellas también obsequiaban los regalos con los que terminaban toda comida especial, el chocolate, las flores, el perfume y el tabaco. Las señoras jóvenes nunca fumaban en público, mucho menos las doncellas, aunque se me ocurre que debe haber sido muy corto el número de mujeres solteras, porque algún curioso cronista nos dice que como todas las muchachas se casaban, muchas veces los que no disponían de medios de fortuna, no encontraban con quién casar.

Otras ocasiones, muy frecuentes por cierto, porque por lo menos cada veintena había una fiesta religiosa a la cual el pueblo tenía la obligación de asistir, las mujeres tenían que preparar una mochila de tortillas, dice Sahagún, (2) es decir, un número determinado de tortillas y de platillos que pudiesen comer en las calles o en cualquier parte durante las prolongadas ceremonias y que todavía ahora se llama itacate, "mochila" distinta del tlaxcaltopochtli, que era el matalotaje que llevaban las mujeres en sus viajes prolongados y que consistía fundamentalmente en chile seco molido, sal, pimienta molida también y pinole, es decir harina de maíz molida con azúcar o simple que serviría para hacer sus tortillas que llamaban uillocpalli. (3)

En un pueblo tan particularmente obsequioso como el azteca, la comida ocupaba un lugar preferente y se intercambiaba entre todas las familias, cualquiera que fuese su posición económica.

En cada una de las fiestas se tenían platillos especiales que se dedicaban al dios que presidía la fiesta, por ejemplo, en el mes etzalqualiztli, dedicado a los dioses gemelos y a Tlaloc se hacían unos bocaditos hechos de masa de frijol mezclada con maíz cocido, manjar exquisito que para ellos era señal de prosperidad y abundancia.

(1) Larrainzar, op. cit. V, 26.

(2) Sahagún, op. cit.

(3) Tezozomoc, op. cit. 419.

Bebidas

Sus bebidas indudablemente eran de un agradable sabor, entre las principales se encontraban, el atole, que servían frío y caliente, la chicha, la chía, el chocolate al que ya nos referimos y como bebidas embriagantes el pulque, y el mezcal. (1)

El pulque considerado por ellos como el vino con el que celebraban todas las ocasiones particularmente importantes, tenía que ser ofrendado primeramente a Omacatl, el dios de los banquetes y al dios del fuego. Además de observar ciertas prácticas tendientes a conservarlo en buen estado, creían por ejemplo que las mujeres podían ser causa indirecta de que se les echase a perder, (acedar o estragar) si los taberneros se acercaban a alguna durante cuatro días antes o cuatro días después de que hubiesen "echado" su vino para que se hiciese. (2)

Debían directamente de la vasija o por medio de tubos de aspiración. En la ofrenda que colocaban en honor de los muertos, las viudas colocaban una jícara llena de pulque, el precioso líquido que en los códices se representa cubierto de flores, a la que llamaban teotecomatl o jícara divina con un popote para que aspirase la substancia el alma, que llamaban bebedero del sol. (3)

Matrimonio.

Cuando la joven llegaba a los diez y seis años —los varones a los veinte— estaba ya en edad de casarse, (4) y de esperar que la familia de algún varón la solicitase por esposa para su hijo. El derecho de elección se reservaba exclusivamente a los varones. Nunca los padres de la novia podían concertar los matrimonios.

La familia del novio, reunida en una ocasión especial hablaba a éste, diciéndole que ya era tiempo de que tomase esposa. Y discutían la doncella que más le convenía. No es to-

(1) Larrainzar, op. cit. V, 22.

(2) Sahagún, op. cit. I, 50.

(3) Durán op. cit. II, 295.

(4) Spencer, op. cit. 114.

talmente improbable que los parientes de los muchachos aptos para contraer matrimonio, encargasen a las casamenteras o titizi la investigación de las cualidades de las muchachas, para en presencia del novio, hacerlas valer.

Los jóvenes consideraban que el matrimonio, sin el consentimiento de los padres, atraería sobre la pareja la cólera de los dioses; por lo que procuraban efectuarlo con todas las ceremonias por las cuales era válido entre ellos.

Habiendo contestado el joven a la sugestión de la familia con las frases y las cortesías que entre ellos usaban, se solicitaban los servicios de las casamenteras profesionales, que eran mujeres honestas llamadas "titizi", (1) para que fuesen a la familia de la novia escogida, a solicitarla en matrimonio, la petición primera que se hacía no solamente al padre, sino a la madre también, era siempre negada, aunque los futuros suegros la mirasen con beneplácito aduciendo los padres de la novia que ella no era para casar todavía ni menos digna del mancebo que la requería. Regresaban las casamenteras a decir a los padres del novio que su petición había sido negada, y tornaban a enviarlas tres veces más; la cuarta, los familiares de ella, que ya se habían reunido para ver si convenía a la muchacha el matrimonio, daban su consentimiento, diciendo a las titizi: "Señoras mías, esta mozueta os dá fatiga puesto que la buscáis con tanta importunación para mujer de ese mancebo que habéis dicho; no sabemos cómo se engaña ese bobo en la demanda; porque ella no es para nada y es una bobilla; pero pues que con tanta importunación habláis de este negocio, se ha consultado a los parientes de la muchacha y ellos han creído que el mozo tendrá gusto de casarse con ella, "aunque sufra por esto pobreza y trabajo, pues que parece que está aficionado a esta muchacha, aunque aún no sabe hacer nada, ni es experta en su oficio mujeril"; y dado el consentimiento de los padres, iban los del novio a visitarlos, diciéndoles: "Señores, dios os dé mucho descanso; el negocio está concluído; conciertese el día en que se han de casar"; y de común acuerdo consultaban a los sacerdotes encargados de la lectura del Tonalamatl, para que les indicase qué día próximo era favorable para la realización del matrimonio y el to-

(1) Sahagún, op. cit. II, 152.

nalpohuaque designaba generalmente los días: acatl, ozomatli, cuauhli, cipatli y calli. (1)

Si la novia todavía estaba estudiando en el tepuchpan, (2) preparaban sus padres y parientes comida para llevarla al templo anexo al cual estaba el colegio para ofrecerla al dios que allí se veneraba; tendían delante del ídolo una gran manta, y sobre ella ponían las viandas que habían traído, flores, cañas de humo y de perfume en señal de ofrenda; y un pariente de la joven hablaba a la encargada del colegio, o tecuacuitli, (3) agradeciendo las atenciones que había tenido con ella y pidiendo permiso para llevársela. Concedido tal permiso, la conducían alegremente todos sus familiares a su casa.

En ella, toda la familia se dedicaba afanosamente a la preparación de la comida con que debía atenderse a los invitados en todo el tiempo que durasen las ceremonias del matrimonio, (4) y la víspera de éste se invitaba a la gente noble, a los maestros del joven, a las de la doncella y a todos sus parientes y amigos. Las mujeres obsequiaban a la novia según la posición social que disfrutaban, llevando las más pobres, chiquihuites de maíz. El día de la boda, desde muy temprano, empezaban a llegar los convidados generalmente en el mismo orden en que se les había invitado. A poco, todos comenzaban a comer y a beber moderadamente. Sólo a los ancianos les estaba permitido beber antes de la comida, pulque en jícaras pequeñas.

Ese día de la boda, por la tarde, bañaban a la novia cuidadosamente, lavábanle los cabellos y la embellecían —con su concepto tan especial que de la belleza tenían—, poniéndole en los brazos y en las piernas plumas coloradas y en el rostro margajita pegada. A las novias muy jovencitas les ponían en el rostro unos polvos amarillos llamados tecozahuitl, y sentábanla cerca del fuego en un petate, donde recibía los saludos de los parientes del novio, quienes le decían: (5) "Hija mía que estás aquí; por vos son honrados los viejos y viejas vuestros parientes; ya sois del número de las mujeres ancianas; ya

(1) Sahagún, op. cit. II, 151.

(2) Margarita Gamia de Alba, *El Matrimonio entre los Aztecas, México, 1941*, 8.

(3) Durán, op. cit. II, 109.

(4) Ver cap. Cocina.

(5) Campos, op. cit. 382.

habéis de ser moza y comenzáis a ser vieja; ahora dejad ya las mocedades y niñerías. No habéis de ser desde aquí en adelante como niña o como mozueta, conviene que habléis y saludéis a cada uno como es regular —lo que siendo doncella habíale estado prohibido—; habéis de levantaros de noche, barrer la casa, poner el fuego antes de que amanezca, os habéis de levantar cada día. Mirad, hija, que no avergonzáis ni deshonréis a los que somos vuestros padres y madres, vuestros abuelos, no os han de venir a decir lo que os cumple, porque ya son muertos; nosotros lo decimos en su nombre. Mira, pobrecita, que te esfuerces, ya te has de apartar de tu padre y de tu madre; mira que no se incline tu corazón más a ellos, no has más de estar con tu padre ni con tu madre —su obligación era, desde ese momento, compartir su vida con la de su marido—; ya lo has de dejar del todo hija nuestra; deseamos que seas bienaventurada y próspera” Y lo curioso es que los padres de ella no se sentían por esto; y, lo que es más: el concepto de suegra como modernamente se concibe, era totalmente desconocido entre ellos.

Ella había oído con profunda atención y respeto las palabras que le dirigían sus mayores y las agradecía, conmovida hasta las lágrimas, diciendo: “Señor mío, persona de estimación, habéis hecho merced todos los que habéis venido; se ha mostrado vuestro corazón benigno y por mi causa habéis recibido pena y trabajo por honrarme. Las palabras que se me han dicho téngolas por cosa preciosa y de mucha estima; habéis hecho como verdaderos padres y madres en aconsejarme; agradezco mucho el bien que se me ha hecho”. (1)

Cuando el sol había llegado a la casa de sus princesas en el occidente, venían los parientes del novio con una manta grande llamada tliiquemtil, (2) para conducirla hasta la casa de su marido, diciendo a los padres de la novia: “Por ventura os seremos causa de temor con nuestro tropel, sabed que venimos por vuestra hija, queremos que se vaya con nosotros”.

La manera como era conducida a la casa de su marido variaba según la clase social a que pertenecía la novia: si era pobre, recorría el camino a pie; si noble, la llevaba sobre sus

(1) Campos, op. cit. 382.

(2) Sahagún, op. cit. II, 155.

espaldas una de las casamenteras, o bien la trasladaban en unas andas cubiertas con la tilquemilt sobre las que ella iba arrodillada; el camino se hacía por entre una doble fila que formaban los parientes del novio.

Los familiares de ella la rodeaban llevando hachones encendidos para alumbrar el camino. El cortejo de la novia —la que llevaba, ruborosa, los ojos bajos— era enseñado por las madres a sus hijas, diciéndolas: “¡Oh, bienaventurada moza!, mírala cual va... bien parece que ha sido obediente a sus padres y ha tomado sus consejos; tú nunca los tomas, y las palabras que se te dicen para tu provecho, las amonestaciones que se te hacen, todas las entiendes al revés y no las pones por obra. Esta moza que ahora se casa con esta honra, parece que es bien criada y bien doctrinada, y tomó bien los consejos y las doctrinas de sus padres y de sus madres, honrándolos; no los desobedeció, sino antes los ha honrado como parece ahora”. (1) Este matrimonio, por lo que páginas adelante se dirá, era casi un privilegio que todas las madres deseaban para sus hijas.

El cortejo se detenía frente a la futura casa de la novia, donde el esposo la esperaba llevando un braserillo en el que se quemaba incienso y copal, con el que se zahumaban mutuamente, y mediante los cuales la divinidad había estado con ellos. El copal, recuérdese, era una de las sustancias en las que miraban un mensaje directo de sus dioses. Y el novio conducía a la novia de la mano, al aposento engalanado para que se celebrase allí el desposorio; y las casamenteras, según Sahagún, (2) o el sacerdote, según el código Ramírez, hacían sentar a la mujer a la izquierda del novio, cerca del fuego, donde llegaba a saludarla la madre del novio y a vestirla con el traje nuevo, huipil y cueitl, preciosamente bordados, que ella le obsequiaba, mientras que la madre de la novia ponía al novio el ayatl, anudándosele en el hombro, y extendido a sus pies, un maxtlatl, rico de tela y adorno, y se procedía al acto simbólico de la unión de las dos voluntades —mediante el cual, consideraban ellos que el matrimonio se había realizado— uniendo por medio de un nudo la punta del huipil de la mujer con la de la manta del varón; y la madre de

(1) Campos, op. cit. 383.

(2) Carlos Alba, Estudio Comparativo entre el Derecho Azteca y el Derecho Positivo Mexicano, México, 1939.

él lavaba la boca de la novia y ponía junto a ellos platos que Sahagún refiere eran de madera, en los que había mole y tamales y daba cuatro bocados a la novia y enseguida cuatro al novio; esta era la señal más clara de su íntima unión y seguramente la prueba más penosa para la modestia de la novia, porque, como se recordará, las mujeres solteras no comían delante de los varones de su familia y menos en público; aunque también se dice que los novios eran los que mutuamente se daban estos primeros bocados en su vida de casados, (1) simbolizando con este acto, que desde ese día compartía la suerte de su esposo. Después de la ceremonia, los conducían a su alcoba, donde estaba una estera con espinas de maguey colocadas en las cuatro esquinas, para que con ellas hiciesen penitencia durante los cuatro días (número igual a las noches que sin dormir debía pasar el Tlacatecuhtli al ser coronado) que según su ritual debían permanecer encerrados, cuidados por las casamenteras o titizi, (2) en ayuno y abstinencia, porque el no guardarla significaba que su matrimonio no iba a ser feliz, ni su unión se vería bendecida por los dioses con los hijos.

La mañana de cada uno de esos cuatro días, las casamenteras sacudían parsimoniosamente la estera de la habitación delante de los familiares de los contrayentes, quienes durante todo ese tiempo comían y bebían en la casa del novio. Al finalizar el cuarto día, los familiares de la novia se iban a sus respectivas casas; y mientras las casamenteras preparaban con especial cuidado la estera de esa noche, cubriéndola con una piel de tigre y poniendo sobre ella mantas finas de algodón tejido y tramado especialmente para el matrimonio, unas plumas y un jade, como prendas de felicidad, los familiares del novio decían a la desposada, después de recordarle que había sido una doncella buena que había hecho honor a sus padres " . . . no os aflijáis por la carga del casamiento que tomáis a cuestras —es el único pueblo en el que, en grados paralelos de cultura, se habla de las responsabilidades del matrimonio— aunque es pesada, con la ayuda de nuestro señor la llevaréis. Rogadle que os ampare; plegue a él que viváis muchos días y

(1) Sahagún, op. cit. II, 157.

(2) Spencer, op. cit. 115.

subáis por la cuesta arriba de los trabajos; quizá, hija mía, llegaréis a la cumbre de ellos sin ningún impedimento ni fatiga; que dios os envíe... véis aquí cinco mantas que os dá vuestro marido, para que con ellas tratéis en el mercado y con ellas compréis el chilli, la sal, el ocote y la leña con que habéis de guisar la comida... trabajad, hija, y haced vuestro oficio mujeril sola, ninguno os ha de ayudar: ya nos vamos, sed bienaventurada y próspera como te deseamos. (1) Esa noche se consumaba el matrimonio y si la novia no había ido al matrimonio como debía, horadaban las cazuelas y los cestillos, los platos y las escudillas. (2)

Al día siguiente, los esposos, en compañía de sus familiares, iban al templo a ofrecer a Macuilxochiquetzalli, la diosa de los amores honestos, (3) la ropa y las esteras con las ofrendas que especialmente le preparaban; allí los sacerdotes (4) acostumbraban bañar a los esposos echándoles agua durante ocho veces, cuatro eran en honor del dios del agua, Tlaloc. (No creemos que haya sido precisamente en honor de este dios, sino de Chalchiutlicue... pensemos que ella era una de las diosas a quienes invocaban los señores nobles, para que ayudase a la procreación y alimentación de los hombres que de ellos dependían). Y los restantes cuatro en honor del dios Ometochtli, el dios de los banquetes y el que presidía las bodas, no exclusivamente para que no se enojase y fuese a hacer aparecer cabellos en el vino o en la comida, porque lo consideraban como un agravio a los invitados, sino además como una especie de bendición que les aseguraría prosperidad, precisa para celebrar muchas fiestas en su honor.

Después del baño, les vestían con ropa nueva, y a la mujer le adornaban el cabello con una pluma blanca y las manos y pies con plumas rojas. Señal que había pasado ya a la categoría de esposa, y en el nuevo traje que usaba ya no tenía la concha que hasta entonces había estado prendida siempre y que entre ellos usaban las doncellas como símbolo de su estado y que había entregado a su esposo el día de su matrimonio.

(1) Campos, op. cit. 384.

(2) Durán, op. cit. II, 115.

(3) Clavijero, op. cit. I, 237.

(4) Mendieta, op. cit. 126.

Al marido le daban un incensario, o braserillo de copal, para que zahumase toda su casa. Si en la alcoba nupcial encontraba un grano de maíz, pensaban que su matrimonio había de ser feliz y próspero; si hallaba, en cambio, carbón, o ceniza, había de ser infecundo o desdichado por la pronta muerte de alguno de los cónyuges. (1)

Los familiares de los esposos que les habían acompañado a su casa cantando y bailando, celebraban otra fiesta en la que también se cambiaban mutuamente obsequios y cuya costumbre se ha conservado hasta nuestros días en los pueblos, sobre todo entre la clase indígena. A esta fiesta se le nombra "la tornaboda".

Además de este matrimonio que celebraban los varones sólo con su primera esposa, o cihuatlantli —la que conservaría siempre el rango y la dignidad de esposa principal—, podían celebrar otros, sobre todo si eran nobles, sin mayor límite de número que el de sus condiciones económicas. Las demás esposas, sin embargo, reconocían la superioridad de la primera y la respetaban. (2) Considerando el criterio femenino moderno, quizá las esposas más felices eran las casadas con aquellos pobrecitos que no pudiesen mantener más que a ellas solas.

En orden de importancia, seguía a la cihuatlantli la esposa segunda; con la que también se realizaba el matrimonio con todas las ceremonias, aunque con menos solemnidad, y se nombraba cihuapilli. (3) Realmente eran los dos únicos matrimonios en los que la esencia era no solamente la unión de los cuerpos, sino ésta, una consecuencia moral de la unión de las voluntades. Después de estos dos, que eran los más importantes, había esposas secundarias, dentro de las cuales existía también una diferenciación fijada por el hecho de si estuviese casada realmente aunque el matrimonio se hubiese efectuado sin más ceremonia que el atar la manta o ayatl del hombre con el huipil de la mujer y las esposas temporales o tlacallacahuilli, que habían sido pedidas a sus padres en una especie de matrimonio a prueba por el que nadie se disgustaba —y que existió también entre los egipcios y los romanos—. Nacido el primer hijo, que era el fin para que había sido solicitada, los

(1) Mendieta, op. cit. 127.

(2) Zurita, op. cit. 74.

(3) Torquemada, op. cit.

padres podían exigir que se casase con ella, o, en caso contrario, la dejase volver a su casa, donde viviría hasta que otro varón, con más de dos esposas, la iba a solicitar. (1) La situación de la mujer, con ser tan inferior, no lo era más de la que tenía en pueblos europeos del mismo grado de cultura.

La mujer, en cambio, si era cihuatlantli, no podía volver a casarse hasta que su marido se muriera, y en este caso, la mayoría de las veces era costumbre que se desposara con su cuñado, porque así la patria potestad sobre los hijos no salía de la familia de su esposo muerto. Si se casaba con algún extraño, entonces sus hijos pasaban al lado de sus abuelos, fuesen maternos o paternos.

Si solamente había sido esposa temporal, no podía casarse en esa forma más de dos veces.

Además de estas uniones sancionadas por el matrimonio, existían otras fuera de la religión y toleradas por la costumbre. Generalmente las practicaban los solteros con las maqui o auianime, y constituían una asociación secreta —dice Caso— (2) que presidía la diosa Xochiquetzal. Aunque casi todos los cronistas están acordes en considerar que la mayor parte de las señoras auianime eran importación de pueblos de moral menos severa que la azteca, sin embargo, las mujeres aztecas, usando del derecho que tenían para disponer de sus propias personas, se vendían en ocasiones como esclavas; y en otras, para pertenecer a esa organización y poder así satisfacer los deseos de su vanidad y de sus instintos. Con todo “las mujeres malas no eran tan abundantes como después de la conquista. (3)

Divorcio.

El divorcio no era bien visto entre los aztecas. Tanto el hombre como la mujer podían solicitarlo, (4) (si el cónguye no podía mantenerla, la maltrataba físicamente, o no podía educar a sus hijos) (5) aunque rara vez lo hiciesen por “no ha-

(1) Ver cap. Xochiquetzal.

(2) Apuntes de Arqueología de México, versión de Rafael Orellana, a cuya gentileza hago presente mi agradecimiento por estas líneas.

(3) Zurita, op. cit. 102.

(4) Spencer, op. cit. 18.

(5) Geogre C. Vaillant, La Civilización Azteca, versión española, Samuel Vasconcelos, México, 1914.

cer deshonra a los suyos". Se le consideraba como una mancha que se arrojaba a los parientes cercanos y aún lejanos de la mujer al dudar de la buena educación que se le pudo haber dado.

Los motivos por los que un hombre podía solicitar el divorcio, eran: que su esposa fuese estéril, sucia, mala o perezosa; (1) y lo solicitaban ante los jueces, quienes nunca la ordenaban de una manera directa por medio de una sentencia formal, porque, insistimos, no era bien visto entre el pueblo.

Los jueves no dictaban su fallo inmediatamente que el cónyuge solicitaba el divorcio, sino que hacían una invitación a los esposos desavenidos para que volvieran a unirse en paz y concordia, y solamente que ellos insistieran en su actitud, autorizaban la separación.

En caso de divorcio, cada uno de los cónyuges recuperaba los bienes que había aportado al matrimonio, y el cónyuge culpable perdía la mitad de sus bienes a favor del inocente. (2)

Los hijos varones, si los había, quedaban bajo la patria potestad del padre; y las mujercitas, bajo la custodia de la madre.

Fuera del divorcio quedaban los matrimonios a prueba.

Los cónyuges divorciados, bajo pena de muerte, no podían volver a unirse; y si les era lícito casarse nuevamente con quienes quisiesen. (3)

DELITOS POR LOS QUE SE CASTIGABA A LA MUJER

I

Embriaguez

A lo que parece, la embriaguez no era vicio sólo del hombre; alcanzaba también a la mujer, aunque esporádicamente. A la que se embriagaba, si era plebeya, se le cortaba o quemaba el cabello; si era noble, se le castigaba con la pérdida de la nobleza y con otras penas infames.

(1) Francisco López de Gámara, *La Conquista de México, México*.

(2) Kohler, *op. cit.* 45.

(3) Durán, *op. cit.* II, 83.

En las doncellas este delito era castigado con la pena de muerte. Sólo a las mujeres que estuviesen enfermas de parto se les permitía tomar hasta tres tazas diarias de pulque. Y las ancianas mayores de setenta años podían tomar todo el que quisieran, porque se pensaba que a esta edad la sangre se enfriaba". (1)

II

Contra la moral pública.

El lenocinio y el celestinaje se castigaban quemando públicamente a los reos de este delito los cabellos.

Las mujeres públicas, a efecto de que se las pudiese distinguir, debían traer los cabellos quemados o cubiertos de resina. (2)

III

Contra la castidad.

A la mujer sacerdotiza que no se había guardado fielmente para el dios, o que, sin serlo, había pecado con algún sacerdote, se le daba muerte en secreto, bien golpeándola con una macana, bien empalándola o cremándola. Con el secreto, se buscaba que no cundiese el mal ejemplo. A las doncellas menores que no guardaban castidad se les aplicaba la pena de muerte.

IV

Mentira y calumnia.

La mentira y la calumnia, si habían tenido graves consecuencias, eran consideradas como delito. Si no mediaba esta circunstancia, se les castigaba dentro de la misma familia, según quedó consignado en el capítulo *Educación*.

La calumnia pública era castigada con la misma pena con lo que hubiere sido el hecho, motivo de aquélla. Por eso los padres decían a sus hijos: "No des a nadie ponzoña, porque

(1) Zurita. op. cit. 105.

(2) Alba, op. cit. 36.

ofenderás a los dioses y será tuya la confusión y el daño y morirás en lo mismo". (1)

V

Adulterio.

Aunque, según Alba, (2) sólo las mujeres podían ser "sujetos del delito del adulterio", nos parece que no sobra aclarar que, en efecto, tal delito alcanzaba a sólo la esposa principal y a la segunda; y que el copartícipe en el delito, casado o soltero, era condenado a la misma pena que la mujer. Sobre este particular, dice Spencer. (3)

"Los culpables de este delito y sus cómplices se castigaban con la pena de muerte, por lapidación o de una manera mucho más cruel: empalándose primero a la adúltera y a su cómplice y extendiéndolos después sobre una larga piedra atados de pies y manos, donde el esposo ofendido les aplastaba la cabeza con una piedra".

Dice también que este delito se castigaba, a pesar del perdón que el marido hubiese otorgado a la adúltera.

VI

Contra natura.

A las mujeres que tuviesen relaciones contra natura, (que entre los varones, dicen algunos cronistas, estaba muy extendido), (4) se les castigaba con las penas de muerte por asfixia, horca o golpes de macana. (5)

A las mujeres que usaban ropa que no era de su sexo se les ahorcaba. (6)

VII

Hechicería.

La hechicería se castigaba, cuando se enfermaba o se envenenaba con bebedizos que la curandera o hechicera hu-

(1) Zurita, op. cit. 105.

(2) Alba, op. cit. 38.

(3) Spencer, op. cit. 29.

(4) Al que llamaron "vicio nefando" y que sin embargo no era tan libre como en Grecia y Roma.

(5) Alba, op. cit. 42.

(6) Spencer, op. cit. 29.

biese dado, con la pena de muerte. Si el bebistrajó había sido dado con fines de aborto, la madre, la que hubiese proporcionado el abortivo y todos sus cómplices, eran condenados también a la pena de muerte.

VIII

Incesto.

Se castigaba con la pena de muerte, bien por la horca, por asfixia, o a golpe de macana.

Se cometía este delito cuando había relaciones entre ascendientes y descendientes; entre hermanos; entre padrastro e hijastro y entre suegro y yerno. (1)

Como incesto se consideraba también que esposos divorciados volvieran a unirse, y se les castigaba con la pena de muerte. (2)

Maternidad

Los aztecas sentían un gran amor hacia los niños, les amaban como a las flores, con ese sentimiento que hiciera diosa a la naturaleza entera.

Sus vidas desde antes de nacer se guardaban celosamente, muchos eran los prejuicios y las supersticiones de que rodeaban a la mujer desde el momento que sabían iba a ser madre para preservar la vida de quien había sido por los dioses confiado a su cuidado.

Debía cuidarse de herir su natural sensibilidad impidiéndole que presenciase espectáculos que le disgustasen, por eso les prohibían que viesan dar muerte en cualquier forma, aún cuando se hiciese como sacrificio a sus dioses. Se le evitaría también presenciar actos en los que se diesen castigos corporales porque pensaban que el niño nacería con una sogá de carne formada naturalmente en su garganta.

Los eclipses infundían en ellos el grave temor de que a los niños próximos a nacer les comiesen el sol o la luna los labios, dejándolos cuchos.

(1) Alba, op. cit. 42.

(2) Spencer, op. cit. 28.

La mujer que iba a ser madre debía abstenerse de comer determinados alimentos: el tamal que se pegaba en la olla porque tendría un mal alumbramiento, la tortilla cuyos extremos se doblasen o se rompían y aún evitar cosas que parecería no tener ninguna relación con el estado de la señora como, por ejemplo, no mascar tziictli (de donde nuestra palabra chicle), porque pensaban que el niño nacería muerto. (1)

La futura madre no debía realizar ningún trabajo pesado porque se impediría el crecimiento del niño y aún los familiares debían observar cuidadosamente ciertas prácticas, por ejemplo, que las mazorcas del maíz desgranado no se quemasen dentro de la casa porque en la cara del niño aparecerían pecas o reproduciría su rostro la superficie hoyosa del olotl. (2)

Muchas más deben haber sido las supersticiones que ha este respecto los aztecas tenían, pocas en comparación las que han logrado llegar hasta nosotros; la mujer en este estado no debía salir de noche porque el niño que naciera sería muy llorón y si era indispensable que lo hiciese tenía que poner dentro de su seno o de su cintura ceniza, ya desde antes de nacidos se manifiesta la protección que el dios del fuego tenía a los niños.

Hay algo muy curioso en las ideas de que rodeaban al nacimiento y es el que pensasen que los padres tenían que preservarse también de determinadas cosas porque si no su hijo sería enfermo, el padre tenía que cuidar por ejemplo de no ver ningún fantasma si no quería que su hijo naciese enfermo del corazón, debía colocar dentro de su cinturón "chinas o picietl", (3) para que su hijo no naciese con granos entre las piernas, esta relación directa que creían existir entre el padre y el niño nos mueve a pensar en el comentario que la señora Seler, hizo a propósito de estas prácticas, recordando que en los pueblos más primitivos, —entre los negros actuales— el hombre también guarda cama llegado el momento del nacimiento.

Los cuidados que a las futuras madres tenían no eran solamente de índole material y espiritual, sino aún moral, por

(1) Sahagún, op. cit. II, 32.

(2) No he logrado saber cuál era la enfermedad que dejaba tal huella en la cara, porque como se sabe la viruela no era conocida en el México de la pre-conquista.

(3) Sahagún, op. cit. II, 34.

que se prohibía que llegase a su presencia toda persona que tuviese relaciones ilícitas, porque el niño durante su vida llevaría constantemente sin tener un motivo real.

Más de todas las prohibiciones y supersticiones que alrededor de la maternidad inventaron los aztecas, hubo algunas que arraigaron fuertemente dentro de su mentalidad, transmitiéndolas inclusive a esferas superiores de cultura, por ejemplo sobrevive el pensar que a la mujer próxima a ser madre no es posible negar un antojo, porque ello sería la causa si se le hincharan las manos o los pies de deseo o lo que es más grave aún tuviese un mal parto. (1)

Después de nacido el niño, lo que se refiere en el subcapítulo dedicado a las parteras, las madres eran cuidadas durante diez días o más según su posición social, pasado ese tiempo la mujer humilde podía volver a sus labores, estrechamente envuelta en una faja, tira ancha de manta que todavía usan las mujeres indígenas actualmente, que les era puesta por la comadrona que les había asistido durante el alumbramiento y que era además la indicada para decirle la manera cómo había de cuidar la vida del niño. Entre los consejos que les daban, uno de los conservadores por Sahagún (2) es especialmente curioso, en él dice a la madre, la "ayudadora", que cuando le esté dando de comer al niño, no lo deje de hacer rápidamente porque al niño se le endurecerá el paladar y se morirá. Sencilla ingenuidad de todos los actos de la vida azteca.

MUERTE

La mujer era un personaje importante cuando moría; porque, aunque sepultada o incinerada con menos ceremonias que los varones, era la persona central de esos ritos. (Ni aún en la muerte le fué otorgado un grado de igualdad a la mujer). La psicología especial del pueblo azteca imaginó varios lugares donde irían las almas de los muertos, en vez de los dos comunes a la mayoría de las religiones.

A estos lugares, con límites fijos de tiempo y espacio, se llegaba por la forma en la que se había perdido la vida. No intervenía en absoluto la conducta, buena o mala, que hu-

(1) Durán, op. cit. II, 91.

(2) Sahagún, op. cit. II, 34.

biesen tenido durante su humana existencia. Así, las almas de los privilegiados que habían muerto en la guerra, después de saborear los goces de la casa del oriente del sol, en la que habitaban, iban a animar las nubes, los pájaros y las flores; y se les permitía, cuando queríanlo, volver a esta casa.

Las mujeres más venturosas, según ellos, eran las que morían de mal de madre, las que según lo diremos con todo por menor en posteriores páginas iban a habitar la casa del accidente del sol.

Las que morían ahogadas, de lepra o de perlesía, (1) iban al Tlalocan, especie de paraíso, que era el cielo de los dioses de la lluvia. Sus cadáveres eran enterrados con todos sus utensilios domésticos: malacate, tzotzopaztli, escoba, jícaras; en ocasiones, aún su metate, "porque debía trabajar en el lugar al que iba", y preparar la comida para alimentarse. A los hombres que morían ahogados, les ponían el traje de Tlaloc. ¿No cabe suponer que a las mujeres muertas en estas mismas circunstancias les pusiesen el traje de Chalchitlicue?

Las que morían de cualquier otra enfermedad, en su lecho, irían según sus creencias, como huéspedes de Mictlanca-cihuatl y Mictlantecuhtli, los dioses del infierno, aunque en él no hubiese ningún tormento especial, fuera del que significaba la falta de luz, porque en el Mictlan, el norte para ellos, reinaba una obscuridad absoluta.

Es casi seguro —sin que tengamos testimonio en qué apoyarnos—, que así como a los cadáveres de los hombres se les ataviaba con el traje del dios que presidía la ocupación preferente que hubiese tenido en vida, o la clase social a que hubiese pertenecido, así también a las mujeres se les vestiría, según aquellas calidades, con los trajes de Xochiquetzal, Coatlicue, etc.

Eran enterradas, dice Sahagún, (2) en el sitio "al cual descendemos todos de cualquier manera al término de la peregrinación, al sitio cuyas puertas están al revés y del cual no conduce ninguna vereda a las moradas humanas".

Las mujeres, esposas o concubinas favoritas de los señores nobles, o de los reyes, escogidas para acompañarles en

(1) Spencer, op. cit. 97.

(2) Sahagún, op. cit. I, 283.

la otra vida, morían con gusto, Sahagún asienta que las mataban, pero no consigna la forma de hacerlo. Larrainzar, (2) dice que se arrojaban en una hoguera, sin que, a lo menos por nuestras investigaciones, hayamos encontrado la misma aserción en algún otro cronista.

Los aztecas creían en la existencia del alma (colocaban en la boca de los que morían una cuenta, que entre la gente noble era una esmeralda como símbolo de ella); pensaban que la vida se prolongaba en el más allá, el alma residiendo dentro del mismo cuerpo.

Grandes eran los trabajos que pasaban los hombres al morir —no sabemos si también las mujeres—; y para que pudiesen vencerlos, les colocaban en la boca tiras de papel, diciéndoles al tiempo de colocarles la primera: esta te servirá para pasar sin peligro "entre las dos montañas que combaten"; al colocar la segunda, así: "caminarás sin obstáculo sobre el camino que está defendido por la serpiente"; con la tercera se le decía: por el lugar donde viven el "cocodrilo y el ochitonal; con la cuarta; "podrás atravesar los ocho desiertos; con la quinta: "pasarás por las ocho montañas; con la sexta: con el calor de la mayoría de las cosas que en tu vida usaste, al ser quemadas, te podrás defender del frío, que de tan frío que es, corta hasta las rocas. Y mataban un perrito (techichi), al que llamaban sin pelo, o le quemaban, si su dueño había muerto en guerra, a efecto de que sirviese de ayuda para poder pasar las profundas aguas del río Chiuhnahuapan, o nuevas aguas. Y sólo después de haber pasado por estos trabajos o infiernos, como Sahagún les nombra, (1) llegaban a la casa de Mictlanccacihuatl. Era su creencia —la de los aztecas—, que todas las ofrendas que habíanle colocado durante los ochenta días que pensaban empleaban en pasarlos, las habían recogido Mictlantecuhli.

Por lo que respecta a los niños, no era llorada su muerte, por que suponían que sus almas iban al delicioso Tlalocan, y era, por tanto, motivo de regocijo, que celebraban con cantos y bailes. Ahora en nuestros días, tampoco la lloran, y suponen que la familia del pequeño desaparecido, tiene un ángel en el cielo, que velará y pedirá por ella.

(1) Sahagún, op. cit. II, 284.

A sus muertos les colocan sobre sus tumbas ofrendas alimenticias, costumbre que sobrevive en nuestros días, en aquellos especialmente dedicados a su culto; y suponían que las almas revoloteaban, como mariposas, alrededor de las ofrendas absorbiendo las substancias.

No tenía un sitio fijo de enterramiento.(1)

La mujer, al fallecer su marido, adquiría gran importancia, porque presidía acompañada de los demás deudos, las complicadas ceremonias de su ritual funerario.

Los sobrevivientes de una guerra, al regresar a su patria, iban a dar el pésame a las mujeres, hijos y hermanos de los muertos en ella. La viuda, que en estos casos era la primera esposa, ayunaba durante 80 días, que empezaban a contarse después de los quixicucallia u horas postreras del convite, en las que quemaban el fardo simbólico, con todos sus trajes y sus armas. Cuando se terminaba esta última ceremonia, después de que habían obsequiado a la viuda cada quien según su categoría, desde los chiquihuites de frijoles, o de chíca, o gallinas de la tierra, hasta los obsequios de mujeres de calidad que le llevaban una orejera, una navaja, cristal, bezotes y brazaletes de chalchihuites, (2) se despedían de ella, consolándola para que tuviese paciencia para sobrellevar las adversidades, con las siguientes palabras, que le decían los viejos: "esforzaos y haced ancho el corazón, ya hemos dejado a nuestros hijos los tigres y las águilas y no penséis volverlos a ver, como cuando salía de casa enojado y mohino, ni como cuando iba a buscar su vida que volvía a poco, imaginad que ya se fueron para siempre, mira: lo que debéis hacer es ocuparte en tus ejercicios mujeriles del uso y del telar, de barrer y regar y encender tu lumbre y estarte en tu recogimiento"; (3) no te consuma la tristeza y te acabe los días de tu vida, aquí os traemos y pasan por vuestra puerta las lágrimas y suspiros que eran de vuestro padre y madre y de todo vuestro amparo, esforzáos por mostrar y mostrad sentimiento por aquellos nuestros hijos los cuales no murieron cuando ni cavando, sino son idos por la honra de la patria, todos asidos de la mano y son ellos el gran señor Huitzilopochtli, deudo

(1) Spencer, op. cit. 102.

(2) Durán, op. cit. 296.

(3) Durán, op. cit. 297.

muy cercano de nuestro rey y señor, el cual, con los demás, gozan de los resplandecientes aposentos del sol, donde, en su compañía, están arreados y hermoseados de aquella luz suya de los cuales habrá eterna memoria, por tanto, matronas ilustres y señoras mexicanas, llorad vuestra desgracia y aflicción". (1)

Y ella, como dijimos en líneas anteriores, empezaba su ayuno de 80 días, en los que, además, no podía lavar ni su cabeza, ni su cara, ni bañarse, ni mudarse de ropa. Transcurrido este tiempo, iban los achcacauhtin (mayorales de los barrios, los maestros de los jóvenes nobles), (2) a raspar delicadamente de las caras de la viuda y de los hermanos del muerto, "la suciedad de la tristeza", (3) con unos papeles que llamaban cuauhomatli; después de que los cuauhuhuetque habían pasado a todas las casas de los muertos en la guerra a recoger los sollozos, las lágrimas y los suspiros de los familiares.

Los papeles los enterraban en el cerro Youalhucan, (4) "lugar redondo".

Las viudas obsequiaban a los señores, mantas, maxtlatls y coas. (5) Y después iban al templo a hacer oración y ofrecer sacrificios; con lo que quedaban libres de lloro y tristeza. Hasta la pena y el dolor de la desaparición de una persona querida estaba condicionada dentro de límites fijos de tiempo e intensidad por su religión. Si habían muerto sus maridos en otra forma cualquiera y se podía tener su cadáver, entonces las ceremonias que se seguían eran distintas. Acompañaban al cadáver, primero, su viuda y sus mujeres, y después, todas las mujeres que había en su familia y todos sus deudos. Las viudas, llevaban sobre sus hombros las mantas de sus maridos y sus ceñidoras y maxtlatle sobre el cuello e iban con los dedos enclavijados en señal de duelo, todas en fila dando fuertes palmadas y llorando larga y amargamente; bailando en ocasiones inclinadas hacia la tierra o caminando siempre hacia atrás, al son de la música fúnebre, formada sólo por el atambor, el tlapanhuetli, sin el teponaztle, (6) con el que acom-

(1) Durán, op. cit. 294.

(2) Durán, op. cit. 428.

(3) Durán, op. cit. 295.

(4) Durán, op. cit. II, 298 y 297.

(5) Durán, op. cit. II, 296.

(6) Hernando Tezozomoc, *Crónica Mexicana*, México, 1878, 427.

pañaban a los cantores: "los cantares de luto y de la suciedad... tzouicatl. (1)

Cihuapiltin o Cihuateteo.

La admiración profunda que la mentalidad indígena mexicana sentía por el valor, fué el motivo de la deificación de todas aquellas mujeres que morían durante su primera enfermedad del mal de madre. Las *cihuapiltin*, o *cihuateteo*, eran las mujeres que habían muerto en su primer intento de apresar un cautivo, en su primer alarde de valor y fuerza para obligar a bajar a esta tierra a quien no deseaba venir, quizá porque de antemano sabía que ésta habría de ser de "lloro y tristeza". (2)

Al morir una mujer en las condiciones antes dichas, era llamada *mocioaquetzque* (3) —el guerrero que aparece en forma de mujer—, y su cadáver cuidadosamente lavado y vestido, dejando su cabello suelto, era llevado por su viudo al sitio donde debía sepultarse: al templo de las *Cihuapiltin* acompañado de una *algarabía* —que debía ser infernal— producida por las mujeres, viejas y generalmente, parteras, médicas y sacerdotizas, las que armadas de escudos y armas, hendían el aire con los gritos de guerra que lanzaban para atemorizar a los jóvenes guerreros llamados *telpopochtin* (4) que en casos como estos formaban parte de sus enemigos y que, al igual que los ladrones y los hechiceros, *temamacpalityotique*, (5) pretendían robar el cadáver de la *mocioaquetzque*, que ellas debían cuidar y defender durante las cuatro noches que aquel descansaba en el patio de las *Cihuapiltin*, con los amigos y parientes de la difunta. El celo que ponían en cuidarlo para que no lo profanasen, se explica perfectamente: desde el momento en que el cadáver era despositado al caer la tarde, en el patio del que ya era su templo, dejaba de ser propiedad terrena para serlo del sol, y su cadáver era un de-

(1) Durán op. cit. II, 295.

(2) Campos, op. cit. 407.

(3) Seler, *Coecillie*, op. cit.

(4) Sahagún, op. cit. II, 182.

(5) Sahagún, op. cit. II, 182.

pósito sagrado que tenían que defender aún a costa de su vida; porque ella, desde el momento de su muerte, estaba destinada a la tarea —gloriosa para ellas— de recibir de manos de los jóvenes guerreros muertos, a la mitad del día, el palio bajo el cual, con paso lento y grave —entre ellos signo de majestad—, caminaba el sol, para acompañarle con fiestas y cantos a descansar a "su casa de la gloria", (1) en donde tenían preparada cuidadosamente su comida y bebida.

Los guerreros, los ladrones y los hechiceros pretendían a toda costa robar el cadáver o cortarle el cabello y el dedo central de la mano izquierda, o el brazo de este mismo lado izquierdo, porque consideraban que su cabello y el dedo central de su siniestra, llevados dentro de sus chimallis, asustaría a sus enemigos y podrían capturarlos en mayor número para ofrecerlos al sol. Los ladrones preferían el brazo izquierdo, porque éste tenía la virtud de paralizar a quienes pretendían robar, y los hechiceros, porque también cegaba a quienes querían.

A pesar de que las Cihuapiltin habitaban en el occidente de la casa del sol, no se sentían totalmente felices; esa podría ser la suprema aspiración masculina; desde el punto de vista femenino, el ideal de toda mujer (sea o no azteca) estaba apenas parcialmente satisfecho; algunas de ellas, a pesar de haber muerto, habían realizado su propósito: traer un hijo a la tierra, y cuando el sol era conducido por ellas al infierno, donde le recibían los que allí habitaban, bajaban a la tierra y se situaban en las encrucijadas de los caminos desde donde, anhelantes, espían los rostros de todos los niños que acertaban a cruzar por esas calles, asustándolos con sus rostros feos y repulsivos, espantablemente cubiertos de tizatl, con sus bocas sin labios, en las que aparecían a flor de piel los dientes descarnados de los muertos y su pelo revuelto, enmarañado, por el que transitaban las sabandijas nocturnas. (2)

El susto hacía temblar a los niños con un estremecimiento aún más pronunciado que el que los adultos sentían, cuando los envolvía el viento helado; el Cihuatlampahecatl, (3) el viento que sopla de donde habitan las mujeres. Los padres les

(1) Clavijero, op. cit. I, 118.

(2) Galería de Monolitos del Museo Nacional.

(3) Sahagún, op. cit. II, 164.

temían; sentían terror de que se adentrasen en el cuerpo de alguno de sus hijos, produciéndole la epilepsia; de que enojadas por no poder reconocer a su hijo produjesen a los demás niños enfermedades y, sobre todo, en los días ce ozomatli, ce calli y quiahuitl (tres de los cinco días que coinciden con el tercer y quiahuitl (tres de los cinco días que coinciden con el tercer cuarto del Toncalamatl que corresponde al poniente, es decir, a los dioses de la tierra, y que eran los que aprovechaban las Cihuateteo para bajar a la tierra), (1) amonestaban a sus hijos para que no transitasen por las calles, para que permaneciesen dentro de sus casas, para ellos el mayor refugio y hasta donde se atrevían las Cihuateteo.

En la fatalista mentalidad indígena se imponía tratar de halagar a estas deidades para que no bajasen como fantasmas más peligrosas a reducir a los hombres a la impudicia y al pecado y sobre todo a los viudos de las mocioquetzque a quienes pedían naguas, huipiles y en general todos los aderezos femeniles. (2) Y para ello, en las encrucijadas de los caminos las dejaban (3) especies de tortas hechas de maíz de formas especiales: las unas, como mariposas de alas extendidas (sería porque las mariposas, como ellas, vagaban por el aire), llamadas xonecuillis; las otras, panes hechos en forma de rayo que cae del cielo, porque, como desgracia repentina caída del cielo, veían su venida; maíz tostado para sus descarnados dientes, izquilt, y ricos tamales.

La venida de las princesas de la casa del sol a la tierra es un símbolo del crepúsculo y un índice de la divergencia entre el ideal masculino y femenino de los aztecas.

Los varones cifraban su máxima aspiración en ser tonatiuh uixcoyauh, es decir, servidores del sol; cosa que las mujeres entendían seguramente, como el pago que debía darse al sol por el trabajo que había realizado alumbrando a los hombres. El prepararle sus alimentos, el darle sus caricias al son de músicas y tambores, era un servicio obligado para ellas; servicio que terminaba cuando en el cielo brillaban sus compañeros los Uitznaua, las estrellas del Sur, y entonces surgía en ellas el deseo de bajar a la tierra, a la que antes habían envuelto en sombras.

(1) Seler, op. cit. II, 401.

(2) Sahagún, op. cit. II, 184.

(3) Sahagún, op. cit. II, 184.

El mito de estas mujeres supo captar, al través de la fantasía y el temor, la mentalidad española que nos le conservó fundido en la leyenda de La Llorona.

No eran las cihuapiltin las únicas mujeres fantasmas que asolaban a los aztecas. También por la noche, caminando con el suave balanceo del ánade, aparecía otra mujer aduenada en los sitios donde tenían por costumbre hacer sus necesidades, y creían que el verla era señal de que morirían en breve, o habrían de padecer un grave infortunio. Miedo sentían de tropezar con ella los cobardes, y huían despavoridos hasta perderse de vista. Los valientes, en cambio, trataban de cogerla y ella de escabullirse de sus manos tantas veces cuantas el valiente intentaba asirla. Hasta que mirando cerca el amanecer era sujeta y obligada a darle espinas de maguey, tantas cuantas él quería, porque estas eran símbolo de riqueza e índice del número de enemigos que cautivaría para ofrecer al sol. La Centlapachton, la enana fantasma del pelo suelto, decíale en el momento de entregarle las espinas: "Doyte toda la riqueza que deseas, para que seas próspero en el mundo". (1)

Había otros espantos, también mujeres, que llamaban Youlatepuztli; los que se anunciaban en la noche por un ruido como de quien corta leña, producido por ambas partes del pecho abierto que sonaban como el ruido hueco de la madera de una puertecita golpeada por el viento y que permitían ver el corazón del fantasma. Si quien la veía era un guerrero, corría tras ella, la asía del corazón y no la soltaba hasta que le diese tres o cuatro púas de maguey, símbolo de riquezas, según quedó indicado arriba. Si en lugar de detenerla, sólo acertaba quien la veía a arrancarle el corazón y huir con él para llegar a su casa y envolverlo entre finos paños, podía sucederle que a la mañana siguiente encontrase envuelto en los paños un pedazo de manta raída y sucia o unos trozos de carbón en lugar de un ovillo de suave plumón o de espinas del maguey; símbolo entonces de "malaventura y miseria". (2)

Tenían temor de otros espantos a los que también habían señalado como duendes del sexo femenino, que no tenían pies

(1) Sahagún op. cit. II, 24.

(2) Sahagún op. cit. II, 24.

ni cabeza, a las que llamaban Tlacanexquimilli, (1) que rodaban por el suelo quejándose como si estuviesen enfermas.

A través de todas y aún de todos sus fantasmas se transparenta el miedo a la noche, el temor a la obscuridad, tan antiguo como el hombre mismo y que no es sino el miedo a lo desconocido. Los aztecas habían dado a la noche varias dueñas porque temían a los sombras. Sombras eran todos esos espantos que ellos se empeñaban en considerar del sexo femenino, a pesar de que no hubiese nada que pudiese interpretarse como tal en las representaciones que de ellas nos dejaron, como si inconcientemente pretendiesen arrojar sobre las mujeres las causas de todas sus desdichas.

No había ningún amuleto, ningún fetiche que ayudase a los hombres a no ver los espantos, sólo una condición podía vencerlas y aún obligarlas a convertir el mal que pretendían hacer en beneficios: el valor, la cualidad que más se admiraba en el pueblo azteca y que por ser predominio exclusivo de los varones, motivaba la deificación de las mujeres a las que se lo atribuían.

(1) Sahagún, op. cit. II. 25.

SUS DIOSAS

Religión.

El único aspecto de la vida pública del pueblo azteca que interesó a mi estudio fué su religión, porque es la pauta más precisa para conocer su vida, porque entre sus líneas tan fijas y precisas como las del pentagrama preciso y fijó los límites de su existencia, aunque entre la imposición de sus dioses y el sentir real del pueblo azteca, existiese una gran distancia.

Su religión fué en parte filosofía, porque explicaba el origen del mundo y de la vida; fué su ciencia, por que en ella encontraban la explicación al desarrollo de todas las fuerzas naturales; fué su medicina, porque las propiedades curativas de sus medicamentos las concedían los dioses, o eran ellos mismos situados dentro de determinadas substancias y era en fin su moral, porque normaba las relaciones que debían existir entre los hombres y entre ellos y los dioses.

Por ello precisamente el pueblo azteca existió, no solamente subsistió como las tribus sus compañeras de viaje, por que fué el único pueblo que descifró el mensaje —que en su entender los dioses les enviaban— envuelto en la música que todos escuchaban, pero que sólo ellos entendían. La voz de sus dioses hizo que condicionasen su paso a este íntimo mensaje e hiciesen de él un ritmo único, "sui generis" ¡Pueblo elegido por sus dioses al exigir de ellos la servidumbre de su vida entera!

Nada pidieron en cambio, nunca se atrevieron a pensar que los dioses pudiesen ofrecer una compensación cualquiera que esta fuese a los pobres hombres, su servidumbre era totalmente desinteresada, acaso reconocían una tácita recompensa en la entrega parcial que se les hacía del azul luminoso de

su cielo, del verde infinito de sus campos y lo que es más importante de *la conciencia de ser un pueblo superior.*

Si miramos los hechos cruciales de su vida al través de este cristal podemos entenderlos perfectamente, que ellos construyesen, fabricasen con sus propias manos el suelo que iban a habitar y, ¿cómo no hacerlo, no lo ordenaban sus dioses a un pueblo privilegiado? ¿No era suyo por ordenación divina el sitio donde una águila poderosa desplegaba sus alas al viento, el islote al que el sol arrancaba destellos de gemas? ¿No era un símbolo de su pueblo indómito el águila que volaba más allá del espacio infinito? ¿No había logrado apresar entre sus garras al símbolo de la sabiduría, la serpiente?

Y como no instituir la guerra florida, ¿No eran ellos los encargados de proporcionar a los dioses su alimento, no eran ellos los obligados a buscarlo? y como ofrecer a sus dioses únicamente el mismo alimento que ellos comían, habían de ofrecer lo que de más valioso tenían: su sangre y su corazón, es decir, su vida misma.

¿Qué papel atribuyeron los aztecas a la mujer en lo que para ellos representaba lo más importante de su existencia? ¿Qué significación le dieron, qué poderes le encomendaron? son las preguntas fundamentales resueltas en las páginas siguientes.

DIOSAS DE LA VIDA Y LA GENERACION

Tonacacihuatl

Era la esposa del dios Tonacatecuhtli y ambos para los aztecas "los Señores de nuestra carne y de nuestro sustento", significando los dioses más importantes dentro de su mitología por lo que habitaban en el mejor de sus cielos. Para mí esta dualidad creadora a quienes también designaban con los nombres de Ometecuhtli y Omecihuatl, (1) Citlallicue y Citlaltonac, respectivamente el dos veces señor y las dos veces señora; la estrella resplandeciente y la de la falda de estrellas, son los únicos dioses por sí mismos que tenían los aztecas, los demás no eran más que la deificación de fuerzas naturales, animales o personas; ambos dioses decíamos eran los dadores del "calor y la influencia" y quienes hacían que los niños se formaran en sus madres; (2) con los nombres de Omecihuatl y Ometecuhtli simbolizaban la multiplicación.

Dejé asentado en línea anterior, citando a Sahagún que los dioses a quienes nos venimos refiriendo eran los creadores de la vida infantil e insistimos copiando la cita textualmente "quienes hacían que los niños se formaran en sus madres", sin embargo, nosotros sabemos también por Sahagún, que entre los aztecas se pensaba que los niños habitaban y existían como tales en un mundo que para ellos era otro de los cielos adonde sus madres iban a capturarlos, (creo que Sahagún se contradice al hacer demasiado elásticos los términos de las advocaciones que estos dioses tenían) y que encontramos reproducidas en las láminas de los Tonalamatls de los códices Telleriano y Vaticano A, (aunque este último no es un códice

(1) Clavijero, I, 170.

(2) Sahagún, en cita de Selser, del Manuscrito de Florencia, I, 111.

del grupo mexicano prehispánico, tiene sus láminas completas) circunscritas casi exclusivamente a la unión de los dos sexos

Ambos dioses eran universales valga el término para todos los pueblos de América del centro a arriba sin distinción de grados culturales, les adoraban igual las tribus chichimecas errantes y cazadoras, que los artífices toltecas; a ellos precisamente invocaba Quetzalcoatl, dicen los Anales de Cuauh-titlán (1) con las siguientes palabras:

"al que se viste con carbón y sangre,
al que dá sustento a la tierra
y él clamó y gritó hacia arriba
como ellos (los ancianos) supieron al Omeyocan
al cielo que se encuentra sobre nueve unidos
y como ellos supieron llegaron a saber
de los que allí tenían su morada
y a aquellos imploraba y veneraba"

llamándoles también Citlalinicue y Citlalotonac: "la de la sa-ya de estrellas", el "dios del sol estrellado". (2)

A estos dioses eran los únicos a los que no ofrecían ofrendas, es decir los únicos desligados de la servidumbre de los hombres, porque ellos creadores de todo y de todos no necesitaban ni de su sangre ni de su sacrificio, precisamente porque ellos eran la causa inicial de todo, no como dice el intérprete del Telleriano Pedro de Ríos: "por que no las habíamos exigido". (3) A pesar de que en su interpretación hay la idea cristiana de la existencia de un solo Dios creador y soberano, si mueve el pensamiento a pensar que estos eran realmente los únicos dioses que tenían los mejicanos, por que los demás como es bien sabido no eran sino la deificación de fuerzas naturales, hombre o animales.

Ambos dioses son a los que encontramos como regentes primeros en su calendario religioso, —no en vano eran ellos mismos el principio de la vida misma—. El nombre del signo que marcaba el primer día no fué escogido al azar, porque el

(1) Op. cit. 15.

(2) Op. cit. 15.

(3) Op. cit. 21.

cipactli es la representación estilizada, por quienes a la mejor no habían visto nunca uno en la vida real, de esa especie de "pez", del caimán del que fué formada la tierra y cuyo signo representa al decir Seler: (1) "la tierra fértil, la que produce lo necesario para el sustento de los hombres".

De los códices mexicanos, el Tonalamatl de Aubin le faltan las dos primeras láminas, pero sin embargo podemos guiarnos para nuestro estudio por las del Borbónico, las del Telleriano y aún por el Vaticano A.

Tonacatecuhtli en las láminas del Telleriano y del Vaticano A. está dibujado teniendo enfrente a su compañera Tonacacihuatl, a quien también llama el intérprete con los nombres de Xochiquetzal, Xumuco y Chicomecoatl, Xochiquetzal como se ve delante es la diosa de la habilidad femenina y del amor, Oxomoco es el nombre de la primera mujer y Chicomecoatl como sabemos es el nombre de la joven diosa del maíz.

En el Telleriano cosa extraña, falta la figura masculina, nunca en ninguna representación en la que hubiera habido necesidad imprescindible de representar una pareja de dioses, se suprimía la deidad masculina, la preponderancia que sobre las mujeres tenían los varones se manifiesta no solamente en todos los órdenes humanos sino aún en su religión.

Tonacacihuatl, en esta representación es exactamente igual a la figura de Xochiquetzal correspondiente a la decimonovena semana del Tonalamatl.

Tonacatecuhtli en todos los códices está pintado de color claro, rosa en el Vaticano A, amarillo en el Borgia, en la nariz lleva un adorno parecido al yacauicolli de los dioses del pulque y de las deidades de la tierra. Este dios es el único que lleva el emblema del poder entre los aztecas, el xihuitzollí y que sólo usaban los Tlacatecutlis.

Las figuras que están rodeando a estas divinidades representan de diversa manera pero siendo siempre idéntico el significado; la unión de los dos sexos.

En el Vaticano A es una pareja con las piernas cruzadas cubierta por una manta, teniendo sobre cada una de las fi-

(1) Op. cit. I, 112.

guras una flecha y en medio de las dos un cuchillo de piedra que Seler asocia con la idea anterior. (1)

En el Vaticano A hay dos figuras desnudas que también se encuentran en el Vaticano Ríos, teniendo una de ellas un globo en la nuca y teniendo a la otra figura sujeta por un brazo, que en el primero de los códices está pintada de azul y la otra del color moreno de la tierra, simbolizando así la cercanía unida del cielo afianzando a la tierra. En el código Borgia hay una ancha cinta roja que une las bocas de las dos figuras que también allí se encuentran representadas y que significa la fuerza vivificadora que baja del cielo a la tierra y la unión que produce la vida.

En el Vaticano A la pareja está cubierta por una manta ricamente bordada que sólo permite ver las cabezas, la femenina adornada con el bezote de la diosa de la tierra y la del varón que se identifica con el dios del sol; entrambas se encuentran el instrumento sagrado con el que se quería hacer vigorosa y fértil a la tierra, simbolizándose así la unión del matrimonio.

Por eso se considera a estos dioses como los del matrimonio y los de la procreación.

Tonacacihuatl en advocación especial era la diosa de todo aquello que se refería a las mujeres, inclusive del Occidente —porque creían que era la región de las divinidades femeninas—, lo que no obstaba para que tuviesen la serie de diosas y dioses a los que invocaban y recurrían según sus distintas necesidades. (2)

Omecihuatl

La doble señora que habitaba en el cielo de todos los placeres, había tenido muchos hijos dioses, en una de tantas ocasiones que la diosa iba a ser madre dió a luz un pedazo de pedernal (aún en la mansión de los dioses más poderosos sucedían cosas fuera del orden natural), por lo que indigna-

(1) Seler, op. cit. I, 116.

(2) Todas las deidades masculinas que se encuentren mencionados en el presente, trabajo, son los que tenían ingerencia directa en cualquiera de los aspectos de la vida de las mujeres aztecas.

dos sus demás hijos lo arrojaron a la tierra y cayó en un sitio llamado Chicomoztoc o siete cuevas en donde al contacto del pedernal con la tierra surgieron 1600 dioses que nunca se consolaron de haber sido arrojados del cielo a un sitio donde sentían necesidades y no tenían medios de satisfacerlas, la noticia que no nos conservó la leyenda fué si entre esa cantidad de dioses había alguna o algunas divinidades femeninas. Suplicaron a su madre por medio de un mensajero que escogieron de entre ellos mismos llamado Tlotli, (1) el gavilán de poderosas alas, que les diese primero el fuego y que les dejase crear hombres para su servicio, la diosa, madre al fin, se condeoló de ellos y por medio de su mensajero les hizo saber que podrían fabricar hombres si alguno de ellos se atrevía a bajar al Mictlan y hurtar al príncipe del infierno Mictlantecuhltli un hueso, que después debían regar con su sangre; el origen del hombre como se ve no fué un fin de la creación, sino un medio para que los dioses tuviesen gente que les sirviesen, por eso fuera de la dualidad creadora que forman Ometecuhtli y Omecihuatl no hay en su religión un dios que les ame como a sus criaturas.

Xolotl el travieso dios, cara de perro, fué el elegido para cumplir con la misión, bajó hasta el infierno y a punto casi de escapar sin que lo viese el dueño del infierno, fué sorprendido y obligado a correr desaforadamente hasta la tierra, a la que logró llegar con el hueso fragmentado en muchas partes porque al huir corriendo tropezó y el hueso se rompió; ya en la tierra los demás dioses tenían preparada una vasija en la que colocaron los restos del hueso y durante siete días se estuvieron sacrificando para arrojar dentro de la vasija la sangre que obtenían de distintas partes de su cuerpo, a los cuatro días nació un niño, (2) tres según Clavijero (3) y a los tres siguientes una niña, menor tiempo y esfuerzo necesitaron los dioses para la niña, que entregaron a Xolotl para que los criase y les alimentó con leche de cacto. (4)

(1) Si conociésemos un mayor número de nombres de estos dioses, estoy segura que se encontrarían entre ellos muchos de los animales que ellos conocían.

(2) Mendieta, op. cit. 77.

(3) Op. cit. I, 170.

(4) Torquemada, op. cit. 37.

A Omecihuatl por eso la consideraban los aztecas la madre de los dioses y la abuela de los hombres.

Xolotl el dios que bajó al infierno es como se dice posteriormente el gemelo de Quetzalcoatl, el dios benéfico y civilizador, para caso el dios que descendió al centro de la tierra no fué Xolotl sino su gemelo Quetzalcoatl y le llama "el Prometeo mexicano", (1) uno de los cuatro hijos primeros de Omecuehuetli y Omecihuatl. (2)

Citlalicue o Citlacueye.

Si como Omecihuatl era la madre de los dioses y abuela de los hombres, como Citlacueye o Citlalicue era dueña de los cielos, la madre de las estrellas y las llevaba como adorno prendidas en su falda. (3)

Los chichimecas la adoraban como diosa de la caza de donde tomaron esta advocación los aztecas, construyendo en su honor dos templos, uno llamado Teotlalpam y en el que se celebraban fiestas solemnísimas con el sacrificio de animales montaraces en el décimocuarto mes de su calendario. (4)

Citlalcueye se llamaba entonces Mixcoatl, la nube en forma de culebra y sembrada de estrellas, (5) en la mente indígena "el camino de Santiago" no era una nebulosa, es decir, un congregado de constelaciones sino el origen mismo de las estrellas, si tanto insisto en encontrar la identidad de estas divinidades no me mueve el afán de unificarlas para tratar de dar mayor validez a la religión azteca, sino el hacer notar que en la mente no solamente de los sacerdotes sino del mismo pueblo las tres deidades antes citadas no eran sino distintas manifestaciones de una sola; lo decían las parteras en sus conjuros; las repetían las médicas en sus fórmulas mágicas: ("... como tú que le diste vida, te le has vuelto en contra, como tu Tonacacihuatl...") (6)

(1) Caso, op. cit. 10.

(2) Los otros habían sido el Tezcatlipoca rojo Xipe o Camaxtle, Tezcatlipoca negro o Tezcatlipoca, Quetzacoatl el dios del aire y de la vida y Huitzilopochtli el Tezcatlipoca azul.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

(4) Clavijero, op. cit. I, 177.

(5) Tonacacihuatl en la lámina del Borgia lleva en su mano derecha una representación de la Vía Láctea.

Mayagüel.

Había sido una diosa que por su fecundidad — tenía cuatrocientos hijos y a todos alimentaba con sus cuatrocientos pechos— mereció ser convertida en una de las diosas del parto, bajo el nombre de Tezcacoac Ayopechtli, por eso en su canción le dicen:

en la casa de la diosa sentada en la tortuga,
dió a luz la embarazada. . . .

allá da a luz ella la cadena de perlas, la pluma de gala
los niños, que vienen a la vida desde:

la casa donde son dados a luz niños. . . (1)
allá viene uno a la vida, allá, nace.

Allí los niños los hay en abundancia y no hay dificultad en los nacimientos:

"adonde está la casa de la diosa del asiento de la tortuga,
por eso las parteras cuando iban a esperar la llegada de un niño decíanle:

¡ponte en camino, ponte en camino, tu niño ven acá
tú que has sido dado a luz por mí. . .
. . . ven acá, ven acá, tu niño, tu perla, tu pluma de gala! (2)

A pesar de que se han propuesto otras traducciones al nombre Ayopechtli ycuic, como la diosa "en banco de niebla", (3) a nuestro entender seguramente se pensó en ella como la sentada en el banco de tortuga porque en el código Laud (4) la diosa está representada sentada efectivamente sobre una tortuga.

En el código Borbónico (5) se encuentra gráficamente representado un nacimiento, el único tal vez, en el que se distinguen claramente unas huellas que de arriba llegan hasta la diosa que está siendo madre, en este caso Tlazolteotl y al que

(1) Sahagún, op. cit. V, 116.

(2) Sahagún, op. cit. V, 117.

(3) Sahagún, op. cit. V, 117.

(4) Citamos este código aunque no esté comprendido dentro del grupo de los mexicanos, porque es el único en el que encontramos reproducida a la diosa de esa manera.

(5) Lámina 11.

(6) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

nos referiremos más detalladamente en el capítulo que dedicamos a esta diosa.

Quato y Caxoch.

Son las diosas que frecuentemente mencionan en sus conjuros, las tepalchuiami aztecas, llegado el momento de ayudar al nacimiento de una criatura y mencionadas como diosas del amor en alguna otra (1) de las fórmulas mágicas que usaban para alejar de los enfermos las enfermedades y a las que nos referimos en el capítulo que se refiere a las diosas de la medicina. Desgraciadamente todos mis esfuerzos para encontrar una mayor referencia a estas diosas ha sido hasta el momento de la impresión de este trabajo totalmente inútiles, pues sucedió con ellas lo que no es difícil que ocurra en la historia, a veces una sola mención que no basta a esclarecer totalmente la oscuridad alrededor de tal o cual personaje, ha sido bastante a arrancar del olvido su nombre.

Ruiz de Alarcón, el autor de la obra tantas veces citada en este trabajo, fué la luz que impidió que cayesen sobre estas diosas el polvo acumulado de los siglos, en las líneas de su trabajo cuantas veces encontré el pensamiento que llevó el mío a entender las palabras que con reverencia profunda dirían las mujeres aztecas en el momento de emplear sus conocimientos. Sahagún y Ruiz de Alarcón se identifican en el amor con que tratan de desentrañar los misterios que envuelven las almas indígenas, limpiando de impureza el camino por el cual había de llegar hasta ellas, como la lluvia sobre los campos de Anahuac, la armonía perfecta de la religión libertadora, difieren en cambio en la manera de manifestar sus ideas. Sahagún inconscientemente desliza ideas cristianas en las netamente indígenas, la convivencia con los ilustres poseedores supervivientes de la ciencia azteca, el penetrar a costa de tanto esfuerzo entre los complicados laberintos de su vida le mueve a encontrar sinceridad, su ingenua sencillez le hace repetir con diáfana claridad los nombres precisos que los aztecas **COMO TODA MENTE PRIMITIVA**, desprovista de malicia, daban a los fenómenos naturales. Ruiz de Alarcón en cambio

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

por la índole misma de su obra cuida celosamente de insistir en los pensamientos indígenas que podrían subsistir bajo el disfraz de costumbres cristianas.

Con apoyo en la autoridad de Ruiz de Alarcón, afirmo que estas eran las diosas más importantes de todas las que presidían el momento mismo de los nacimientos.

Meztlí

Varias eran las deidades que tenían ingerencia en los niños próximos a nacer. Meztlí la vieja diosa de la luna no podía dejar de mencionarse, porque era otra de las diosas creían los aztecas que (1) tenía influencia en la producción de los hombres. Meztlí o Tecuiztecatl, como es bien sabido, es "el de la concha marina" y así como el caracol sale de su concha, el hombre nace de su madre; la observación temerosa que prestaban a la naturaleza les hizo ver como una y otra vez, miles de veces, la luna con su disco redondo herido por el golpe del conejo, parecía emerger de dentro de la tierra y su pensamiento unió el nacimiento cotidiano de la luna con el menos frecuente de los hombres. La influencia de la luna en los nacimientos y aún en tiempos inmediatamente anteriores a ellos, todavía actualmente es creído por los indios y todavía afirman lo que en su tradición se dijo hace seis centurias, que por los eclipses lunares los labios de los niños no se formaban completos, a la vieja diosa se le había antojado comer un pedazo del labio del niño dejándolo "cucho". (2)

La luna es también la hechicera que se oculta, que se disfraza y por eso es la que invocan preferentemente los hechiceros, los hombres más poderosos y a los que todos temen, los dueños de los mágicos poderes capaces de enfrentarse a los poderes de los dioses, los únicos que podían libertarse de la sujeción absurda que los dioses les exigían.

Meztlí fué la dueña de la creación (3) y la que origina, dice el tercer intérpreta del Telleriano, "la que causa la producción de los hombres".

(1) Seler, op. cit. II, 193.

(2) Que significa incompleto.

(3) Seler, op. cit. II, 205.

Quetzalcoatl

No interesa a mi estudio como dios del viento o Ehecatl ni como símbolo del espíritu en el más bello mito de América, ni siquiera como donador de "inmortal existencia". (1) El dios de todas las artes sacerdotales, de la adivinación, de las hechicerías, de la ciencia del calendario y de la astronomía" (2) interesa a mi estudio en este capítulo especialmente, como el dios creador a quienes las mujeres aztecas estériles, impetraban para que les concediese la dicha de ser madres. (3)

En su nombre se encuentra la explicación de esta advocación una más entre las muchas que se le atribuyen —y pensar que hay quien se atreve a negar su importancia—, (4) Quetzalcoatl no en su significación literal como serpiente de plumaje precioso, (5) sino entendido por el gemelo divino, coatl (6) o cohuatl significa en nahuatl gemelo, y se derivó como referimos en el capítulo en el que se habla de Cihuacoatl como ella fué la primera diosa que dió a luz gemelos a los que se dió el nombre de cocohua, (7) de donde se derivó la palabra que sirve para designar a los mellizos en singular.

Quetzalcoatl, creían los aztecas era el planeta Venus que miraban como estrella de la mañana y que por la tarde era sustituida por su hermano Xolotl la estrella de la tarde; (8) estos eran los dioses gemelos de la mitología azteca, uno solo por el origen, eran bien distintos sin embargo en cuanto a su significado, el Quetzalcoatl era el gemelo precioso, Xolotl como se dice más adelante era el gemelo monstruoso ¿a cuál recurrirían las mujeres aztecas?, no necesito esforzarme mucho para suponer que al primero porque además, sería el úni-

(1) Enrique Juan Palacios, *Los yugos y su simbolismo*, México, 1943, 22.

(2) Seler, *op. cit.* I, 127.

(3) Clavijero, *op. cit.* I, 172.

(4) José Luis Melgarejo, *Totonacapan, Xalapa*, 1943, 117, le reduce al totem de los aristas.

(5) Su nombre une dos vocablos de significación totalmente opuesta, el *quetzal*, el símbolo del espíritu, el libre como el viento y *coatl* la serpiente, la realidad que está sobre la tierra, que se arrastra en ella para mejor entenderla, la supremacía de uno de esos dos vocablos era indispensable. ¿Cuál hubiese predominado en otro pueblo que no hubiese sido el azteca?, en él es fácil pensar que había de ser el segundo la serpiente y que el otro término sería solo el máspreciado abjetivo que pudieron haber encontrado.

(6) De donde se deriva el mexicanismo *cuarte*.

(7) Antonio León y Gama, *Dos piedras*. México, 1892, 39.

(8) Caso, *op. cit.* 18.

co que tenía un poder igual al de su hermano, para impedir que Xolotl interviniese y enviase a esa mujer un mal nacimiento.

La esterilidad entre las mujeres aztecas era temida particularmente porque era uno de los motivos por los cuales los maridos pedían el divorcio y aún la posición de la esposa primera se veía opacada por las demás si ella no tenía hijos; pero, ¿qué solamente intervendría en ellas el deseo egoísta de no perder una situación más o menos privilegiada para pedir a Quetzalcoatl fecundidad?, o había en estas mujeres un deseo más hondo, el anhelo de toda mujer y particularmente de una tan sensible y amorosa con sus hijos como la mujer azteca, de sentir cerca de su existir una vida que es casi suya.

Xolotl

El dios de la inquietud, el dios travieso a quien comisionaron sus hermanos los otros dioses para bajar al Mictlan a robar al príncipe del infierno el hueso del cual nacieran los hombres para servirles, no es temido por las mujeres por ser el dios del juego de pelota, había una honda significación en su nombre que hacía que las mujeres casadas le mirasen como particularmente adverso.

Xolotl era el dios de los gemelos o mellizos y el donador de malos partos, su nombre lo asociaban a todas las cosas dobles, Xolotl dice Sahagún, (1) se llamaba a la caña del maíz de la que salen dos tallos, xolotl, también a las plumas que existen en el tórax de los papagayos por estar colocadas dos de ellas dentro de un cañón y mexolotl, dice Seler, (2) es el nombre que se dá al ágave que tiene el tronco en forma de una horquilla. Esta dualidad de su nombre tantas veces repetida hizo que le considerasen como dios de todo aquello que estaba fuera del orden de la naturaleza, de todo lo fuera de lo común por muy frecuente que esta fuese, nada de extraño tiene por tanto que le hubiesen asociado con los dobles nacimientos simultáneos por una misma madre; —tan frecuentes entre los aztecas—, que quizá por eso hicieron partícipe de el

(1) Seler, op. cit., II, 414.

(2) Op. cit., II, 414.

el dios de la inquietud (1)
el dios de la inquietud (1)

nombre de xolotl, al abundante axolotl (ajolote) de nuestras lagunas.

Xolotl significa también "el acompañante" en tejolote, la corrupción de la palabra texolotl, o mano indispensable en el molino mexicano y por concatenación con la palabra itzcuintli (1) perro, significando mozo criado o esclavo, es precisamente en esta explicación de su nombre donde a mi parecer se encuentra el verdadero motivo del temor que las mujeres sentían por este dios y no únicamente porque fuese el dador de los malos partos, sino porque era el dios de todo lo monstruoso, (2) de todo lo anormal y ¿qué madre desearía que su hijo fuese un monstruo con el que se regocijaban los tlacatecuhtlis aztecas y sus damas y señores principales?, porque recordemos que era una costumbre muy extendida entre ellos tener a su servicio gentes deformes o contrahechas que les vendían o regalaban y que representaban el mismo papel de los bufones de las cortes medioevales.

Este era seguramente el dolor que para sus hijos las madres aztecas desearían evitar, no para ellas el dolor físico agudizado, motivado por el nacimiento anormal de sus hijos. De antemano sabemos que las madres aztecas no recibían ninguna ayuda para aliviar sus dolores en esos trances. ¡Raza estóica para el sufrimiento físico!

(1) Forma como se le representaba muy frecuentemente.

(2) El mismo es en el código Borgia, un Macuilxóchitl deforme.

DIOSAS DE LOS NIÑOS

Los aztecas tenían una gran desconfianza de sus dioses pensando que no les dejarían a sus hijos, que se los llevarían siendo muy pequeños, "no sabemos, decían, si por ventura pasarás por nuestra vida como cosa que nos fué prestada por poco tiempo", (1) para evitarlo encomendaban la vida de sus hijos a distintas deidades; Chalchiutlicue, la diosa del agua, Citlallicue la de la falda de estrellas; Yoalticitl, la diosa de las cunas; Ixtlilton el dios de carilla tiznada, a Ixcozauhqui el cariamarillo dios del fuego y a Huitzilopochtli en su advocación de dios del sol.

Estos dioses, a los que mayor importancia concedían en este aspecto, cuidaban de los niños en determinadas edades o en determinadas ocasiones: la vida de un niño al nacer se encomendaba a Huitzilopochtli, el joven dios del sol para que hiciese de él un valiente guerrero, —suprema ambición masculina entre los aztecas—, la vida de la niña en cambio se entregaba a la blandura de la diosa Yoalticitl, la que debía velar su sueño y proteger su existencia.

La primera divinidad con que los niños tenían contacto, la primera que les haría estremecer con la destemplanza de sus aguas era Chalchihuitlicue, la encargada de limpiar a los niños de todas las impurezas materiales y espirituales con que habían venido a este mundo y a la que muchas veces después recurrían sus madres si la criatura se enfermaba. Entre los aztecas había médicas que se dedicaban exclusivamente a curar niños, constituyendo una verdadera especialidad, las tetónaltia a las que nos referimos más ampliamente al hablar de las ocupaciones de las mujeres aztecas, que re-

(1) Sahagún, op. cit. I, 218.

currían para el alivio de las enfermedades a Citlallicue, la diosa que desde el cielo enviaba a los niños, a Ixtlilton ante cuya imagen les llevaban las madres en brazos si eran pequeñitos o para que delante de él bailasen si eran mayores, (1) donde los sacerdotes dedicados al cuidado de este dios les daban agua que de antemano habían asperjado con fórmulas que no he podido averiguar. Creían que este dios podía curar a los niños de la enfermedad que les producía el que ante ellos llegase alguna persona deshonesta o de mal vivir, (2) los niños tenían un sentido especial que les permitía darse cuenta —creían ellos— de quienes habían cometido pecados contra la castidad y lloraban sin motivo aparente, porque ellos eran la pureza misma y por ello la ofrenda predilecta de sus dioses.

Volviendo a Ixtlilton el dios que tenía poder para saber cuál era la causa de las enfermedades en los niños pequeñitos, pienso que es otra advocación de Tezcatlipoca, en primer lugar la pintura de su rostro nos lo muestra, porque recordemos que a Tezcatlipoca le pintaban con el tezcapoctli o humo espejeante, nos dice Pomar, que tenía reflejos metálicos. Por otra parte Tezcatlipoca era una especie de espíritu presente en todas partes, capaz de saber aún los mismos pensamientos, por eso en la mitología azteca era el único capaz también, de saber los pecados cometidos y también uno de los dioses con poder para perdonarlos ¿no son estas en cierto modo las atribuciones del Ixtlilton el dios carilla de negro?, porque él era también el único que podía averiguar la causa de la enfermedad de los niños por su poder de atravesar la materia y llegar a entender los mismos pensamientos.

A Ixcozauhqui el dios de la cara amarilla, el viejo dios del fuego, los padres presentaban a sus hijos para que no fuesen torpes en hablar o andar y en su templo los sacerdotes y en sus casas las mismas madres, ponían en las articulaciones de las rodillas ceniza, el polvo que se desprendía de la plateada cabellera del dios del fuego, y bajo la lengua de los niños que tenían dificultades en hablar. Y para que creciesen, en la fiesta yzcalli, también en honor del fuego, les levantaban cogién-

(1) Torquemada, op. cit. 51.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 183.

dolos de las orejas. Ante este dios, el dios del fuego, los niños ofrecían con sus propias manos su primer sacrificio público, hasta su templo llegaban los padres con sus hijos cuando éstos cumplían cuatro años y en la ceremonia que ya describimos al hablar de la educación infantil, que se celebraba cada cuatro años y que quedaban obligados a presentar como ofrendas a sus dioses la sangre que extrajeran de los lóbulos de sus orejas y de su lengua.

La única diosa que no requería de ellos cruentos sacrificios, la única que les amaba era Yoalticitl que al fin no es más que otra de las advocaciones de Tonacacihuatl por eso insistimos, ella era la encargada de velar por los niños desde su más tierna infancia, ya un momento después del nacimiento de la criatura la partera en la ceremonia llamada del Pillaoano, le invocaba con las siguientes palabras: "Tú que eres madre de todos, que te llamas Yoalticitl, que tiene regazo para recibir a todos, ya ha venido a este mundo esta niña que fué criada en lo alto donde residen los dioses soberanos, sobre los nueve cielos, ha venido porque la envió nuestra madre y padre, los dioses celestiales, Yoaltecuhtli, Tamacaliztli". (2) Yoaltecuhtli es otro de los nombres de Tonacatecuhtli el dios esposo de Tonacacihuatl, los creadores de todo lo existente en la tierra.

(1) Sahagún, op. cit. I, 235.

(2) Sahagún, op. cit. I, 235.

DIOSAS DEL AMOR Y DE LA HABILIDAD

Xochiquetzal

La más bella de las diosas en el panteón azteca, la que simboliza la belleza de la flor, "la brillantez de la pluma de la cola del quetzal", (1) la esencia de adorno no era azteca; su culto fué una importación de los totonacos por mediación de los Tlahuicas y de los Tlaxcaltecas que la consideraban como su deidad principal. (2)

Los tlaxcaltecas celebraban una fiesta a Xochiquetzal por el tiempo que los mexicanos la hacían en honor de la diosa de la casa Mixcouatl (cuyo culto habían adoptado de los chichimecas, como ya dijimos), en la que sacrificaban muchachas maqui en memoria de los amores, al que ellas se ofrecían voluntariamente, por estar cansadas de la vida que llevaban o por la ilusión del sacrificio, en esta celebración las mujeres se insultaban entre sí y a las mujeres honradas con las más proceras palabras. Era imposible que el culto a esta diosa se trasladase a los mexicanos sin que ellos pensasen en estos atributos y así se convierte entre ellos con una advocación perfectamente definida en la personificación de las auanime, las mujeres célibes que vivían con los guerreros en el Telpochcalli; las rameras que tomaban parte en sus bailes y les seguían a los campos de batalla, que desde siempre no había sido sitio para las mujeres por lo que también se les llamaba maqui, es decir, las entremetidas, (3) de donde el origen de la solda-

(1) Seler, op. cit. II, 459.

(2) En el territorio de los tlaxcaltecas, había un cerro llamado de la Xochitecatl, es decir, de la diosa del país de las flores, en cuyo centro habitaban desde antiguo indígenas formando un poblado del que contemporáneamente a Torquemada quedaban algunas familias que "formaban la comunidad de Xochitecatitlán, op. cit. 35.

(3) Seler, op. cit. II, 454.

dera mexicana, que sigue a su marido a los campos de batalla.

La idea de Xochiquetzal como diosa del amor, la sugirió la primera palabra de su nombre, la flor como lo más galano de la vida, inspiró el pensamiento de ella como de una diosa bella y joven, atributos ambos que la hicieron ser la indicada para ser la amada del sol, idea expresada claramente en el canto a Xochiquetzal que nos ha conservado Sahagún en su manuscrito: (1)

“del país de la lluvia y de la niebla
vengo yo Xochiquetzal de.....
de Tamoanchán.

Yo Xochiquetzal vengo de Tamoanchán
Llora el piadoso Piltzintecuhtli
buscando a Xochiquetzal,
al país de la podredumbre debo ir,
llora Piltzintecuhtli
busca a Xochiquetzal,
al país de la podredumbre debo ir”.

Piltzintecuhtli es el nombre de Xochipilli en su papel especial de dios del sol, bajo el cual es el dios protector de los guerreros, su amada, su compañera debía ser por tanto la que presidiese la vida de las compañeras de los soldados, es decir, Xochiquetzal era la indicada para ser la patrona de las auianime, por lo que en la fiesta que los tlahuica celebraban en su honor en el Tepeilhuitl, las jovencitas que al igual que los niños se habían embriagado y dedicóse a toda clase de excesos, se adornaban con el aztaxelli, el símbolo de los guerreros. (2)

Xochiquetzal por ser la diosa del amor, era a quien invocaban los enamorados para pedirle que inclinase la voluntad de la persona amada hacia ellos, diciendo el siguiente conjuro: “En el cristalino cerro donde separan las voluntades, busco una mujer y le canto amorosas canciones, fatigado del cuidado que me dan sus amores yo así hago lo posible de mi parte. Ya traigo en mi ayuda a mi hermana la diosa Xochiquetzal, este amoroso cuidado me trae fatigado y lloroso ayer y antecayer, esto me tiene afligido y solícito”; el amor es un sen-

(1) Sahagún, op. cit. V, 98.

(2) Selser, op. cit. II, 454.

timiento confuso difícil doblemente de explicar entre los aztecas, sin embargo por lo que de ellos podemos conocer a través de conjuros como el anterior, nos hace entender que pensaban que existía un sitio, un cerro, en el cual se "separaban las voluntades", es decir, donde se diferenciaban las que debían unirse; pero el amor mientras no está satisfecho es dolor y pena... "ya traigo en mi ayuda a la diosa Xochiquetzal mi hermana, este amoroso cuidado me trae fatigado y lloroso, ayer y anteayer esto me tiene afligido y solícito"... pero el orgullo masculino surge después de esta queja... "hela de alcanzar no mañana ni ese otro día sino luego al momento, porque yo en persona soy el que así lo ordeno y mando o que —exclama indignado soy algún hombre de por ahí o nací entre las malvas— expresión que equivale a nuestro desdichado actual, después hace el elogio de la belleza de la amada "verdaderamente es digna de tenerla por diosa que es de las más lindas" y para terminar hay un deseo de lograr rápidamente la conquista de su amor", no la he de alcanzar mañana ni ese otro día sino luego, ahora, que yo en persona lo mando el mancebo batallador" y no es que traiga yo guerra, aclara, sino "conquista de mujer". (1)

El amor como hemos visto, como todos los actos de su vida, estaba presidido por una divinidad; había entre ellos dos clases de amores, el amor bueno, honesto, que era entre ellos un sentimiento callado y profundo y el amor profano, digamos, que personificaban las auanime.

Para ellos como ya decíamos, el amor era la inclinación de y hacia la persona amada y en la mujer excluía todo sentimiento de posesión que se manifestaba agudizado en el varón, el hombre por el solo hecho de serlo tenía derecho a la poliginia, que la mujer aceptaba por la ley más fuerte en la vida, la costumbre y por su educación encaminada a considerar la supremacía del hombre en la vida de su pueblo y con la que estaba conforme por la característica ya enunciada anteriormente, la mujer azteca sabía que debía compartir su marido con muchas otras mujeres porque no era posesión exclusiva suya, el matrimonio monogámico rara vez se encuentra entre los pueblos primitivos.

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 181.

La advocación de Xochiquetzal como diosa del amor, se la dió Tezcatlipoca el nocturno que se la raptó siendo ella la esposa de Tlaloc, el dios de las llūvias que fecundizan la tierra; Tezcatlipoca la llevó al noveno cielo y le dió en el trono de reina y desde allí "el lugar de Tamoanchán y en asiento de árbol florido donde los aires son muy fríos, delicados y helados sobre los nueve cielos", Xochiquetzal inventó el arte de tejer y bordar y hasta ella llegaban las peticiones de las mujeres que estaban próximas a ser madres.

A esta diosa pedían las mujeres toda la habilidad que necesitaban para labrar sus telas y bordarlas con el primor de una obra de arte. Cada ocho años se hacía una fiesta en el mes atalmaqualiztli (1) para reparar, más probablemente para renovar, los instrumentos necesarios para esta labor y en la representación gráfica de este mes se ve en ocasiones a la diosa ricamente ataviada, sentada ante el telar, que tiene el travesaño superior fijo en un árbol galantemente florido.

El color con que en los distintos códices se representa a Xochiquetzal varía, en el Telleriano Remensis la parte superior de su cara es amarilla, mientras que la inferior es roja; en el Borgia su cara tatuada y su cuerpo son amarillos; en el Borbónico su cara reproduce los colores de la pintura facial de los dioses del pulque y probablemente tenía una especie de adorno incrustado que el tlacuilo marcó en dirección transversal por la cara en los límites entre el color azul y amarillo.

En el Borbónico y en el Telleriano el nahualli de la diosa es decir su disfraz, es el quetzal, pero la peculiar de su atavío, la parte característica que permitió al Lic. Mena, (2) afirmar que las figuras sentadas a la usanza oriental, esculpidas en el friso del primer cuerpo de la pirámide de Xochicalco, son sacerdotes de Xochiquetzal, son dos copetes levantados de plumas de quetzal, unidos en el código Borgia, en el Telleriano, en el Tonalamatl y en los tocados de los sacerdotes de Xochicalco por una flor, signo en los que Seler leyó el nombre de la diosa "quetzalli lo levantado y Xochitl flor".

En el código Borgia como adentrándose en la flor se ve una mariposa. En su origen el culto de la diosa, debió estar limi-

(1) Palacios Enrique Juan, notas de clase.

(2) Mena Ramón, notas acerca de Xochicalco, México, 1910, 10.

tado al agua vivificante que bajaba de los cerros, pero cuando los aztecas la incorporaron a su religión, la diosa era en algunos casos la dueña de la alfombra de vegetación con que se cubre la tierra, como en el conjuro que decían a los peces, los que para cogerlos ponían pequeños cercados o corralitos en los lagos o ríos: "ya os he de llevar que os está esperando mi hermana la diosa Xochiquetzal, mi hermana la diosa del sustento, cuando vine ya os tenía extendida vuestra alfombra de diversos colores y vuestro hermoso y jaspeado asiento, donde os asentéis, donde os acostéis llegando y os espera para daros de su comida y bebida, las cuales habéis de tomar en su compañía" (1) y en otros como en su canto, citado en páginas anteriores, la alfombra de vegetación es ella misma, recordemos la tristeza de Piltzintecuhtli al perder a su amada Xochiquetzal y como se dice en la canción que para encontrarla tendrá que descender al sitio "donde la podredumbre domina". simbolizando así la época en que el manto de vegetación desaparece de la superficie de la tierra por la llegada de la estación fría y seca. (2)

A la diosa siempre la presentan lujosa y femeninamente ataviada, solamente en el Tonalamatl de Aubin lleva el maxtlatl con que dibujan también en ocasiones a las Cihuateteo, Itzapalotl y a la Xantico. En el Borbónico el borde de su falda, cueitl, tiene una ancha faja azul sembrada de discos de conchas blancas, de su boca sale un cuchillo de pedernal y dos flores y hasta la espalda le cae un manto de plumas de varias clases, igual al del Telleriano y al del Borgiano, que en este último códice remata en cordones de varios colores con flores en las extremidades; en lugar de él en el Tonalamatl hay un espejo de cruz que tiene la forma de la cabeza de un ave con un colgante. La Xochiquetzal del Telleriano Remensis lleva en la mano un tzotzopaztli, es decir, un cuchillo para tejer y en el Tonalamatl un objeto que remata en la cabeza tallada de un animal.

A Xochiquetzal la invocaban también quienes vivían de buscar panales para extraer de ellos la miel y la cera, los que pesca-

(1) En esta fórmula se le identifica con Tonacacihuatl, Ruiz de Alarcón, op. cit. 173.

(2) Sahagún, op. cit. V, 103.

ban con redes y anzuelos, los que cazaban con arcos y flechas y los que perseguían venados.

Al tender sus redes los pescadores decíanle: "ea, acude con presteza, la que eres cabellera de mi hermana la diosa Xochiquetzal", (1) y si era en cambio el anzuelo el que tendían, decían: "ea, acude a ayudarme el nueve veces gallardo, el nueve veces aporreado... que ya me envía mi padre y mi madre la diosa Xochiquetzal, a mí mismo, el huérfano, el un dios". (2)

Los que buscaban panales cuando los encontraban, decían a las abejas ponderando la belleza de la diosa "hermosa de apariencia", (3) para que llegase a ellas el deseo de ir a vivir en su compañía, al mismo tiempo que su delicada sensibilidad, les hacía comprender el daño que les causaban, quitándoles su casa: "Yo que vengo a haceros esta enemistad, vengo compelido de necesidad, que soy pobre y miserable y así solo vengo a buscar mi sustento, por lo cual nadie se espante ni tenga temor de mí, que sólo os llevaré a que veáis a mi hermana la diosa Xochiquetzal, la llamada "precioso ramillete", y por último los que cazaban con arcos y flechas sobre todo venados, perseguían al "noble señor, al de las siete rosas", por lo que estaba esperando "su madre la diosa Xochiquetzal" y tienen que llevarse pronto, porque ella ha llorado por él "ayer y antier" y los cazadores no quieren que le cueste más "lágrimas y pena" a su diosa "plumero de rosas". (4)

Xochiquetzal es también la diosa regente de la semana décimanona y del día vigésimo xochitl, (5) que en el Telleriano está identificada como la diosa de la creación, Tonacacihuatl. En los códices Borgia, Borbónico y Vaticano se la presenta bajo cubierta con un varón, simbolizando la unión sexual.

Hay una distinción entre Xochiquetzal y las demás diosas regentes (de la que solo participan la Tonacacihuatl de la pri-

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 170.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 171.

(3) Interpretación al Borbónico, 76.

(4) Ruiz de Alarcón, op. cit. 164.

(5) La transmisión desordenada de los regentes de los días, a los regentes de la semana, lo explica Seler, II, 455, por el deseo de los sacerdotes indígenas, de colocar los días ce quiahuitl, uno de los cinco días que coinciden con el principio del tercer cuarto de su calendario religioso, bajo la advocación de las diosas de la tierra, por eso en lugar de que Xochiquetzal presidiese la semana vigésima, la encontramos siendo regente de la décimanona.

mera semana y la Xantico del Borbónico), está sentada sobre un icpalli de madera tallada y pintada, decorado con discos incrustados, recubierto con un tigre en el Borbónico, uno de los nahualis de Tezcatlipoca, el dios que la robó. En el Telleriano, si embargo, no está sentada sobre él sino hincada (lám 30).

En el Borbónico se hiergue hacia delante una serpiente y bajo de él sale un ciempiés amarillo y cuatro cordones que llevan en la punta flores, motivos que se repiten en el Telleriano, en el que la única diferencia consiste en que el icpalli en lugar de estar cubierto con el tigre, adorno además de los tronos reales, se encuentra un animal de rapiña pintado de rojo, colgando hacia atrás. Seler cree que la culebra y el ciempiés son otra manera de representar el Attlachinolli. El miriápo-do del Tonalamatl de Aubin está representado por un dibujo muy especial, parece que recubriéndolo con un traje como de plumas, quiso dársele la apariencia de las articulaciones que en su cuerpo tiene. La insistencia en repetir el dibujo del ciempiés quizá obedezca otros motivos, entre ellos para mí el más importante es el consignado en la leyenda siguiente: cuando vivían en el primer siglo los que ahora son animales, eran hombres y entre todos ellos había uno muy bueno que deseando atraerse la benevolencia de sus dioses en la tramutación que le esperaba, decidió separarse de su esposa llamada Tlahuitzin para vivir en abstinencia y castidad y se fué a vivir sobre una piedra llamada Tehuehuetl; hasta este su retiro de penitencia llegaron sin embargo algunas mujeres a tratar de disuadirlo de su intento sin conseguirlo. Desde el cielo Citlallicue y Chalchicueye, dos diosas que en esta leyenda eran hermanas, pensaron que si Yappan perseveraba en su intento sería convertido seguramente en alacrán y mataría después a cuantos hombres picase; mientras que si pecaba su picadura no sería necesariamente mortal. Las diosas fueron hasta el chicnauhtopan, el cielo de los nueve lugares a visitar a Xochiquetzal, la diosa más bella para rogarle que bajase a la tierra a obligar a Yappan a pecar, como lo hizo; se situó bajo la piedra y desde allí empezó a llamar a Yappan a grandes voces diciéndole: "Hermano, he venido yo tu hermana la diosa Xochiquetzal a saludarte, a darte alivio y placer y Yappan le respondía: Venido has hermana mía, diosa Xochiquetzal, pero no la veía has-

ta que Xochiquetzal le dijo: "pero ¿cómo subiré hasta tí", a Yappan le pareció que era su deber bajar a ayudar a la diosa a subir hasta su piedra y la vió tan bella que olvidó sus propósitos. Mientras tanto Citlalicue y Chalchicueye habían convencido a los demás dioses de que era necesario que pusiesen un centinela a Yappan que diese fé de si realmente había cumplido con lo jurado, debiendo en caso contrario avisarles; los demás dioses estuvieron de acuerdo y nombraron para que lo cuidase a Yaotl.

Yaotl no podía dormir, por ser dios, por lo que vigilaba a Yappan de noche y de día y los demás dioses para premiar su esfuerzo decidieron que cuando faltase a su palabra Yappan, podía convertirlo en el animal que él quisiera.

Cuando Xochiquetzal bajó y obligó a Yappan a romper su promesa, Yaotl que no dormía dióse cuenta y le dijo: No te avergüenzas juramentado Yappan de haber pecado? por eso mientras vivieres sobre la tierra no serás de provecho alguno, para nada podrá servir. Los hombres te llamarán alacrán y ya te conozco por este nombre, advierte que has de quedar así y diciendo y haciendo le derribó la cabeza de los hombros y se la echó a cuestras y por esto hoy es llamado carga cabezas. Descabezado el dicho Yappan fué convertido al punto en alacrán y después fué en busca de la mujer de Yappan le cortó la cabeza y la convirtió también en alacrán y como ya había pecado, Citlalcueye determinó que no pudiesen todos los que fuesen picados por él, Yaotl fué convertido en langosta... y así es como se presenta a las diosas en los códices unas veces acompañadas, como en el Borgia y el Vaticano B de su compañero el dios del baile, de las festividades y del juego; en otros: Borbónico, Telleriano Remensis y Tonalamatl (es decir los propiamente mexicanos) en lugar de Macuilxóchitl está el dios nocturno, el Tezcatlipoca, que la incitó a pecar, con un disfraz de animal de piel negra con manchas de color, que parece coyote que lleva el yacaxihuitl en la nariz y las dos plumas de quetzal de la Xochiquetzal y que identificamos por el símbolo de Tezcatlipoca el espejo nocturno que lleva en la sien. Así decíamos se colocó también cerca de ella, el alacrán, por ser el símbolo del pecador a quien ella incitó; en el conjuro que decían las curanderas para aliviar las picaduras de alacrán des-

pués de ligar la parte picada para que la ponzoña no circularse, decían haciéndose pasar por hermanos de la Xochiquetzal si el veneno entendían ellos no había tenido tiempo de extenderse, de derramarse en el torrente sanguíneo: "Yo Xochiquetzal que interrumpí tu penitencia llego a tí, etc. . . , duérmete en paz, que ya meto mi cabeza entre tus brazos, ya te abrazo y te beso" y la curandera cuando dice "cata aquí que ya te cubro con mi huipil", hace el ademán con su camisa para atarle la parte herida, se quita la cinta o cordoncillo con que ellas se atan el cabello que llaman icxtil o tzolnippihuaztli y habiéndolo atado con él, dice: "Hermano mío no tienes vergüenza de dañar a las gentes?, luego le aprieta el cordel y hace signo como de ir pintando al margen y dice: "De esta manera has de estar, así has de estar con esta figura, porque te he venido a atar y atajarle los pasos. Aquí remata la facultad no pasarás de aquí". (1)

Además de estas figuras acompañan a la Xochiquetzal en unos códices más estilizados que en otros un juego de pelota, en el Borbónico la pelota está unida a la figura de una calavera que está atravesando por la abertura de uno de los Techmalacatl y de ella y hacia atrás salen tres chorros de agua. Al final de la representación del juego está la figura de un hombre con la cabeza cortada en la que Seler cree ver al suerte del jugador, yo por las razones expuestas antes al hablar de la fábula del alacrán, creó que el hombre sin cabeza es la representación de Yappan.

En el Tonalamatl y en el Borbónico está también un braserillo en el que la llama la representa en el primero la serpiente y en el segundo la mariposa del fuego. En el Borbónico hay además otros signos, el xiuhztotzopatzli o cuchillo de tejedor ricamente incrustado con mosaico de turquesas, con una araña sobrepuesta y una tlepapalotl (mariposa de fuego).

El código Borgia presenta arrodillada tras el metate a la diosa antigua, a la primera mujer, (2) que tiene en la mano el metlapilli (mano con que se muele), ocupada en moler el maíz, el trabajo que aún en nuestras clases indígenas es la parte más importante de los quehaceres femeninos; el metlapilli está ro-

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 222.

(2) Ilamateuctli o señora vieja; Clavijero, op. cit. I, 178.

to y de él mana sangre junto a Xochiquetzal. Lo roto lo interpreta Seler (1) como signo de "viejo", como "que trata de los tiempos pasados, de la época de Tamoanchán, en la que moraban aún las tribus sin división alguna en la noche, en la obscuridad, en la patria primitiva, en el paraíso, en el lugar de los dioses".

En el códice Vaticano A, se nos da la idea más elevada de Xochiquetzal, en él es la diosa que está presidiendo el cuarto sol, aquel en el que más felices fueron los hombres, (2) por eso le llaman la diosa de la alegría, la flor preciosa que envía sus dones a la tierra en forma de flores y de mazorcas de maíz y que se terminó según los mexicanos en 1116, fecha de la destrucción de Tula. (3)

En la lámina última del códice citado se miran hombres y mujeres con gran regocijo, adornados de flores y banderas de papel, tomándose por esa era de dicha, el año 1035, en que fué conquistada Teotihuacán, o sea la época más próspera de los toltecas, la cuarta era que el señor Palacios ve representada materialmente en la bellísima pirámide de Xochicalco (4) y que los mexicanos dieron por terminada en 1116.

Los aztecas no pretendieron nunca ocultar sus fuentes de información y cuando en circunstancias especiales algo de otros pueblos no les satisfizo totalmente, adoptaron de él lo que les parecía, sin importarles como en el caso presente, mutilar un bello mito.

Ixnextli

Xochiquetzal por haber pecado se convirtió en la de "los ojos cegados de ceniza", la Ixnextli, la primera mujer que por haber cogido "una flor", fué "expulsada del paraíso", (5) dice con marcada intención cristiana el intérprete del Telleriano Remensis; por eso en el códice señalado se la representó como una mujer que está llorando, con el rostro vuelto de revés, hincada

(1) Seler, op. cit. II, 465.

(2) Mito tolteca de los 4 soles cosmogónicos.

(3) 1168, según Jiménez Moreno.

(4) Enrique Juan Palacios, notas tomadas en su clase de Arqueología de México.

(5) Interpretación al Telleriano, op. cit. 23.

sobre un icpalli y que lleva en la mano izquierda sobre una vasija el signo cuitlatl el de la suciedad, no llevaba huipil solamente el quechquemil y un gran pectoral, su cabello suelto largo un poco abajo de la cintura, adornado con una flor de la que sale una larga pluma azul.

Ixnexthli es una diosa dadora de malos deseos —a pesar de vivir en trono de reina sobre los nueve cielos— por eso en el Tonalamatl de Aubin, Ixnexthli lleva en su mano una vasija de la que toma ceniza que está esparciendo; ceniza de pecado interpretaron los aztecas.

De los códices mexicanos el único en el que no se encuentra representada es el Borbónico.

Ixnexthli está asociada siempre a la idea de voluptuosidad, de sensualidad, estos eran precisamente, los pecados que se le atribuían "la flor" por la que perdió "la bienaventuranza" y por eso la encontramos representada entre los signos y figuras que rodean al Ueuecoyotl, el viejo coyote regente de la cuarta semana y en especial del cuarto día y que primitivamente era un dios de los otomíes. (1)

La cuarta semana está amparada por el signo ce xochitl, propiedad indiscutible de Xochiquetzal, el cuarto día el señalado por la mano que marca siempre los verdaderos días de fiesta en el Tonalamatl es cuetzpallin, la lagartija, símbolo del exceso del agua y de la sensualidad, "del deseo de generación" que colocan los tlacuilos cuando hay necesidad de pintarla cerca de una figura femenina "vella madrice delle donne".

En honor de Ixnexthli los hombres y las mujeres tenían que ofrecer un prolongado ayuno cada ocho años en la fiesta que Sahagún llama Atamalqualiztli, (2) en la que como veremos delante se festejaba de manera particular a Xochiquetzal, en la que no podían tomar más de tortillas y agua.

Todos los días cinco o macuilli estaban dedicados a esta diosa, la Ixnexthli o "Eva Mexicana", dice Seler (3) citando al tercer intérprete del Telleriano Remensis, en los que habían de bañarse de noche para no enfermar.

(1) Seler, op. cit. I, 172.

(2) Sahagún, op. cit. I, 216.

(3) Seler, op. cit. I, 173.

Oxomoco

Y en el Omeyocan, el cielo de todas las bienaventuranzas, un día los padres de los dioses crearon una pareja que no fué ciertamente el principio de la humanidad pero que significó algo más importante. Cipactonal y Oxomoco participando de la existencia mortal de la humanidad, habían de ser los intermediarios entre ella y la divinidad.

La importancia de esta singular pareja de ancianos, es grande. Entre la confusa mitología azteca un pensamiento se destaca, la invención del Calendario se debe a Cipactonal y Oxomoco, es hasta que a los aztecas llega envuelta en el viento la figura de Quetzalcoatl, cuando afirman con la Huasteca y los toltecas que este es el inventor del calendario (1) y de todas las artes sacerdotales. Tarde era ya para desterrar de la mente azteca la idea de que esta pareja, la única creada directamente por los dioses origen de todo, había sido la inventora y desde todas las primeras páginas de los Tonalamatl, aunque en ingenuos dibujos siguen presidiendo impasibles el transcurrir de la vida. Ellos casi como el nombre del autor en la primera página de un libro, guardan los secretos de los dioses que sólo confían a unos cuantos, los sacerdotes, que por saberlos se adueñan de la voluntad de su pueblo.

El Tonalamatl es algo más "que la enumeración ordenada de ciertas divinidades o series de estas con sus correspondientes símbolos", (2) es el medio por el que el hombre conoce los designios divinos y se adueña de ellos.

A Oxomoco la conocemos al través de la figura que nos conserva el código Borbónico, (3) está sentada en la posición que todavía es peculiar a la mujer indígena actual, sobre sus talones, que nos la muestra como decíamos como una mujer vieja, con la cara llena de arrugas y nada de su indumentaria nos mueve a pensar que se trate de una mujer distinta de las que encontramos diseminadas en todos los códigos como representantes de la mujer de condición humilde en el pueblo azteca. Existe sin embargo en su pintura algo profundamente significativo, a ella se le ha dado un icpalli, un asiento para que se

(1) Seler, op. cit. I, 127.

(2) Seler, op. cit. 16.

(3) Lámina 21.

sentara y de esa prerrogativa no participan ni siquiera todas las diosas, apenas Xochiquetzal y Tonacatecuhtli que tenían en sus cielos tronos de reinas, participaban en las representaciones pictóricas indígenas prehispánicas de un icpalli.

Oxomoco fué tratada por los dioses con mucha benevolencia y así como Cipactonal su esposo era el representante del sacerdocio, se confió a ella la agorería.

Y siempre que la miramos representada la hemos de ver sosteniendo en sus espaldas un jarro lleno, teniendo en su mano derecha un pequeño cajete del que avienta nueve maíces que van cayendo sobre una pequeña estera. ¿Extraña entonces que las mujeres se dedicasen entre los aztecas a la adivinación en todas sus formas, (excepto en el conocimiento del Tonalamatl) si lo hacían por ordenación divina?

Oxomoco logró para las mujeres algo más: el derecho de participar aunque de manera secundaria en el sacerdocio y en las anotaciones manuscritas del código Borbónico se nos dice además que es la diosa de las parteras.

Confundiendo a las agoreras su esperanza y sus deseos, a las parteras la vida misma, habían entregado a suaves manos femeninas lo más bello de su existir.

Chiconahuizcuintli

Era una de las deidades que presidían los trabajos de los joyeros y tenía como muchas otras de las divinidades un doble papel en la mitología azteca. Chiconahuizcuintli era a quien se atribuía la invención de los afeites. Esta curiosa característica fué la que me hizo pensar que Chiconahuitzcuintli no podía ser un dios como afirmaba Torquemada (1) porque entre los aztecas había yo notado ya, la tendencia a asignar el origen de las ocupaciones o las costumbres femeninas siempre a una diosa.

Entre los aztecas el uso de los afeites, como en general su vida entera, estaba sujeto a lineamientos fijos: no podían usarlos las doncellas honestas cotidianamente, sino en contadas ocasiones, el día de su boda, las grandes festividades religiosas,

(1) Torquemada, op. cit. II, 60.

especialmente en las dedicadas a Huitzilopochtli y Tezcatlipoca en las que ponían una acentuada nota de color rojo en sus mejillas en sus brazos y en sus piernas.

Ningún cronista nos ha conservado la noticia de la cual pudiéramos deducir si las mujeres aztecas se pintaban los labios, lo que si sabemos es que un símbolo de distinción y probablemente también de belleza era teñir los dientes de un fuerte color rojo, destruyendo así a nuestro entender una de sus más bellas características, todavía en nuestros indios asombra la perfección y brillantéz de sus dientes.

Las mujeres aztecas como las indias contemporáneas, seguramente no tenían de color encendido las mejillas, su tez casi siempre pálida pero muy tersa, parece como si el color que la sangre debiera hacer afluir a sus mejillas lo enviase a sus labios, a su boca todavía breve y carnosa. El corte facial que todavía predomina es el sensiblemente redondo, y en mayor atractivo son generalmente los ojos oscuros perfilados por cejas espesas y bien dibujadas muy oscuras, a tono con el color de su abundante y lacia cabellera.

A Chiconahuitzcuintli le pintaban teniendo en la mano derecha un báculo, como deidad viajera, en la izquierda una rodela en la cual estaba pintado un pie, con orejeras de oro y su nariguera en forma de mariposa o Yacapapalotl de oro, ataviada con un precioso traje, formado como los de todas las mujeres aztecas de su camisa y su nagua tejidas en color blanco y rojo, adornadas con grecas en forma de almenas. Sus sandalias eran de color rojo (1) para Sahagún Chiconahuitzcuintli era la diosa del fuego o Papaloxual es decir la pintada con mariposas y también Tlapapalola, es decir, "con la mariposa roja". (2)

El pensamiento de Sahagún seguramente se originó en que muchas veces con la ayuda del fuego engarzaban los lapidarios las piedras preciosas a las joyas.

En honor de esta diosa, en la fiesta de Centeotl mataban cuatro esclavos; dos varones en especial a Nahuatlpilli y Centeotl y dos mujeres en homenaje a las diosas Macuicalli y Chiconahuitzcuintli o sean las cuatro divinidades que presidían los trabajos de los lapidarios. (3)

(1) Sahagún, op. cit. II, 387.

(2) Sahagún, op. cit. V, 42.

(3) Torquemada, op. cit. II, 60.

Chiconahuitzcuintli y Xantico se identifican; Xantico participa de los colores de la indumentaria de aquella y de su símbolo la mariposa del fuego, como veremos al hablar de Xantico. Y en la semana que preside esta deidad como diosa regente, el día de fiesta señalando por la mano tradicional es el día "Chiconahuitzcuintli". (4)

(4) Tonclamatl de Aubin.

DIOSAS DE LA MEDICINA

Medicina.

La medicina o *atlinan* entre los aztecas como todos los actos de su vida, estaba saturada de carácter religioso.

Su medicina podemos considerarla desde dos puntos de vista: el uno empírico y el otro religioso; el primero curaba realmente mediante la aplicación de las propiedades curativas de algunos animales y de las plantas medicinales que conocían; en el segundo, el medio curativo era la superstición.

La medicina en el mejor de los casos que era el primero, no se desligaba nunca totalmente de este último factor, a pesar de que los médicos y los sacerdotes pensaran que los métodos que seguían eran esencialmente distintos de los que acostumbraban sus "desleales competidores" los hechiceros, para alivios de las enfermedades, porque los médicos usaban también como las agoreras y los hechiceros del lenguaje disfrazado o *nahuatlato*lli, para que sus pacientes estimasen más su arte.

Su medicina era esto: un arte y no una ciencia, porque faltaba en ella algo indispensable, el conocimiento de la causa de la enfermedad, (cierto que no se preocuparon de encontrarla) porque pruebas tenemos de que la creían de origen divino. Las enfermedades siempre las motivaba el enojo, la indignación de alguno de sus dioses por hechos indebidos de la persona enferma, o simplemente porque había diosas que tenían como advocación definida producir enfermedades, y otras especialmente dedicadas a curarlas. (1)

En realidad los médicos indígenas no pretendían curar la enfermedad de inmediato, sino primero tratar de adivinar la causa de ella, es decir el enojo de la divinidad que lo hubiese

(1) Caso, Alfonso, apuntes de clase, versión Rafael Orellana.

producido, seguido interrogar a los dioses, sobre si era su voluntad que la persona enferma sanase, aplicando sus conocimientos si les contestaba afirmativamente, dejando que la enfermedad siguiese su curso si la contestación había sido negativa.

Las deidades como dejamos ya señalado las dividían en dos clases: las que producían enfermedades y las que entre sus advocaciones tenían aliviar a los hombres de las enfermedades que les aquejaban.

Entre las deidades del primer grupo se encuentran especialmente Atlatonan, la diosa de la lepra y de la gafedad para Durán que Seler considera simplemente como una diosa del litoral y cuyo nombre traduce Torquemada por "la que brilla en el agua".

Torquemada, Durán y León y Gama asocian a esta diosa con las deidades del maíz y el segundo de los autores citados dice que en la fiesta en honor de Xilonen, hacían una vigilia especial, siete días de ayuno en honor de la diosa Atlatonan después de los cuales íbanse a sus casas a comer todo cuanto querían. Compraban a una esclava para que representase a la diosa misma y la sacrificaban con las ceremonias de rigor en su ritual. A ella ofrecían sangre que sacaban de diversas partes de su cuerpo también durante siete días en agradecimiento de "los mantenimientos" (1) que se había dignado mandarlos y en penitencia de sus culpas.

Esta diosa tampoco era azteca, había venido como la mayoría de las deidades femeninas de su panteón, desde el país del sol y no es extraño que en lugar de seguirla considerando como una deidad benéfica exclusivamente le atribuyesen como a todas las diosas extranjeras dignidades malélicas, de una diosa de los mantenimientos hicieron ellos una diosa de la lepra y de la gafedad, atribuyéndole a ella la producción de enfermedades siempre reputadas vergonzosas. (2)

Aún las diosas que ellos consideraban como autoras indirectas de la felicidad que podían gozar en esta vida, Citlalicue o Citlalcueye, bajo el nombre que amparaba la Vía Láctea,

(1) León y Gama, op. cit. 100.

(2) Caso, apuntes Arqueología de México.

Mixcouatl, producía dice Sahagún la disentería, la diarrea, la tos y el catarro, aunque en realidad bajo esta advocación tampoco era una diosa azteca.

Las Cihuapipiltin o Cihuateteo eran las diosas que producían la epilepsia sobre todo en los niños que encontraban fuera de sus casas, en los días que les correspondía bajar a la tierra.

Tlazolteotl la diosa de la inmundicia y de la carnalidad era la que producía en las mujeres que cometían acciones indebidas enfermedades terribles contra las que no había curación posible.

Tzapotlatena.

Era la principal diosa de la medicina entre los aztecas, había sido una mujer a la que se había deificado debido a que había sido la primera que había usado el uxitl, que es el aceite de resina del pino, para curar muchas enfermedades sobre todo una especie de sarna que sale en la cabeza que se llama chaquachicuiztli, (1) y a quien por esto invocaban particularmente las curanderas que embarraban la cabeza en los tianguis. (2)

Este aceite también lo usaban para aliviar los dolores producidos por las grietas de los pies y las manos lo mismo que los empeines. La ronquera y la tos, en general todas las afecciones del pecho, las aliviaban (costumbre que ha sobrevivido hasta nuestros días) colocando dentro de la pócima hecha de varios ingredientes un pequeño trocito de ocote "para que suelte aceitito".

Por eso celebraban su fiesta a esta diosa los que vendían en el tianguis, el uxitl o aceite y las que embarraban la cabeza, matando en honor suyo cierto número de esclavos en la fiesta que celebraban cada año a honra suya. (3)

Citlalicue

Era otra más, de las diosas de su medicina a ella le llamaban generalmente con Chalchiutlicue la diosa del agua, so-

(1) Sahagún, op. cit. I. 21.

(2) Cap. Comerciantes de este trabajo.

(3) Clavijero, op. cit. I, 177.

bre todo cuando en su terapéutica usaban de los baños. Al terminar la cura en ocasiones estando el enfermo en reposo decían: "Madre mía la de la saya estrellada, tú hiciste a este, tú le diste vida, pues ¿cómo tú también eres contra él? ¿Cómo te le has vuelto en contra? cierto es que tú le hiciste vida, cierto es que en tus manos recibió el ser" (1) y en otras colocándolo de pie junto al petate sobre el cual habían de bañarlo, antes de hacerlo llamaban a sus madres la diosa del agua, la de la falda de estrellas y a las diosas Quato y Caxoch. (2)

Cuando se trataba de aliviar un dolor del maxilar, entonces decían, después de aplicar el temixiete; "huye verde dolor que soy enviado por mi hermana la de la saya de estrellas" (3) y con un pequeño idolito daba una especie de masaje en el maxilar, precisamente en la parte dolorida.

Chalchiutlicue

Chalchiutlicue, otra de las diosas más invocadas en sus conjuros era una de las diosas principales, a las que recurrían para el alivio de sus enfermedades, esta es una de las advocaciones menos estudiadas de Chalchiutlicue, la de la saya de piedras preciosas; sin embargo entre los aztecas la consideraban como la diosa de las *bebidas medicinales*, y la comprobación de este aserto la tenemos en los códices Borgia, Vaticano B, láminas 11, 30 y 38 respectivamente, en las que se ve sobre la cabeza de la diosa un haz de hierbas medicinales atadas con un cordel, iguales a las que lleva en la mano la figura de la lámina 13 del código Borgia. Ya al hablar de las agoreras dijimos como las que se dedicaban a curar especialmente enfermedades de niños, se valían casi siempre de su madre la diosa del agua cuando trataban de adivinar la causa de la enfermedad, poniendo dentro de una cazuela agua y en su superficie hacían reflejar la imagen del niño; una vez que creían saber el origen de la enfermedad, trataban de curarla; si el niño se quejaba de dolor de cabeza y después de haberlo oprimido con ambas manos no se le había quitado, recurrían al conjuro

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

del agua diciendo: "Atiende a lo que digo madre mía, la de la saya de pedrería, acude aquí y remite al vasallo de Nuestro Señor". (1) Para curar el dolor de estómago en los adultos, punzaban con una aguja todo el vientre al mismo tiempo que decían: "... también llamaré a mi hermana la de la saya de piedras preciosas que desatina piedras y árboles en cuya compañía irá el pardo conjurado que irá haciendo ruido en el lugar de las piedras preciosas y de las azorcas..." (2) Si lo que se trataba de curar eran calenturas o fiebres, hacían incisiones con una aguja en el vientre también o zahumaban con yautli (3) al mismo tiempo que decían: "Ea, ya ven mi madre la de las naguas y el huipil de piedras preciosas y dignate bajar al vientre, etc..." (4) o echaban en un vaso doce maíces que mezclaban con el zumo de la hierba atlinan (5) y le decían: "A tí invoco mi madre, la de las naguas de piedras preciosas, ven acá mi madre la de la saya de piedras preciosas"; llamándola así también cuando pretendían curar por medio de baños, bien calientes o fríos a los que eran particularmente afectos, sobre todo cuando trataban de curar enfermedades causadas por amores ilícitos; yo entiendo que precisamente por esto en la lámina del Tonalamatl de Aubin se encuentra dibujada frente a Chalchiutlicue la diosa del agua, el rostro de Tlazolteotl, la diosa de la inmundicia, que en el Borbónico está significada exclusivamente por su tocado, para explicar que lo que la diosa arrastra en su cauce no son solamente las riquezas, el poder, etc., como dejamos señalado anteriormente, sino también la inmundicia de los pecados de los hombres. No es esta la única ocasión en la que esta diosa tiene un papel purificador, ya al hablar del bautismo vimos como mediante esta ceremonia se limpiaba al niño de las impurezas, no solamente materiales, sino espirituales que había traído consigo en su nacimiento.

La diosa del agua y el fuego se asemejan en este papel; ambos purifican a los hombres de sus pecados, por eso en el conjuro que decían cuando aplicaban los baños invocaban tam-

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit I, 209.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit I, 209.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit I, 209.

(4) Ruiz de Alarcón, op. cit. 217.

(5) Ruiz de Alarcón, op. cit. 219.

bién al fuego y a las diosas del amor, Quato Caxoch, (1) terminando la oración con las siguientes palabras: "...diosas nombradas asistidme y vosotras enfermedades de amor pardas y blancas y verdes, advertid que he venido, yo el sacerdote, el príncipe de encantos, verde y blanco terrestidad no os levantéis contra mí, etc..." y termina su conjuro invocando a Citalcueye, la de la falda de estrellas. (2)

Bajo el nombre de Chalchicueye le hablaban cuando querían que les ayudase a aliviar sarpullidos, empeines, diciéndoles: (3) "...ven acá tu verde muer, que has de ir contra mi padre la cometa que centellea, contra las cuatro cañas de los cabellos rubios, házlo de apagar, ya llevas la verde mujer, la de la saya de piedras preciosas que apague su fuego donde lo puso. Ven acá espiritado amarillo y tú nueve veces golpeado, nueve veces aporreado que ya la acompañas y has envuelto con ella también, te acompaña el amarillo el ajín volador, está en lo que te digo, mi madre la de las naguas de piedras preciosas. Ahora es ella, acude con lo que te digo a arrojar de aquí a la cometa que centellea, a la cuatro cañas rubias" (el fuego que pensaban que había dentro de la sangre y que producía los sarpullidos).

También recurrían a ella los que pescaban, diciendo casi siempre a los peces: "adviertan que vengo enviada de mi hermana Chachiutlicue", para que así se prendiesen más pronto de los anzuelos o se enredasen dentro de la red, en el conjuro que empezaba como todos, siendo más que una invocación a ella, un llamado: "Ea, ven mi madre la tela, saya de piedras preciosas", por las orillas aljofaradas del agua. (4)

Chalchiutlicue además ayudaba a los agricultores a que las hormigas no destruyen sus sembrados; para evitarlo hacían un pequeño foso que llenaban de agua al mismo tiempo que decían: "Ea ya la de las naguas de piedras preciosas, que no se puede sufrir lo que hacen las entre sí semejantes (las hormigas), vélas a asolar, que no me obedecen, tienen por ventura raíces?, pues aunque las tuvieran que bien sabes arrancar árboles y llevarlos en bolandas y dejarlos en medio de

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 184.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 183.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 215.

(4) Ruiz de Alarcón, op. cit. 171.

anchas y encultas cabañas: que porfías hormigas, tenéis por ventura raíces?..." (1)

No todo había de ser, empero, desolación para los aztecas, había entre ellos deidades, como decíamos, que les aliviaban en sus enfermedades, la principal de ellas Teteoinnan, al fin la abuela de los hombres y no olvidemos la importancia que los aztecas concedían a las relaciones de familia, a la que consideraban como diosa fundadora de la medicina, Tzapotlate-na, la descubridora de importantísimos métodos curativos, Temazcalteci, la diosa de los baños calientes; Chalchiutlicue, la diosa de las bebidas medicinales; Citlalicue, Iztaccihuatl, Tlazolteotl misma, de entre las más importantes, e Ixtlilton el dios de las enfermedades de los niños.

Temazcalteci, la diosa a quien también conocían por Toci, nuestra abuela, o por corazón de la tierra, era bajo el nombre citado la diosa que preferentemente presidía las curaciones que se hacían por medio de los baños calientes o temazcales, que tanta importancia tenían en la terapéutica indígena y por lo que su imagen se encontraba infaliblemente en todas las casas de baños. La reverenciaban las y los médicos, las y los cirujanos, las y los sangradores, las parteras que se reunían para celebrarle una fiesta solemnísimas, como todas las que verificaban en honor de sus dioses, en las que bailaban las mujeres y simulaban pelear. (2)

Iztaccihuatl

Con este nombre invocaban indistintamente al copal y a la sal, sustancias que miraban como relicarios de los dioses a quienes atribuirían la posesión de todo cuanto abarcaba su existencia. A ella recurrían para detener las hemorragias, para aliviar el dolor de garganta; le hablaban con la familiaridad que todavía conservan nuestros indios y que hacen hablar a todas las personas sin distinción de jerarquía social tuteándolas: "Ven acá tú, mi madre, la blanca mujer, está en lo que digo, que ahora has de destruir al verde dolor y al negro dolor; blanca mujer, madre mía, está en lo que te digo, que ahora

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 173.

(2) Sahagún, op. cit. I, 20.

has de entrar en las siete cuevas y allí apaciguarás a la mujer bermeja (a la sangre) y tendrás recio y con tiento el ave que es el espíritu que ya lo cubre el polvo y ya desfallece, ejecuta esto al momento que no mañana ni el día siguiente". (1) El dolor de garganta lo curaban de manera dolorosísima haciendo penetrar los dedos en la boca y oprimiendo la hinchazón de las amígdalas hasta hacer que desapareciese.

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 208.

DIOSAS DE LA ALIMENTACION

Es muy fácil saber qué alimentos eran a los que los aztecas concedían mayor importancia, los que consideraban indispensables en su régimen alimenticio; si pensamos cuáles eran los que tenían divinidades especiales: el maíz, divinizado en todos sus aspectos; el chile, bajo la advocación de Xantico; el octli, que presidía Mayagüel; la sal, bajo el atributo de Ueixtocihuatl, y el agua, divinizada también bajo Chalchiutlicue.

Centeotl

Es la diosa del maíz, a quien en algunos códices se le encuentra representada por una figura masculina, sin embargo, el parecer mexicano realmente, nos la presenta como mujer en el códice Borbónico y como hombre en el Telleriano Remensis.

En realidad Centeotl es la deificación del maíz y los distintos nombres que se aplicaban a la diosa, eran los distintos estados de madurez de esa planta.

Ella es la diosa de la agricultura, y por lo tanto, la que da "sustento a los hombres", (1) la invocada preferentemente por los agricultores, cuando iban a sembrar el maíz de las mazorcas que habían guardado para simiente: "...Ea, vamos que aquí está la diosa del pan que te llevará por el camino, que mucho ha que te tenía guardado en ella tu madre y ya han llegado los espiritados sus hermanos..." (2)

Ella también era la deshacedora de enojos, Ruiz de Alarcón (3) nos dice que cuando querían cambiar el enojo o el afec-

(1) Robelo, op. cit. 82.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 176.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 180.

to de alguien, le hacían atole con los granos de maíz colocados al revés en la mazorca, por la diosa.

Centeotl o Cinteotl había venido como la casi totalidad de las diosas de Tamoanchán, la mítica patria de los dioses y la consideraban de origen huasteco, (1) adorada y reverenciada como deidad principal en su religión, también por lo totonacos; (2) para ellos, Cinteotl era Tonacahua, la diosa de "las mazorcas del maíz", la diosa de los panes o Tonacachiquihtli, y también de las mieses "la sustentadora, en fin, de nuestra carne y de nuestra vida". Sin embargo, en la patria de origen, esta diosa no recibía los sacrificios humanos que los aztecas después le prodigarían, sino que se contentaba, nos dice Torquemada, (3) con ofrendas de pájaros, conejos, hierbas y flores y pensaban que por su intercesión los dioses habrían de librarles de la esclavitud de los sacrificios humanos.

Cuando el maíz estaba espigando y la mazorca era tierna, la divinizaban con el nombre de Xilonen (de allí el nombre que hasta ahora se ha conservado de "jilote"); Iztacacanteol, dios de las mieses blancas el dios de las mieses encendidas o Tlatlahquicenteotl y Chicomecoatl, (4) representaban los distintos estados de madurez de la planta.

Centeotl era una de las diosas en cuyo honor corría mayor cantidad de sangre humana, quizá porque pensasen que necesitaba del líquido precioso para ser más fructífera. Le habían dedicado en México cinco templos, el último lo había erigido Moctezuma II, después de la gran hambre que bajo su reinado asoló a su pueblo. Le hacían fiestas en los meses cuarto, tercero, octavo y undécimo de su calendario. (5)

Sahagún especifica que la fiesta que celebraban el primer día del cuarto mes, llamada Hueytozotli, estaba dedicada al dios de los maíces Cinteotl y que en su honor ayunaban cuatro días antes de la fiesta, en la que ponían palmas en las puertas de las casas, sacábanse sangre de las orejas y de las espinillas y los nobles o ricos ponían en sus casas además, unos ramos que llamaban acxoyatl, llenaban de flores a los

(1) Plancarte y Navarrete, Tamoanchán. 154.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 176.

(3) Op. cit. 52.

(4) Clavijero, op. cit. I, 175.

(5) Robelo, op. cit. 82.

dioses que tenían en sus casas y se iban por los maizales a traer cañas de maíz pequeñas, las componían con flores y las ponían delante de sus dioses con comida y después se iban al templo de la diosa Chicomecoatl. (1)

A pesar de la autoridad innegable de Sahagún, yo creo que Cinteotl sí era una divinidad femenina, porque en primer lugar ella era la semilla, la que germina, la que produce directamente, la que da fruto, misión exclusiva de la mujer, porque hasta el aprovechamiento de la semilla y la transformación del maíz era entre ellos obligación y ocupación de las mujeres.

Xilonen

Como quedó explicado era la diosa de la mazorca tierna del maíz, por lo que la esclava que sacrificaban en su honor la escogían entre las doncellas: "la que vivió como jilote o mazorca tierna sin dar fruto".

La fiesta a esta diosa la celebraban en el octavo mes en el Ueitequilhuitl, en la que los nobles daban a toda la gente del pueblo hombres, mujeres y niños, tamales, tortillas y chiapinoilli, nos dicen en la interpretación del código Borbónico, (2) y lo hacían porque en este tiempo el maíz empezaba a escasear. Durante ocho días las mujeres bailaban con el cabello suelto, empezando cuando el sol se ocultaba, prolongándose el baile hasta un poco entrada la noche en la que las mujeres bailaban con los hombres echándose mutuamente los brazos al cuello, "tan abominable y deshonesto", exclama cristianamente horroziado el Padre de la Serna, que acababan matando a la mujer" (3) y al que llamaban del Cuecuechtlí.

El sacerdote Cinteotlzin, era el encargado de preparar todas las cosas para la fiesta de la diosa, escogía primero de entre las doncellas entre los doce y los trece años a la más bonita para que la representase, poniéndole todos los aderezos que tenía su estatua original, en la parte más alta de la cabeza una sola pluma verde, significando la espiga que echan las

(1) Sahagún, op. cit. I, 89.

(2) Op. cit. 111.

(3) Op. cit. 319.

cañas de maíz, atándose la con una cinta colorada que indicaba que para la época en que se celebraba esta fiesta el maíz estaba ya casi maduro. Para que no se entristeciera, por tener que dejar esta vida (porque entre ellos era señal de infortunio), traíanla de casa en casa de los principales señores, agasajándola y divirtiéndola.

A la caída de la tarde reuníase todo el pueblo, cada quien en el templo de su barrio y llenaban los patios de hogueras y teas que les ayudaban con su calor a soportar la vigilia, hasta la media noche, en la que empezaban a tocar los caracoles y las flautillas, a cuyo son llevadas hasta la puerta del adoratorio de la diosa, unas andas que habían adornado con mazorcas, chiles y todo género de semillas. Cuando la música cesaba, sacaban a la india que la representaba, subíanla a las andas en las que habían colocado dos varas fijas para que de ellas se cogiera para no caer e iban todos los sacerdotes en orden de jerarquías, incensándola con copal; uno de los sacerdotes cortaba a la doncella la pluma con todo y cabello e iba a ofrecérsela a la diosa, como agradecimiento por el año fértil que había dado a su pueblo que, devoto y lloroso, dábale las gracias.

Después volvían a la muchacha a la pieza que para el efecto le habían destinado y el pueblo mientras tanto, sentado en cucullas cerca de las hogueras, esperaba el amanecer; a esta vigilia la llamaban velar con cuidado. (1) Al amanecer la doncella era vuelta a colocar en las andas y los sacerdotes más ancianos del templo cargábanla en sus hombros mientras que los demás la incensaban al compás de la música monótona y rítmica de sus caracoles y teponaxtles y la llevaban en procesión por el "patio grande de la cerca de culebras", (2) el coatepantli, hasta el oratorio de la diosa sin olvidar pasarla por el frente del templo de Huitzilopochtli. Ya en su cú hacíanla subir sobre las legumbres, las semillas, etc., y ante ella llegaban desde el Tlacatecuhtli, hasta los mendigos y solo después de que desfilaban ante ella todos los hombres, las mujeres venían a ofrecerle la sangre reseca que se les había acumulado en los oídos, durante los siete días de sacrifi-

(1) Durán, *op. cit.* 180.

(2) Durán, *op. cit.* 181.

cios continuos (como se ve la ceremonia era larguísima). Después de la procesión se iban a sus casas a lavar y comer cuanto deseaban y hasta el día siguiente proseguía la fiesta e iban todos al templo a incensar a la esclava y a ver que los sacerdotes, después de haberla arrojado sobre todas las simientes, la degollaban recogiendo ávidamente hasta la última gota de su sangre, con la que regaban a la diosa del templo y a las ofrendas; después desollábanla y su piel se la ponía uno de los sacerdotes y sobre ella le colocaban los trajes de la diosa con todos sus adornos; empezaban un gran baile que terminaba cuando entraban en una gran sala llamada zacapan porque todo el suelo estaba cubierto de paja seca (costumbre que se usaba para recibir a los viajeros) (1) y en riguroso orden del Emperador a los menos notables sentábanse a recibir los regalos que los nobles entre sí se hacían, y a presenciar el sacrificio por asateamiento (2) de algunos cautivos de la guerra.

Chicomcoatl

Era la diosa siete culebras, la diosa del maíz de los mexicanos a la que adoraban especialmente en su templo, el Cinteopan, (3) a la que llevaban en procesión las jóvenes mexicanas, las mazorcas mejores de la cosecha anterior que habían guardado en sus casas como cosa bendita, (4) de donde tomaban la semilla para la siembra de ese año o si ya la habían hecho, iban a colocarla en el corazón de las trojes. Las mazorcas las llevaban atacadas en haces de siete, que reciben el nombre de "chichicon olotl". Derivado de él otro de los nombres que daban a la diosa: Chicomolotzin, (5) en la canción que en su honor cantaban en la época de la siembra en la que se alude claramente a la idea distinta que ellos tenían del maíz tierno y del maíz maduro, que inclusive creían habitaban sitios distin-

(1) Seguramente alguna costumbre similar existía por la que cubrían sus suelos con placas de mica, como recientemente se ha encontrado en Teotihuacán.

(2) Este como es bien sabido era uno de los cinco sacrificios humanos que tenían.

(3) Sahagún, op. cit. V, 160.

(4) Sahagún, op. cit. I, 90.

(5) Sahagún, op. cit. V, 158.

tos, el maíz maduro en Tamoanchán, el tierno en el Tlalocan, en el país de la lluvia donde todo es verde y abundante:

...diosa de las siete mazorcas
pues que tú nuestra madre nos abandonas ahora
y te vas hacia tu patria Tlalocan.
Tú siete mazorcas, esto es, del maíz,
levántate, despierta,
puesto que te vas a tu patria Tlalocan, (1)

es decir, la semilla al ser sepultada en la tierra desaparecía de su vista y se iba, según pensaban, al sitio donde por la abundancia del agua fructificaría y saldría en mata verde, enhiesta hacia el cielo.

A Chicomecoatl también la consideraban no solamente como diosa del maíz, sino de todo género de simientes y legumbres, (2) su nombre lo explica Durán diciendo que le llamaron culebra de siete cabezas por el mal que hacían los años estériles en los que se helaba el maíz y *había grandes padecimientos* por el hambre y la miseria. Cuando el año era fértil y abundantes las cosechas, llamaban a la diosa Chalchiuhcihuatl, la mujer de piedras preciosas y celebrábanle una fiesta más solemne que la de todos los años en el mes que en nuestro calendario equivale a septiembre.

Normalmente eran dos las fiestas que celebraban en su honor, una la llamaban vigilia chica y a la otra vigilia grande, es decir, Tozoztontli y Ueitozoztli, precisamente en la época de la siembra, ofreciéndole como en todas las festividades de este pueblo sacrificios humanos, varios esclavos, hombres y una mujer, que representaba a la diosa vestida con su indumentaria, eran muertos y desollada ella. Su piel la ponía sobre sus atavíos uno de los sacerdotes que paseaba con ella por todas las calles de su ciudad provocando el asombro de toda la gente del pueblo.

Siete días antes de la fiesta de la diosa, comían hasta saciarse, preparándose así al riguroso ayuno que en honor suyo debían guardar y en el que sólo podían comer tortillas, sal y tomates. Su templo en esta ocasión situado muy cerca del de

(1) Sahagún, op. cit. V, 158.

(2) Durán, op. cit. I, 90.

Huitzilopochtli, estaba ricamente adornado de mantas, plumas, joyas de oro y piedras preciosas y totalmente recubierto por una enramada hecha con mazorcas de maíz, de ají, de calabazas, de semillas de todas clases y de rosas de todos colores, todo en tan grande profusión que levantaban, dice Durán, una vara de medir del suelo. (1) La diosa, es decir, la estatua que la representaba estaba vestida como todas las mujeres, con su nagua y su huipil y la capita triangular de la huasteca o quechquemitl de color rojo, sobre su cabeza y su cabello cortado hasta los hombros; su tocado rojo, color que repetía en sus mejillas; usaba orejeras de oro, metal del que estaba hecho también su collar formado por siete mazorcas de oro maravillosamente labradas, atadas con una cinta azul; en ambas manos extendidas en la actitud que entre ellos era de una mujer que baila, grandes mazorcas de maíz, hechas de plumas guarnecidas de oro y que es el motivo que nos permite identificarla siempre a pesar de que muchas veces traiga sobre su cabeza un complicado tocado de la Huasteca.

La representación más bonita, a mi juicio, que encontramos en los códices es la que se encuentra en el Tonalamatl de Aubin, situada frente a Tlaloc —el maíz necesita inevitablemente de las lluvias para madurar— vestida con un atavío de muchos colores y en los que sin embargo predomina el rojo o xiyaxochiaupil iyaxochiacue, color del que está pintado su cuerpo y con el que figuraban el color de la mazorca madura del maíz. Lleva un tocado cuadrado bordeado de rosetas de cuatro puntas y que es el mismo que luce la diosa de la tierra en la fiesta del Ochpaniztli en el código Borbónico y que el señor Del Paso y Troncoso creyó ser el de un sacerdote vestido con el atavío de la diosa de la tierra, (2) siendo en realidad esta misma diosa con el atavío de Chicomecoatl.

Que a esta diosa no la hubiesen pintado con el color característico de las mujeres y los muertos nos lo explicamos porque como ya dijimos, ese era el color obscuro que atribuían al maíz maduro y que vimos usado por las mujeres para teñirse los dientes como símbolo de elegancia y belleza.

Las colores entre los aztecas entrañan un rico simbolismo,

(1) Durán, op. cit. 180.

(2) Seler, op. cit. II, 231.

profundo significado manifestado en toda la "figuración artística prehispánica del territorio mexicano". (1)

Uixtocihuatl

La hermana mayor de los dioses de la lluvia, era la sal deificada, el condimento indispensable en toda comida, sin la cual en realidad no se distinguiría ningún sabor.

Su traje era blanco, lleno de puntitos, modo como representaban la granulosidad de la sal.

En la vigilia de esta diosa cantaban y danzaban todas las mujeres sin distinción de edades ni de posición social, cogidas de unas cuerdas cortas que asían cada quien de un extremo, llamadas Xochimecatl, adornándose con guirnaldas de ajenjos de esta tierra que se llama "ixtauhyotl", (2) guiando el canto y el baile ancianos sacerdotes y colocando en el centro de todas ellas la mujer que vestida con los atavíos de la diosa la representaba y que estaba condenada a morir en su honor. Esta diosa se encuentra presidiendo la séptima veintena, (3) ataviada con un complicado tocado blanco adornado con goteaduras de ulli del que sale un penacho de siete plumas de águila y seis de quetzal, lleva también el tlaquechpanyotl y hacia la espalda caen una tiras largas de papel.

En la mano lleva la insignia de los dioses sus hermanos y su falda como su huipil son blancos, lleva quechquemiltl y se adorna con grandes ajorcas y sandalias blancas atadas con anchos lazos rojos.

Xantico

La otra advocación de Xantico hemos querido colocarla aparte para poder incluirla dentro de este capítulo.

Hasta ahora ninguna otra de las divinidades aztecas parecía servir especialmente a las mujeres para que por su ayuda se sazonasen mejor los alimentos.

(1) Enrique Juan Palacios, *Los Yugos*.

(2) Sahagún, *op. cit.* I, 94.

(3) Lámina 1 del Telleriano Remensis.

A Xantico la consideraban como diosa del chile (o mujer amarilla), condimento indispensable y riquísimo de la comida mexicana, cuyo uso todavía subsiste con ese mismo carácter.

Al cultivo del chile estaban dedicadas un gran número de las chinampas de Xochimilco; el chile lo tributaban a los Tlacatecuhtlis aztecas, además los totonacos, que les enviaba sobre todo "chile pequeño" o piquín, (1) diosa de los que lo cultivaban era Xantico y así como hicieran del maguey una deidad femenina, en su mentalidad la planta que producía fuego dentro del estómago, tenía que ser necesariamente mujer y nadie mejor que Xantico que era el fuego dentro de la casa".

Xantico no era la deificación de una idea, había sido una mujer que no había guardado una de las formas de ayuno que ellos tenían y que consistía en no comer durante cierto tiempo ni tortillas de maíz (tlaxcalli) mojadas en chimolli (la salsa que actualmente acompaña las comidas mexicanas y que es indispensable entre la clase humilde), comiéndose un pescado asado. Tonacatecuhtli, el dios poderoso que estaba en todo lugar indignado por ese delito la condenó a ser convertida en perro (no como dice Sahagún, porque el perro sea símbolo de fuego) y desde entonces los días designados por el nombre Chiconahuitzuintli que ya sabemos era otra de las advocaciones de la diosa, se consideraba especialmente favorable para los hechiceros, quienes tenían poder para convertirse en animales y a quienes temían sobre todo las gentes sencillas que en estos y otras días favorables a "los nahuallis" se encerraban dentro de sus casas para no encontrarse con ellos, porque los consideraban de mal agüero.

Seguramente por haber sido Xantico la que rompió el ayuno en el Tonalamatl del Borbónico (2) se la representa rodeada de los símbolos del ayuno y la abstinencia.

Chalchiutlicue

Era una de las tres diosas que tenían en especial reverencia, los señores, es decir, aquellos de quienes dependían en sujeción de obediencia los demás, porque la consideraban man-

(1) Melgarejo Vivanco, op. cit. 128.

(2) Lámina 17.

tenedora de la vida y de la procreación con Chicomecatl y Uiztocihuatl. (1)

Era la deificación del agua, con todo su poder vivificante y con la fuerza amiquiladora de sus inundaciones. Razón tenían para hacer de ella la Atlacamani, la tempestad en el agua, (2) la experiencia les había hecho temer la furia del agua, varias veces en la vida de su pueblo el agua había tratado de conquistar los terrenos formados con el cieno de su laguna; varias veces aceptó el reto que los mexicanos le habían lanzado fabricando, a pesar suyo, sus tierras viviendo los hombres en el sitio que había sido hecho para los patos y los peces, los tules y las juncias.

Pero mientras Chalchiutlicue olvidaba su rencor, era la Xixiquipilihui, es decir, las olas que en aparente simétrico movimiento respondían a la invitación del viento o al impulso de sus embarcaciones pequeñas. Chalchiutlicue sin influencia extraña era esta diosa la que ayudaba a los hombre con la quietud de sus aguas en sus transportes, la que proporcionaba agua para regar sus chinampas, la que hacía vivir dentro de ella peces para que se alimentasen.

Mas cuando Ehecatl, el viento, recordaba y azuzaba su rencor encrespaba sus aguas, se agitaba y ya no era la Xixiquipilihui sino la Apozonallot o Acuecuciotl: "la agitación de las aguas" y cuando Tlaloc, su compañero, se unía a Ehecatl y hacía caer sobre ella su voz, la lluvia repetida con demasiada frecuencia, se trocaba en la enfurecida Atlacamani.

A la que los hombres levantaban grandes templos para no morir ahogados. (3) La conocían también por ahuic y ayauh, la que se mueve a todas partes o por mejor significarlo a una y otra parte. (4)

Esta diosa era hermana de Tlaloc y de todos los dioses menores de la lluvia —en general los dioses aztecas no tenían esposas— y le hacían grandes fiestas porque sabían que ella tenía poder sobre las aguas del mar y la de los ríos, para mover las aguas y ahogar a los que en ella andaban, para hacer tempestades y anegar las embarcaciones y las barcas.

(1) Spencer, op. cit. 133.

(2) Clavijero op. cit. I, 174.

(3) Torquemada, op. cit. II, 47.

(4) Clavijero, op. cit. I, 174.

Adorábanla además de las curanderas, en la advocación especial a la que nos referimos al hablar de las diosas de la medicina, los agricultores y los pescadores, los aguadores que vendían aguas en canoas y los que vendían el agua potable en tinajas en el tianguis. (1)

Las agoreras, llamadas atlautláchiaque, también eran devotas especialmente de Chalchiutlicue, porque ellas eran las que adivinaban el porvenir mirando en el agua. (2)

En realidad la importancia que esta diosa tenía era muy grande, demostrada primero por el adorno y riqueza con que siempre nos la presentan ataviada y después porque ella sola se encuentra presidiendo una semana de su Toncalamatl, es decir, sin presencia de varón, de ella como deidad regente hablamos en líneas posteriores.

Para Torquemada (3) esta diosa y Xochiquetzal son una sola, a la que Boturini llama Macuilxochiquetzalli, (4) sin embargo, los atributos de aquellas diosas son totalmente distintos.

Chalchiutlicue la diosa de las aguas verdes y azules, por ello los colores de su atavío, al repetir las tonalidades que presentaban las aguas al moverse y por eso, también llamaron a sus piedras azules chalchihuites.

En la mente indígena el agua y la serpiente se parecían por moverse ambas sin articulaciones.

En todas las ocasiones que vemos representada a esta diosa se encuentra vestida con el atavío que le es peculiar, su precioso traje está formado por el quechquemitl, cueitl y huipil, adornados con una ancha cinta verde y un gran disco de piedras preciosas que es el signo del chalchihuitl.

En el código Borgia la cara de la diosa está pintada de amarillo, color con el que sabemos se pintaban siempre a las mujeres o a los muertos, (que de este color participasen las mujeres y los muertos se explica, porque todos los que dejaban esta existencia volvían en una u otra forma al seno de su madre la tierra, haciéndose propiedad suya e identificándolos ella con una marca especial, su color), teniendo como señal especial en el borde inferior de la mejilla dos anchas y gruesas

(1) Sahagún, op. cit. I, 23.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. I, 197.

(3) Clavijero, op. cit. I, 174.

(4) Torquemada, op. cit. II, 48.

rayas negras hechas de caucho líquido, saliendo de las fauces abiertas de una serpiente. En las representaciones en piedra de la diosa, las rayas están indicadas por cavidades y líneas rectas.

El adorno nasal de la diosa tiene un cierto parecido con la forma peculiar de la nariguera de las diosas de la tierra, en el códice Borgia su nariguera tiene la forma de una serpiente de dos cabezas. Sobre su frente el peinado se levanta en dos bucles y rodeando su cabellera tiene una faja de discos de concha.

En el Telleriano Remensis, su tocado, su traje y el abanico de la nuca son de color azul; del tocado y del traje salen cintas igualmente azules que rematan en conchas, este motivo decorativo nos indica que la consideraban también como diosa del mar.

En el códice Borbónico (1) y en el Telleriano Remensis, lleva el abanico característico de los dioses de la vegetación, llamado Tlaquechpanyotl, que usaban sobre todo los dioses de los territorios esencialmente mexicanos. Lleva en su cabeza el tocado formado por la venda múltiple o amacalli, cercada de conchas en forma de discos, en este códice tiene su rostro pintado de color rojo con dos rayas negras en las mejillas y el resto de su cuerpo que puede verse de color amarillo, es decir, sus brazos, manos y pies. La placa nasal que lleva pintada de azul es la estilización de la mariposa. En este códice y en el Borgia su huipil remata en borlas pequeñas azules, hechas seguramente de algodón y su cueitl de color verde en un olán blanco plisado. Generalmente sus sandalias son de color blanco que rematan en ocasiones en lazos rojos y en otras en borlas de plumón.

En el Borbónico no usa ceñidor, en el Borgia lo lleva blanco. En el códice Borbónico en una de sus manos lleva el bastón de juncos de Tlaloc y en la otra una madera de forma peculiar que no se encuentra en ninguna otra de las deidades; en el manuscrito de Sahagún lleva el bastón de los dioses de la lluvia y en el Telleriano Remensis en una mano el huso con el hilo y en el otro el cuchillo de madera para fijar los hilos del tejido, símbolos de las ocupaciones femeninas.

(1) Láminas 5 y 8, respectivamente.

En los códices Borbónico, Telleriano, Tonalamatl y Borgia no de la figura de la diosa sale una corriente de agua que arrastra varias cosas consigo; en el Telleriano una caja hecha de carrizos, un sartal de piedras preciosas, un hombre con un haz de dardos y su rodela y a una mujer, el intérprete explica esto por "pérdida de la hacienda, muerte en la guerra y la venta como esclava de la mujer", (1) es decir, la inestabilidad de todas las cosas de la vida humana.

En el Vaticano B. arrastra la sarta de piedras preciosas, el haz de dardos, la mujer y el baúl; la mujer llevando en la mano algo que puede ser una sarta de cuentas preciosas y en la otra un penacho de plumas. En el Tonalamatl, se ve llevada por la corriente la mujer con el sartal y un varón. En el Borgia hay una diferencia, en lugar de que el agua arrastre consigo al sartal, lleva el tocado de la diosa de la tierra que en el Borbónico está colocado frente a ella y que Seler interpreta como el poder del agua que todo arrastra consigo, (2) sin embargo la significación bien puede ser otra, recuérdese que al nacer el niño, una de las ceremonias primeras que con él se realizaban era presentarlo a su madre la diosa del agua para que lo librara de inmundicias, es decir, de pecado, el intérprete del Telleriano Remensis asigna a la diosa de la tierra el nombre de Tlazolteotl, por lo que yo creo que esas corrientes de agua también pueden interpretarse como limpiadoras de la inmundicia de los hombres.

En el Tonalamatl de Aubin el agua lleva además un baúl indígena (petlacalli) con plumas de quetzal, otro con algodón crudo y perlas y piedras preciosas y más plumas de quetzal, simbolizando así que el poder del agua no respetaba la riqueza como antes no había respetado ni sexo, ni condición esforzada de varón.

Alrededor de ella, en todos los códices, se encuentran figuras representando las distintas ofrendas y las distintas maneras que los sacerdotes y en general todos los hombres, ofrecían a sus dioses con el jeroglífico de la media noche, indicando el tiempo en el cual se hacían los sacrificios.

En el código Borgia, debajo de la diosa, hay una figura

(1) Seler, op. cit. II, 187.

(2) Seler, op. cit. II, 190.

por demás interesante, es una representación de la estrella vaga, es decir, de un meteorito, de la que salen unos tallos, significando que de la inconstancia del agua tan grande como la de la estrella brotaban, sin embargo, tallos; recordemos que el pueblo azteca estaba para su producción agrícola sujeto fatalmente al agua de las lluvias. Chalchiutlicue, a pesar de su parentesco con Tlaloc, no enviaba las lluvias porque no tenía poder para ello, pero ella era el agua misma, la culebra de turquesas o xiuhtcoatl (1) que al serpentear entre las tierras haría verdear los campos, despertando a la vegetación del sueño profundo en el que estaba sumida; por eso en su Tonalamatl la mano que indica el día de fiesta de esta semana quinta, está marcando el día chicome quiauitl, es decir, el siete lluvia.

Mayagüel

Mayagüel es una diosa de origen cuexteca, de donde importaron su culto los mexicanos, a pesar de que despreciaban a los habitantes de esa región por su vida licenciosa y desordenada.

En la leyenda de su patria de origen, los inventores del arte de hacer el pulque, habían sido los dioses Tepuztecatl, Quatlapanqui, Tlilca y Papaztactzoaca, reunidos en la cumbre del Monte Espumoso, como el pulque, Popozonaltepetl e invitaron a algunos viejos y viejas para que lo probasen, debiendo tomar solamente cuatro jícaras que ellos les daban, un cuexteca sin embargo tomó cinco y perdió con la embriaguez la cabeza y la vergüenza, los dioses grandemente indignados trataron de castigarlo pero el avergonzado huyó con los suyos hacia Pantlan, (Pánuco), y son los cuexteca "que anduvieron sin maxtles imitando a su caudillo o señor que había descubierto sus vergüenzas por su borrachera, hasta la llegada de los españoles". (2)

Sin embargo, una mujer, Mayagüel, había sido la primera del género humano que supo agujerear los magueyes y sacar de ellos la miel, que fermentada había de ser el octli, pero

(1) Seler, op. cit. II, 273.

(2) Meade, op. cit. 116.

quien encontró primero las raíces que ponerle para que fermentase fué un varón llamado Pantecatli.

Entre los toltecas el pulque había de volver a ser descubierta por un varón llamado Papantzin, representando un importante papel su hija la bella doncella Xóchitl.

Con el nombre de Mayagüel divinizaron a la planta misma, la diosa que tenía 400 hijos, los innumerables dioses de la embriaguez, los "Centzontotochtin". (1)

Y cuando plantaban magueyes les hablaban como si dentro de cada uno estuviese la diosa mujer: "vamos que tenemos de arrancar y levantar a la estimable mujer, la de ocho en orden"... cuando los llevaban a plantar a la nueva viña les daban la bienvenida diciéndole y llamando también a la diosa de la tierra: "Madre y Señora, bien llegada seas a tu nueva casa"; cuando era tiempo ya de que el maguey produjese miel, tenían que sacarle el corazón, lo que se llama todavía la raspa del maguey, diciéndole: "Ea, ya ahora raspa y limpia tu obra, ha de ser dentro del asiento del corazón de la mujer, una de ocho en hilera, hazle de dejar la tez muy limpia y has de hacer que luego lllore y se melancolice y eche muchas lágrimas y sude de manera que salga un arroyo de la hembra, una de ocho en hilera". (2)

Para ellos la miel que la planta destilaba, era como sabemos por este conjuro las lágrimas que la mujer, la Mayagüel destilaba, seguramente porque le quitaban el corazón.

De otra de sus atribuciones como diosa de la fecundidad, nos referimos al hablar de las diosas de los patos. (3)

A Mayagüel la encontramos representando la deidad principal de la octava semana, del Tonalamatli, por un alto tallo, del que sobre sus hojas está sentada la figura de una mujer, pintado el rostro de amarillo en los códice Vaticano A y B y Borghia. En los códice Tonalamatli y Telleriano de rojo y en el Borbónico de color azul más claro que el color de los dioses del pulque.

En todos sus retratos tiene la diosa como adorno nasal la nariguera escalonada azul, no muy clara en el Borbónico, o

(1) Caso, op. cit. 27, el conejo es el símbolo de la beodez.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 174.

(3) Capítulo de ese nombre en el presente trabajo.

sea la estilización geométrica de la mariposa que usa Xochiquetzal, la yacapapalotl.

También a Mayagüel le adornaban con los símbolos de adorno más bellos que tenían la mariposa y la flor.

La mariposa como dijimos anteriormente en su nariguera, las flores decorando los cántaros y vasijas en las que llevaban el vino y colocadas sobre la superficie del líquido como ofrenda directa a ella. El pulque cuando no lo tomaban directamente, lo bebían por lo que nosotros llamamos ahora popotes y ellos "piaztli", (1) es decir, por tubos de aspiración.

En el Vaticano lleva en la mano una copa con una flor, en el Borbónico dos reatas, el simbolismo de la flor es claro, un poco más obscuro es entender el significado de las dos reatas del código Borbónico. Pueden dársele tres explicaciones: Sahagún en su libro I, (2) nos dice que el dios del pulque "es el ahogador, el que echa a las gentes por las peñas, el que las asesina con la reata, el que las ahoga en el agua y, en fin, el que las mata degollándolas como víctimas", la primera. La segunda puede estar significando las raíces con las que condimentan el pulque para que tenga una mayor fuerza embriagante y narcótica, llamadas oc patti. Y por último la tercera, que la diosa esté expresando otro de los productos que de su planta se obtenían.

Su tocado varía en los distintos códigos, en el Borbónico lleva el tocado de la diosa de la tierra, la faja de algodón crudo con los husos cruzados en el cabello, un ala de perdiz y unas plumas largas y amarillas, en el Tonalamatl lleva el adorno de la Chalchiutlicue unido a una alta corona; en el Borgia y en los dos Vaticanos son donde la diosa se muestra más original, presentándonos un adorno que presta a los dioses del pulque y que no sé por qué comparte Tlaloc; consiste en una faja de color blanco con azul de la cual caen tres puntas rematadas en nudos a ambos lados del rostro, en los extremos del tocado hay dos grandes rosetas que terminan en grandes borlas en número igual que sobresalen como pendientes detenidas por cordeles.

Su traje generalmente es blanco, del color del líquido de

(1) Seler, op. cit. II, 241.

(2) Op. cit. I, 238.

su planta, aunque en el Vaticano B, en una de sus representaciones su traje es de color leonado. En los códices Borgia y los dos Vaticanos lleva además la pequeña capita triangular de la Huasteca o "quechquemiltl".

Frente a la diosa, (1) está representado un simbolismo mediante un cántaro de pulque, convexo de dos asas, de base redonda con la bebida derramándose y su superficie adornada con flores "que simbolizan lo agradable de ella, el sabor y el aroma". (2)

En el Vaticano B, bajo la superficie de espuma de la bebida, emergen dos cabezas humanas saliendo de la boca del cántaro y que corresponden respectivamente a una deidad masculina y otra femenina del pulque.

En el Borgia (3) y en el Vaticano se indica además de estos signos el de la separación entre el día y la noche, marcando así el tiempo en el que se celebraban los festejos bebiendo pulque, generalmente de noche.

En el Tonalamatl de Aubin en el borde inferior de la lámina correspondiente una pareja, un hombre y una mujer de bebedores.

En el Borbónico en la esquina inferior derecha está un hombre teniendo frente a sí copas llenas de bebidas y en el extremo se indica que el pulque era la bebida de los guerreros que sucumbían en el sacrificio porque su figura está adornada además de con los símbolos guerreros con los signos del sacrificio.

La Mayagüel al fin deidad femenina, está acompañada en unos casos de Cinteotl el dios de la abundancia, porque la abundancia era indispensable para que se usase de esa bebida, abundancia de tiempo (4) porque debían haber transcurrido la mayor parte de las horas del día para que se celebrase, abundancia económica e inclusive de años porque hasta la vejez era cuando podía tomarse todo el que se quisiera.

En otros casos le acompaña Tezcatlipoca o Macuilxóchitl, porque ambos son dioses del baile y de la alegría y ella al fin

(1) Seler, op. cit. II, 238.

(2) Seler, op. cit. II, 240.

(3) Borgia, lámina 68 y Vaticano lámina 58.

(4) En el Tonalamatl de Aubin sobre la figura de la diosa se ve el signo tlapoyana simbolizando la hora en que se celebraban los festines con pulque.

"es la mujer como guacamaya", (1) la que al perturbar los sentidos hace que los hombres normalmente callados se vuelvan alegres y parlanchines y den tantas voces como la misma guacamaya.

Sin embargo, su importancia es grande, del maguey se obtenía no solo la bebida productora de energía, según pensaban, que tomaban los ancianos para que volviese a calentar su sangre y las mujeres próximas a ser madres como medicina intensificadora de la energía vital, (2) sino también hilo, agujas, papel, vestido, calzado y cuerdas.

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 213.

(2) Esta idea no fué privativa del pueblo azteca, en pueblos europeos de cultura superior como el romano, el vino representaba este mismo papel.

DIOSAS DE LA TIERRA

Coatlicue

La única diosa realmente mexicana cuyo culto no fué importación extraña a su nacionalidad fué Coatlicue, la mujer madre del dios más importante de la tribu —y ¿por qué fué precisamente una mujer y no una diosa la madre de Huitzilopochtli?— porque en su mente sencilla magia y religión se confundían porque, el nacimiento del dios principal debía presentarse al pueblo como un acontecimiento sobrenatural, fuera del cotidiano acontecer; nacido de una diosa habría sido un dios más, nacido de una mujer por voluntad divina era un hombre cuyo poder le había sido atribuído mágicamente.

Coatlicue la de la falda de serpientes nombre que se le dará posteriormente como diosa de la tierra, simboliza la mujer rodeada de sabiduría, envuelta en ella. Coatlicue como diosa es sabia por excelencia, su sabiduría es pródiga, ella se prodiga como madre que es del género humano que importa que sus hijos hayan sido doscientos, cuatrocientos o seiscientos, (1) el símbolo es el mismo.

El hombre primitivo diviniza lo que no conoce, lo que teme, o lo que admira. El motivo de la deificación de la serpiente no pudo ser la primera actitud mental, el azteca conocía a la serpiente porque la reprodujo como su motivo ornamental preferido, a la perfección multitud de veces, tampoco la temía porque no estaba asociada a ninguna de las divinidades particularmente adversas de su panteón. Su admiración —actitud mental a la que eran particularmente afectos— sería el motivo, ¿pero qué característica de ella les impresionaría más profundamente? se-

(1) Torquemada, op. cit. II, 61.

ría verdad como lo supusieron los misioneros y los cronistas que ellos habían sabido del papel que le serpiente había jugado en el negocio del paraíso. El motivo verdadero no sería que ellos pensasen en la serpiente como el ser de la creación que más íntimamente estaba ligado con la tierra por la falta de extremidades en las que elevarse? ¿por qué al necesitar apoyar su cuerpo íntegramente sobre el suelo debía sentir mejor todo el palpitante de la tierra? ¿quién podría entonces representarla mejor?. Por otra parte su reptar, el desplazarse de manera distinta a la de los demás animales que ellos conocían, les impulsó a pensar en ella como en un ser distinto, sus movimientos rápidos a pesar de la falta de extremidades y su larga vida —recuérdese que entre ellos el signo de sabiduría por el que sentían mayor respeto era la ancianidad— terminarían de completar su simbolismo. Así como Huitzilopochtli es el ideal masculino del pueblo azteca, Coatlicue no sólo es el ideal femenino, sino el ejemplo permanente de lo que debían ser las mujeres. En la breve descripción que de su vida nos hacen diversos cronistas (1) se muestran acordes en concederle ciertas cualidades a cuya exaltación y conservación tendrá siempre la educación de las doncellas aztecas: la obediencia, el respeto a sus dioses, la conformidad con lo que ellos les manden, el cumplir fielmente con las obligaciones de su estado y de su rango.

Pero además de la exaltación que se hace en este mito de la mujer se marcan los lineamientos que debe seguir su vida protegida y guardada siempre por un varón. En este caso Huitzilopochtli, que la defiende de su hija Coyolxauhqui la luna, (2) que encabezaba el movimiento de ataque en contra de su propia madre, azuzando el dolor de los hijos por el pecado que ellos creían su madre había cometido. Uno sólo de todos ellos y eran legión, puesto que eran las estrellas (3) logra vencer este rencor y corre a avisar a su madre del inminente peligro en que se encuentra. —¿Cuál es la actitud que según la leyenda, ella asumió?—; correr al templo de sus dioses, no a lamentar la injusticia del fallo sino a interrogar, simplemente, el por qué de su castigo. —¿Tendría cabida en nuestra mentalidad, una acti-

(1) Clavijero, op. cit. I, 176.

(2) Torquemada, op. cit. II, 161.

(3) Caso, op. cit. 28.

tud de mayor resignación que esa?, ¿de mayor sumisión a los dioses?

El culto a Huitzilopochtli es una supervivencia de su pasada vida nómada y la mayor importancia que concedían al dios de la guerra símbolo de la fuerza y el valor es el índice del que podemos deducir el grado de desarrollo cultural que los aztecas habían alcanzado antes de su definitiva instalación en Tenochtitlán.

Huitzilopochtli nace siendo ya un hombre armado con todas sus armas, con su brazo y su pierna izquierdas totalmente cubiertas de plumas de colibrí de donde se derivó su nombre colibrí zurdo (otra manera de demostrar la admiración que sentían por todo lo que estaba fuera del orden natural); las plumas juegan importante papel en esta leyenda, de plumas había sido el ovillo que Coatlicue su madre había guardado dentro de su huipil y de donde había nacido Huitzilopochtli. Torquemada afirma que esta leyenda tiene origen tarasco, porque entre ellos la imagen de su dios principal se hacía con plumas de colibrí, (1) de cualquier manera para ellos las plumas representaban lo más preciado. (2)

Coatlicue era adorada también bajo el nombre de Coatlictonan, es decir la diosa de las flores a quien ofrendaban los Xochimiquenses o mercaderes de flores en el tercero de sus meses, preciosas coronas de flores en su templo de Tenochtitlán llamado Yopico. (3)

Para Chavero, Coatlicue y Chimalma se identifican, ambas son el astro redondo que crea y produce, el que alimenta a los hombres y que era en su mitología la madre de Quetzalcoatl, (4) y con Cihuacoatl; sin embargo esa identidad no es posible considerarla como cierta porque las dos diosas citadas, Chimalma y Cihuacoatl son deidades de importación.

A Coatlicue le decían los que iban a sembrar calabazas: "princesa tierra que estás con la cara hacia arriba, ahora te amonesto que no te avergüences cayendo en falta, no empieces a

(1) Torquemada, op. cit. II, 41.

(2) Recuérdese la unción con que una vez al año sacaban al sol las plumas de su dios Huitzilopochtli.

(3) Torquemada, op. cit. II, 41.

(4) Chavero, op. cit. I, 103.

rezongar y rezongando dejes de cumplir con tu obligación; (1) porque antes ya le habían dicho que hiciese fructificar la semilla

Los que iban de viaje llevando cargas al final del conjuro que a manera de oración repetían, decían: "y tú señora tierra cari golpeada (porque la pisan), no me ofendas, no me lastimes, ya que eres un conejo boca arriba, que aquí se quebantaban, aquí se abren de los pechos conejos boca arriba" (invoca a la tierra llamándole con el nombre que en los conjuros más frecuentemente le daban). (2)

"Ea ya ven madre mía señora (diosa) de la tierra (decíanle los que iban a cazar venados cuando llegaban al monte)... verdaderamente es la casa y vivienda del espíritu de las siete rosas que es la carne gorda y gustosa para mi hermana la culebra que tiene cara de león (Coatlicue) y por la dicha carne ayer y anteayer ha llorado mi hermana la diosa Xochiquetzal" (3) y justificaban el ir a cazar los venados no porque quisiesen llevarlo a Xochiquetzal, sino porque: "me causa enojo el verte herida en tantas partes como te andan cavando los espiritados de siete rosas dueños (los venados por las astas de sus cuernos) y que habitan las tierras de los dioses (en los montes donde creían que habitaban los dioses de la lluvia que hacía fecunda la tierra para que produjese), que esas tierras son el recreo de mi hermana la diosa culebra (Coatlicue) con cara de león, (4) mi madre estruendo de la tierra".

A la tierra le temían cuando se estremece y cuando temblaba por que pensaban que era señal de que el maíz se acabaría y el que hubiese se pudriría y para que esto no sucediese si en el lugar donde temblase estaba una mujer próxima a ser madre, rompían todas las vasijas que tenían cerca.

Coatlicue era la vieja diosa de la tierra, más vieja aún que los astros como que de ella había nacido el joven sol Huitzilopochtli y era dentro de ella, a su casa donde iban a morar todos los astros, al tillan, al sitio de oscuridad. Por eso su templo en el teocalli mayor, es decir en la casa de su hijo era un sitio de oscuridad profunda.

(1) Ruiz de Alarcón, op. cit. 178.

(2) Ruiz de Alarcón, op. cit. 157.

(3) Ruiz de Alarcón, op. cit. 163.

(4) Ruiz de Alarcón op. cit. 162.

Coatlantonan.

En el último día del segundo mes del año hacían una fiesta solemnísima que llamaban Ayacachpíxolo en la que llevaban a su diosa Coatlicue, llamada en esta ocasión Coatlantonan las primeras flores del año, las primicias que debía gustar ella sola, extraña diosa egoísta que amaba tanto las flores que no permitía que ninguna mortal se recease en ellas hasta después de ese día.

Mientras todos los maestros de hacer flores del barrio de Yopico estaban dedicados a confeccionar las alfombras y enramadas que debían adornar el templo de la diosa, las mujeres preparaban su ofrenda, un platillo que estaba dedicado especialmente a la diosa, unos tamales hechos de bledos llamados tzatzapaltamali.

En la fiesta en honor de Coatlicue, las mujeres y los varones bailaban entrelazándose, pero exclusivamente las mujeres casadas y las mujeres públicas; las doncellas llevaban en sus manos toda clase de alimentos que iban a depositar a los pies de la diosa, y como las flores podían cortarlas hasta que llegase el último día del segundo mes como ya dijimos se adornaban con maíz abierto en flor o momochtli dispuesto en collares y guirnaldas.

En realidad todo lo que podían ofrecer a la diosa les parecía poco, quizá entendían que en su confusa mitología ella era realmente la única suya y por eso bailaban también en su honor nos dice Sahagún los reyes de Tacuba, Texcoco y Tenochtitlán. (1)

Toci o Teteoinnan,

La diosa Toci es un desdoblamiento más de la personalidad digamos de la fuerza vital que reside en la tierra, el seno de donde brotan las plantas para el necesario alimento de los hombres.

El culto de la diosa de la tierra con sus atributos de fertilidad de productora de vida es común a todos los pueblos primitivos.

(1) Op. cit. I, 85.

Los aztecas temían sin sospecharlo todo aquello que no tenía dueño por eso su preocupación de encontrar muchos dioses, muchas divinidades que tuviesen bajo su dominio todo lo que fuese capaz de ser aprendido por sus sentidos. Era más lógico dentro de su mentalidad trocar el temor a lo desconocido por el miedo que sentían de sus dioses.

Toci es la madre más antigua de los dioses por eso le llaman también la Teteoinnan, a pesar de la identidad que pudiera suponerse entre esta diosa y la Omecihuatl, se trata de dos deidades distintas, el culto de esta diosa había sido importado de la Huasteca donde representaba un importantísimo papel. Toci entre los Totonacos era la diosa más importante de su religión y a la que dedicaban un culto preferente. (1) En ella se fundían los conceptos del amor, de la muerte y de la guerra (2) para los totonacos, y en su sensibilidad excepcional sólo le ofrecían flores y pájaros. Nunca en la mentalidad azteca cruzó el pensamiento de conceder la importancia primordial a una diosa, la divinidad femenina necesita siempre de un dios acompañante de los mismos atributos y que tenga más radio de acción en la mayoría de los casos, sólo en la Huasteca, y en el Totonacapan la mujer era considerada como deidad preferente. Importadas de estas dos culturas la mayoría de las deidades femeninas del panteón azteca y aún así, perdiendo en todos los casos de preponderancia manifiesta que tenían en su país de origen.

La diosa de la tierra de los totonacos, había quedado reducida a ser la patrona de las parteras, de las médicas y las herbolarias, (3) y la esposa del dios más importante de los aztecas: Huitzilopochtli.

La Toci totonaca y la Teteoinnan (lám. 3 del Tell. Rem). huasteca se identifican hasta fundirse en una sola en la mentalidad del pueblo que nos ocupa, a la que dedicaban la fiesta solemnísima del Ochpaniztli, en el undécimo mes de su calendario religioso y cuyo nombre significa el barrido del camino, en las representaciones a esta diosa correspondientes a este mes en los Tonalamatls de los distintos códices mexicanos, la diosa lleva en su mano derecha la escoba o tlapanoni, por eso

(1) Mendieta, op. cit.

(2) Enrique Juan Palacios, Totonacapan, México, 1941, 108.

(3) Seler, op. cit. II, 362.

entre ellos consideraban como un deber impuesto por su religión barrer y en la fiesta predicha se barrían todas las casas y sus dependencias, las calles y los caminos, los baños o temazacales, los canales y las fuentes (1) y hasta el camino u ochpantli; era verdaderamente la fiesta de la limpieza, en la que la ciudad entera brillaba como la casita de plata que sedujo al conquistador, por eso se explica el celo cristiano que los misioneros pusieron para evitar que los indios siguiesen siendo limpios, si veían en ello la supervivencia de los ritos de su gentilidad. Mas la limpieza de esta fiesta no era puramente externa llegaba más allá de los límites de la naturaleza corpórea, el espíritu también necesitaba despojarse de la "suciedad" que el pecado había arrojado sobre él y era la ocasión en que los corazones como las casas quedasen limpios, este era el tiempo que los adúlteros aprovechaban para la confesión de sus pecados y por ello en el código Tonalamatl, (2) sobre el templo oscuro de la casa de la diosa va cayendo un hombre con los ojos vendados, (ciego por el pecado) el pecador lleva en el cuello la culebra de dos cabezas que Seler identifica con el yugo del sacrificio.

La modalidad de esta diosa como protectora de las lavanderas, como diosa que era de la limpieza, la tomaron los aztecas de los tlaxcaltecas, (3) entre quienes la diosa Toci tenía esa advocación y por eso las mujeres aztecas le pedían habilidad para saber hacer mejor esta labor. (4)

La fiesta del Ochpaniztli empezaba con un baile que se prolongaba por trece días, cinco antes de que la fiesta llegase y ocho a continuación de ella. La parte esencial de la fiesta no era el barrido del camino sino el considerarla como decíamos esposa de Huitzilopochtli, antes de la fiesta ya los sacerdotes de este dios habían escogido una doncella, para que representase a la diosa durante esta fiesta a la que llegado el día ataviaban con la indumentaria típicamente huasteca de la diosa.

La rica policromía de su traje se veía lucir en muchas y distintas partes, todos los señores, toda la gente del pueblo

(1) Paso y Troncoso, op. cit. 133.

(2) Seler, op. cit. II, 402.

(3) Clavijero, op. cit. II, 178.

(4) Las mujeres aztecas lavaban con el fruto del Copaxtli y para su persona usaban el amolli, Clavijero, I, 295.

deseaba agasajar a la que ellos consideraban como diosa para que no estuviese triste porque entre ellos era señal de muy mal agüero, la esclava de sus dioses con paso lento y grave señalado por los sacerdotes y acompañada de todo el pueblo se llegaba hasta el templo de Huitzilopochtli donde se prosternaba a los pies del ídolo que le representaba y después pausadamente también, se unía al que en su mitología era hijo de ambos, Cinteotl, este era el acontecimiento más importante de la fiesta por el que esperaban que sus cosechas fuesen abundantes y ricas, la fertilización de la tierra la comparaban con el matrimonio y pensaban que todas las noches al llegar y ocultarse el sol dentro de la tierra, se unía en matrimonio con ella.

Seler nos dice, (1) que a la doncella que representaba a la diosa le decían en el momento que era escogida, las parteras: "Alégrate que esta noche serás esposa del rey Moctezuma", esta frase seguro que se usó hasta el reinado de Moctezuma II, en el que su despotismo era tal que el pueblo empezaba a creer en el destino divino de su rey, pero anteriormente deben haberse referido esas palabras directamente a Huitzilopochtli, el dios preferente de su nación.

Acompañada de su hijo Cinteotl la diosa se dirigía a su templo pero el camino le era estorbado por jóvenes guerreros que armados le provocaban a pelear, y aunque de la Serna en su obra, (2) nos dice que quienes peleaban en honor suyo eran las médicas y parteras que divididas en dos bandos se arrojaban con pelotas de paxtli y tujle, nopales, tunas, zempoaxuchiles, durante cuatro días después de los cuales le ofrecían los sacrificios acostumbrados, sabemos que a esta diosa le consideraban también como deidad guerrera y algunas veces se la presenta ataviada con el maxtlatl, la prenda masculina por excelencia.

Al quinto día, la media noche o yohual nepantla Tonatiuh, se iluminaba con las llamas de las teas resinosas que la gente del pueblo llevaba para alumbrar la escena en la cual un sacerdote conducía a sus espaldas como a la desposada a casa de su novio, a la doncella esclava que había estado represen-

(1) Seler, op. cit. II, 338.

(2) Op. cit. 320.

tando a la diosa durante estos días para ser degollada en el templo de Huitzilopochtli, su esposo, las llamas temblarían de espanto al ver la rapidez con que los sacerdotes despojaban al cadáver de su piel y como fabricaban la mexayacatl, la máscara de la piel de los muslos que colocaban al sacerdote que iba representando a Cinteotl el dios del maíz, hijo de la diosa que con el copilli el gorro cónico de la Huasteca era temido como dios del frío. (1)

Después de su muerte cuando el sol había dejado el mundo de los muertos hacían un juego que consistía, dice Sahagún (2) en colocar en una cazuela plumas y greda y pretender todos los jóvenes coger de él sin que los dejase el sacerdote que se había vestido con los despojos de la diosa, que peleaba contra ellos apedreándolos, y si todos deseaban coger las plumas era porque entre ellos eran símbolo de honores y riquezas.

Tenemos otra versión, también igualmente interesante, que nos refiere como ocupaba la esclava que representaba a la diosa de la tierra los últimos días de su vida, Durán (3) que es nuestro asesor, nos refiere como la escogían de entre las esclavas mayores (y no a una joven como la que había de representar a Xilonen) debía tener entre 40 y 45 años.

Faltando 20 días para la fiesta la encerraban, para que no cometiese ningún pecado, le daban eso sí, a siete médicas para que le sirviesen en todo lo que ella necesitaba y le traían una carga de henequén para que lo rastrillase, lo lavara, lo hilara, para hacer una tela que tejía fuera del templo mientras las y los jóvenes del pueblo bailaban para ella; la víspera de la fiesta debía haber terminado de confeccionar una falda y un huipil y la llevaban a que lo vendiese al tianguis, para que todos entendiesen que aún la madre de los dioses se ocupaba como mujer que era de hilar y tejer y como no desdeñaba ir a vender al mercado conducida por sus servidores huastecos, el producto de su trabajo para tener con que mantener a ella y a sus hijos, en realidad el acto era puramente simbólico y ella no vendía la ropa. Seguramente por esto también en el

(1) Juan A. Mateos, *Índice Iconográfico*, sin publicar todavía y cuyo original tuve en mis manos por gentileza especial de su autor, a quien desde aquí envío mi agradecimiento.

(2) *Op. cit.* I, 235.

(3) *Op. cit.* II, 188.

tocado de la diosa Toci se encuentran siempre los dos husos hilados, su tocado hecho de algodón crudo y como adorno en ocasiones copos de algodón colgando de la nariz, dice Durán, (1) aunque todavía no me es dado encontrar a la diosa en ninguna de sus distintas representaciones con este especial adorno.

Cihuacoatl

La mujer serpiente, (2) tampoco era una diosa azteca, había hecho un viaje menos largo que Xochiquetzal y Tlazolteotl, porque ella no venía de Tamoanchán, su culto había sido importado de Colhuacán. (3) Reverenciada también en Chalco Xochimilco, y Texcoco había logrado, cuando los hombres de España vinieron a cumplir su destino que desde arriba les estaba señalado, un sitio preferente en la mitología azteca.

Cihuacoatl era para los aztecas según dijeron a los frailes, la primera mujer que había tenido hijos sin importarles ligar esta idea con la que del origen de la humanidad de antemano tenían: los primeros hombres —como sabemos— habían sido creados por Xolotl y los otros dioses menores y bien pudo haber sido que la primera mujer, aquella niña que Xolotl había criado con leche de cacto hubiese sido Cihuacoatl. Es seguro que ellos así lo pensasen porque aunque sin expresamente especificado, Sahagún, la asocia con la idea cristiana de Eva, (4) agregando que fué engañada por la culebra de donde tomó su nombre, que como todas las diosas entre los aztecas no era el único, múltiple, son las advocaciones que tienen casi la totalidad de las diosas, sólo hay una tan importante que no necesita de ninguna otra, Coatlicue.

El significado de su nombre no es el literal de la palabra, ella no era la mujer de la culebra, sino la mujer de los mellizos, de los gemelos, de los cuates, la primera que en el mundo había tenido hijos —por lo que también la llamaban Tonantzin, (5) reconociendo en ella su origen—, sin concurso de varón, dice Torquemada, (6) y estos como todos los que de ella

(1) Op. cit. II, 189.

(2) Sahagún, op. cit. I, 18.

(3) Selser, op. cit. II, 372.

(4) Sahagún, op. cit. I, 19.

(5) Sahagún, op. cit. I, 18.

(6) Torquemada, op. cit. 61.

nacían (1) habían sido llamados gemelos o cocohua (2) que quiere decir culebra, a ella misma en el código Mendocino, se le llama la mujer melliza y la encontramos representada por una serpiente en forma de media luna y sobre la cabeza del ofidio una cabeza de mujer dibujada de perfil —es muy raro que en las representaciones pictográficas mexicanas, encontremos figuras de frente.

Los hijos de Cihuacoatl dice Torquemada, (3) eran un varón y una mujer en cada ocasión y escribe que de los dos nacimientos primeros de la diosa, vinieron al mundo Caín y Abel. (4)

Cihuacoatl aparecía frecuentemente entre los hombres, vestida de blanco, (5) peinado su cabello en dos grandes roles cruzados sobre la frente, peinado característico como ya dijimos de las damas nobles, llevando a sus espaldas como acostumbraban y acostumbraban las mujeres indígenas a su hijo sobre una pequeña cunita, sin que nadie por su exterior supusiese que se trataba de la divinidad, llegaba al tianguis y se sentaba cerca de las mujeres; al poco tiempo de estar allí se levantaba dejando la cunita encargada a la principal de las mercaderes, la que vendía joyas (6) y jamás regresaba por ella. Cuando las sombras de la tarde empezaban a caer sobre los hombres miraban la cunita abandonada y con asombro veían que en ella se encontraba un pedernal en el sitio donde debía hallarse un niño, "el cuchillo del sacrificio hijo de Cihuacoatl" (7) repetía miedoso el pueblo y remedaba con sorna el eco.

El aviso se daba inmediatamente a los únicos que podían interpretar los mensajes de los dioses, a aquellos que eran los medianeros con la divinidad: los sacerdotes, que sin que el pueblo lo supiera habían sido, dice Durán, (8) —participando del criterio que hace de los sacerdotes de los pueblos primitivos, los pillos de la vida moderna— los autores de esa "mala invención para tener más cautivos que ofrendar a sus dioses".

(1) Clavijero, op. cit. I, 170.

(2) Torquemada, op. cit. 61.

(3) Torquemada, op. cit. 61.

(4) Es infantil el deseo de encontrar puntos de concordancia entre la mitología azteca y la religión cristiana.

(5) Sahagún, op. cit. I, 19.

(6) Durán, op. cit. II, 180.

(7) Durán, op. cit. II, 176.

(8) Durán, op. cit. 176.

Los sacerdotes con todo ese aparato exterior de que habían rodeado las ceremonias del culto, transportaban con grandes manifestaciones de tristeza el pedernal hasta el templo de la diosa —no hemos encontrado la especificación de a cual de los dos templos que la diosa tenía ubicados dentro de la traza del templo mayor se refería Durán—, si al Tlillancalmecac al que corresponde el número doce según Sahagún, (1) o al Atlauhco o número 60, la Cihuacoatl de la grande boca entreabierta, (2) que de esa manera había significado a los hombres su hambre, el deseo de alimentarse con el manjar predilecto de sus dioses: la vida.

Cada aparición de la deidad con forma humana, costaba a los hombres el sacrificio de muchas vidas, que se agregaban a la que cada ocho días ofrecían sus sacerdotes de entre los cautivos de guerra, que para ese fin les obsequiaban los señores de Tenochtitlán, (3) en su honor estos prisioneros eran sacrificados de la manera más usual y arrojados gradas abajo del templo, después de haberles cortado un muslo con cuya piel harían la máscara, que había de distinguir a la diosa como una deidad de la tierra y que haría que el primero de sus templos citados, estuviese siempre en profunda oscuridad, interrumpida a veces por la escasa luz que podía penetrar por la única y pequeña puerta de la estancia, permitiendo adivinar los bultos adosados a las paredes de los tecuaquiltin, (4) es decir los ídolos grandes y pequeños con sus caras pintadas de negro con vestidos y tocados de papel pintados con ulli de donde los sacaban en procesión cuando tenían alguna necesidad especial.

Cihuacoatl es otro modo de llamar a la tierra, a la que acogerá a todos en su seno algún día y convertirá nuestros cuerpos en ella misma.

El proceso que los aztecas creían, sufrían los cuerpos al dejar esta vida, se reducía a que Mictlantecuhtli y Mictlancacihuatl comiesen a los muertos los labios, a la pérdida de la sensibilidad manifestada en la vida humana, por una profunda repulsión a toda clase de sabandijas, que una vez llegados dentro de la casa de la tierra, transitarían libremente por sus ca-

(1) Sahagún, op. cit. I, 220.

(2) Durán, op. cit. 171.

(3) Durán, op. cit. 176.

(4) Durán, op. cit. 172.

bellos como símbolo de la oscuridad que dentro de ella reinaba.

Por eso las representaciones en piedra de las Cihuapipiltin, las diosas duendes que han llegado hasta nosotros, nos las muestran con los dientes descarnados de los muertos y los cabellos hechos en maraña. Estas diosas bellas princesas de la casa del sol durante el día, se tramutaban durante la noche después de cruzar la tierra, en las brujas aztecas que espantaban a los hombres y a los niños.

La única manera de acallar un poco el temor que tales divinidades producían era considerarlas sujetas a algo o alguien. De sus diosas propias y extrañas, Cihuacoatl respondió por doble motivo a esta necesidad, en primer lugar había sido la primera diosa que había sido madre, condición indispensable para ser considerada Cihuapipiltin, en segundo, era una diosa de la tierra es decir quien devoraba al sol dejando a los hombres envueltos en la oscuridad, que asociaban en cierto modo con la muerte.

Vida y muerte se encuentra pues en el pensamiento azteca, profundamente unidos, así como el sol en su cotidiano brillar y desaparecer, nos marca que todo vuelve al punto del cual partió, la vida, vuelve al final de su existir a acogerse en el seno de su madre Cihuacoatl Quilaztli y la llaman en metáfora de eternidad:

... "tú rama del pino
Quilazteotl vieja (diosa), tú rama de pino
ve oh Quilazteotl
en la mano tienes tu rama de pino, (1)

la naturaleza es el tema presente siempre en la poesía azteca, en este caso las perennes hojas de los pinos fueron en claro símbolo: la eternidad, que la diosa tiene en sus manos, porque ella es lo único eterno, se extinguirá el sol pero la tierra continuaría, creían ellos, entonces sí imposible su vivir.

Porque la tierra es dinámica y rebelde por excelencia, la impasibilidad se lleva mal con el eterno destruir para volver a hacer de la naturaleza, por lo que el hombre tiene que arrancar a la diosa su alimento:

(1) Sahagún, op. cit. V, 168.

"...a la que forma nuestra carne,
el fruto del maíz y la sementera" (1)

porque ella posee espinas de maguey, es decir, abundancia y prosperidad:

"...la espina de maguey descansa en mi mano....
la espina de maguey está en mi mano,
con mi tabla de sonaja siembro yo,
con ella cavo la tierra,
el haz de hierbas, (2) está en mi mano
en el campo del dios
en el báculo de sonaja se apoya en ella". (3)

Yo haré, hablando como en la poesía en nombre de la diosa, que fructifique la tierra no con la sonaja, como en sentido figurado se dice, sino con la "sangre de mis víctimas", por eso ella y todas las deidades de la tierra llevan símbolos guerreros en sus atavíos.

La tierra no se entrega sin lucha, ni compensación, tiene que ser vencida y regada con el líquido precioso, por eso el canto anterior termina con un llamado a la guerra:

"ha amanecido, ha amanecido la mañana de la guerra
que se levanten mis guerreros,
que queden todos los enemigos aniquilados". (4)

En las citas anteriores se explican los otros nombres de la diosa: Yaocihuatl, la mujer del guerrero y Quaucihuatl, la mujer del águila, unidas en dos advocaciones de una misma diosa, las dos asociaciones guerreras más importantes en la sociedad azteca; los caballeros águilas, guerreros de la tierra y los caballeros tigres los guerreros del sol, "yo, dice ella, regalo las plumas de águila", es decir, concedo honores y riquezas a los hombres valientes a: "mis guerreros". (5)

Ella es además de la patrona de las Cihuateteo, (6) la Yaocihuatl, como decíamos, la mujer del águila y así la nombran cuando la invocan diciéndole:

(1) Seler, op. cit. II, 375.

(2) Que Seler traduce por escoba.

(3) Sahagún, op. cit. V, 120.

(4) Seler, op. cit. II, 376.

(5) Seler, op.cit. II, 377.

(6) Caso, op. cit. 30.

"el águila, el águila Quilaztli,
está pintada con sangre de serpiente;
plumas de águila forman su corona. (1)

Pero poco a poco a pesar de que Cihuacoatl encontrase siempre la manera de insistir en el sitio de su procedencia:

"el alto ciprés (la defensa, el amparo) del país
de los chalmecca, la diosa del Colhuacán

y en otra parte:

con ella puesta (la corona de plumas del águila
fué traída de Colhuacán, acá, (2)

especificando además que ella es algo distinta de la tierra:

"que se aniquile el país (la tierra)
mi patria es Colhuacán, (3)

se le convirtió en una deidad hermana de Huitzilopochtli, a quienes servían las mismas doncellas que a aquel, que tenían sus templos contiguos (4) y de cuya fiesta participaba Huitzilopochtli. Ahora sí estamos dentro de la medida de nuestros conocimientos, capacitados para responder a las preguntas que particularmente me interesaron acerca de esta diosa. ¿Por qué el segundo personaje del imperio (5) era Cihuacoatl? ¿Por qué ese nombre se le daba al jefe del ejército de México?

En un principio, como dice Chavero, efectivamente el Cihuacoatl era simplemente el jefe de los sacerdotes de esta diosa, pero posteriormente se fué elaborando como dijimos antes, el pensamiento de una hermandad entre la diosa y Huitzilopochtli, precisamente cuando nació la idea del Tlacatecuhtli, idea más elaborada que la del jefe-sacerdote; cuando se veía en él un compendio sublimado de las virtudes que debían tener los varones aztecas cuando por decirlo de una vez empezaba a reconocerse una identidad entre el Tlacatecuhtli y Huitzilopochtli, que se agudizaría especialmente con el último emperador azteca.

Al verificarse este paralelismo debía colaborar con el se-

(1) Sahagún, op. cit. V, 119.

(2) Sahagún, op. cit. V, 119.

(3) Seler, op. cit. II, 377.

(4) Durán, op. cit. II, 177.

(5) Moreno Sánchez, op. cit. 67.

ñor de los aztecas alguien, que reuniese entre otras cualidades la para ellos suprema del valor y que estuviese además relacionado más o menos íntimamente con Huitzilopochtli; la avocada debió haber sido Coatllicue, pero recordemos que Coatllicue no era ni con mucho una deidad guerrera; Cihuacoatl, en cambio, la ya entonces hermana de Huitzilopochtli, era la mujer del guerrero y la mujer del águila y entonces por concate-nación el simple jefe de sacerdotes de la diosa Cihuacoatl se convirtió en un personaje importantísimo dentro del Señorío azteca, al ser nombrado jefe de sus ejércitos y posteriormente presidente diremos del consejo de los 80 y consejero del rey; aún Acamapichtli antes de ser Tlacatecuhtli fué Cihuacoatl.

A pesar de su cargo digamos político, el Cihuacoatl debía continuar sus funciones religiosas e inclusive vestirse de mujer con el atavío, claro está, de la diosa para tener mayor afinidad con ella, por ejemplo, en el mes Ixcalli, en la fiesta del crecimiento. (1)

La fiesta que en honor suyo se celebraba era la llamada fiesta de los señores o Tecuilhuitontli, en la que bailaban los sacerdotes y los principales señores; todas las ceremonias de la fiesta están detalladas prolijamente por los cronistas y no creemos de mayor interés repetir las aquí, antes su omisión serviría para hacer menos extenso este trabajo, bástenos decir que en esta fiesta de los señores, también las mujeres, pero exclusivamente las nobles, asidas de cuerdas cubiertas de flores o xochimecatl y todos los presentes, debían llevar flores en las manos, (2) que en la fiesta de los muertos eran oceloxochitl y kakaloxochitl las que se iban a depositar a los pies de la diosa, (3) ofrecimiento al que llamaban xoxipaina o xoxiqalaqia.

A pesar de que con especial empeño no me he referido a ninguna de las representaciones en piedra que de las distintas diosas han llegado hasta nosotros, quiero mencionar una preciosa escultura descubierta en una de las calles de la ciudad de México, este trabajo estaba a punto de ser terminado y sobre cuya identificación todavía no se ha dicho la última palabra. En mi entender se trata de una representación de Cihuacoatl, con ser precisamente una deidad guerrera. La escul-

(1) Paso y Troncoso, op. cit. 106.

(2) Paso y Troncoso, op. cit. 117.

(3) Paso y Troncoso, op. cit. 123.

tura realmente es preciosa, la estudié con mucho detenimiento (1) y encontré una característica más que confirmó mi creencia, un tzotzopaztli pintado de azul, que lleva precisamente Cihuacoatl en el Telleriano Remensis, es la única diosa que con femenina coquetería lleva el tlaquechanyotl de lado, usa también el tezcacuitlapilli con dieciséis divisiones; de su tocado salen cintas que cuelgan y en él tiene una mariposa que descende sobre el pecho en forma de pectoral; otra papalotl que asciende y su falda está hecha de flechas entretrejidas y sobre la cabeza un tocado de plumas de águila que la identifican como Quauhcihuatl, la mujer del águila.

(1) Gracias a la gentileza del señor Rafael Orellana, a quien agradezco sus consejos e indicaciones, en todo lo que valen.

**DIOSAS DE LA ADVERSIDAD, DE LA INMUNDICIA
Y DE LA MUERTE**

Xantico

A Xantico la encontramos siendo regente del signo Quiahuitl en lugar de Tlaloc o cualquiera otra de las divinidades del agua; seguramente porque los sacerdotes, es decir, las personas sabias de la tribu, veían en este signo no la lluvia que cae del cielo, sino la tercera de las cuatro épocas prehistóricas; el sol de las lluvias o Quiahuitonatiuh. (1) A este respecto, los anales de Cuauhtitlan dicen:

"En el tiempo sucedió que lloviera fuego,
que con éste se quemaron los moradores
y llovía, según se dice, arena de piedras (cenizas volcá-
nicas.

Entonces fué esparcida la arena de piedras
y las piedras del tamaño de un granizo,
y se espumó la piedra de espuma
(la piedra pomez, la lava llena de vejigas).

Y entonces se extendieron las corrientes rojas (torrentes
(de lava)".

Esta diosa tenía su templo en México, oímos la voz de Sahagún, (2) llamado Tlanman con sacerdotes dedicados especialmente a su culto y quienes estaban obligados a tener listo y arreglado lo necesario para la fiesta del fuego, (el fuego entre ellos era un elemento purificador en el aposento de la madre que acababa de traer un cautivo al mundo, ardía constantemente, purificando así los pecados de ella). "Teas para ha-

(1) Op. cit. 10.

(2) Sahagún, op. cit. I, 324.

cer hachones, almagre, tinta, cotaras y caracolitos marinos", para sonarlos durante la festividad.

Xantico era también, como dijimos, la diosa de los Xochimiquenses y la deidad principal de los Tlalteque, es decir, de los lapidarios, joyeros y acicaladores que debían ser originarios de Xochimilco.

Xantico, aunque Durán la confunda con Cihuacoatl, es una deidad distinta a la de Colhuacan como se vió. (1)

Xantico era una de las advocaciones sí de la diosa de la tierra, pero Xantico es la personificación del fuego devorador, la boca abierta de la diosa en su representación en piedra de la que nos habla Durán (2) y los colmillos largos de un animal de rapiña, lo confirman y si esto no fuese bastante, el sacrificio que se ofrecía en la fiesta que en su honor se celebraba en México, consistía en arrojar al fuego cuatro prisioneros de la misma manera que se hacía durante la fiesta de Xolotl. (3)

Los sacerdotes, una vez consumado el sacrificio, dejaban caer sobre la piel desnuda de sus miembros, el sacrificio que consideraban más del agrado de la diosa, las gotas de brea de los hachones encendidos.

La representación de su diosa, es decir, de ella misma, según los que en ella creían, debía estar en el Tlillan, el lugar de oscuridad profunda. Por otra parte el sitio del fuego entre los aztecas era el centro de la casa, en donde no faltaba porque era indispensable, para la cocción de sus alimentos por el día y para alumbrarse en las teas resinosas de sus hachones por las noches. El nombre de la diosa Xantico, "en la casa", queda lógicamente explicado de esta manera.

Su otro nombre es Quauxolotl, (4) "de dos cabezas o dividido en la punta". La penetrante observación de los aztecas no podía menos de fijarse, en que las llamas generalmente se bifurcan en la punta, pareciendo dos llamas en una sola, pareciendo tener "dos cabezas". Ambos nombres en apariencia distintos, confirman y explican su significado como diosa del fuego.

El día de fiesta de esta semana, marcado según costum-

(1) Ver capítulo Cihuacoatl.

(2) Durán, op. cit. II, 177.

(3) Seler, op. cit. II, 439.

(4) Seler, op. cit. II, 439.

bre por la mano, es el día chiconahuitzcuintli, no porque el perro fuese el símbolo del fuego como afirma Seler(1) con Sahagún, sino por la identidad entre las diosas Xantico y Chiconahuitzcuintli, a la que ya nos referimos.

El traje de la Xantico es de los mismos colores rojo y blanco de la Chiconahuitzcuintli; sobre la espalda se ve su divisa de plumas sostenida por las garras de un águila que es una mariposa (Tlappapalo), y sobre el escudo pintado de amarillo y rojo o colores del fuego, (2) o quauh-pachiuquichimalli. Este escudo era el emblema general a lo que parece, de las diosas de los lugares que bordean la laguna, Xantico de Xochimilco; Cihuacoatl de Colhuacán, Tzapotlatena de Tzapotla.

En el código Borbónico, en la figura de la Xantico, se ve en el Tlachinolli, el símbolo del fuego terminado en una mariposa.

En la semana décimoctava del Tonclamatl de Aubin, uno de los tres códigos mexicanos precortesianos, se le ve con su cara pintada de amarillo, color que como se sabe era con el que los pintores indígenas señalaban a los muertos o las figuras femeninas; en el Borgia tiene además alrededor de la boca una raya roja, color que se repite en las rayas faciales, pintura que en este mismo código Borgia presenta la diosa Xochiquetzal. Esta representación es la que más se parece a la descripción que de ella hace Durán, pues está dibujada con sus largos colmillos, recordando las garras de las aves de rapiña, y que solo Tlaloc, el dios del agua, tiene más largos.

En el Borbónico (3) tiene como adorno nasal la placa azul escalonada de Xochiquetzal; en el Borgia su nariguera tiene la forma especial del anillo y del rayo, motivo que se repite en sus orejas y que son elementos del sol. (4)

En este adorno es en el que Seler se basa para creer que la cabeza en piedra que está en la Galería de Monolitos del Museo, es Xantico por el disco que tiene en la mejila, en el que claramente se ve el jeroglífico teocuitlatl (oro) del cual cuelga un cascabel de coyolli.

Sobre la nuca de Xantico cae en el código Borbónico, como

(1) Seler, op. cit. II, 440.

(2) Matrícula de Tributos, Cód. Mendocino, edición inglesa.

(3) Código Borbónico, lámina 18.

(4) Seler, op. cit. 447.

en todos los códices mexicanos, un tocado de paño rojo que remata con dos flores, como el tocado de Xochiquetzal.

Su huipil es rojo y su cueitl blanco adornada con anchas rayas rojas.

En su tocado se ven unos discos blancos que parecen de concha y quizá lo eran, porque recuérdese que entre las obligaciones de sus sacerdotes estaba precisamente la de conseguir caracolitos para ella.

En su indumentaria Xantico usa prendas de las diosas de la tierra y de la guerra: el maxtlatl, la pieza peculiar del atavío masculino seguramente porque la consideraron como un guerrero, la citlacueitl; sobre su tocado el símbolo guerrero, el aztaxelli, terminado en dos penachos en el Borbónico y frente a ella se ve no al atlchinolli del Telleriano, sino una vasija de la cual sobresale una garra de águila, emblema de su escudo.

En los códices mexicanos faltan algunas de las figuras que se encuentran acompañando a esta diosa en el otro grupo de códices, pero las que se encuentran confirman plenamente su simbolismo, el braserillo es el fuego, el caracol la expresión de lo que se encierra, de lo que está dentro de la casa y de lo que se hace dentro de ella: la cazuela llena con tamales, el zacatapoyolli con dos púas ensangrentadas de maguey simbolizan el sacrificio y el ayuno que suponemos de la media noche por el glifo que le acompaña. En el Borbónico (1) y en el Telleriano, la Xantico está sentada teniendo en frente un cerco dentro del cual está un hombre, que en el primero de los códices citados, está vestido con insignias guerreras; lleva en el brazo la bolsa del copalli; en una de sus manos púas de maguey y en la otra las flores en rama o tziuactli, que usaban para causarse heridas; en el Tonalamatl en lugar de la bolsa del copalli, lleva un cuchillo de pedernal. En el Telleriano el hombre no es simplemente un sacerdote, sino una representación de la divinidad que inventó el ayuno y la penitencia sacerdotal, es decir, Quetzalcoatl; el conocimiento de este personaje nos lo permite el glifo en el que está expresada una fecha, "ce acatl" o sea la del nacimiento y también probable muerte de Quetzalcoatl. En el códice de mano del comentarista

(1) Lámina 18.

ta se lee sobre la casa del sacerdote, "casa de oro", y en la que Seler (1) encuentra una de las cuatro construidas precisamente por Quetzalcoatl para hacer penitencia, la coztic o teocuitlacalli, siendo las tres restantes la tapachcalli o recubierta de conchas rojas, la xiuhcalli o cubierta de turquesas y la teccizcalli o de conchas blancas.

Itzpapalotl

Diosa de muy mal agüero, en el panteón azteca su nombre significa "la mariposa de las navajas de obsidiana", (2) y es otra de las diosas en las que predominan atributos huastecos en su indumentaria. Sin embargo su patria de origen la encontramos entre los chichimecas, donde era la diosa que se alimentaba con los corazones de los animales que cazaban y que se "aparecía en los desiertos", (3) a la que llamaban nuestra madre. En realidad es otra de las advocaciones de la diosa de la tierra.

La importancia que entre las antiguas tribus chichimecas tenía es indudable, porque según la tradición ella había sido quien había designado a Huactli como su primer rey. (4)

Itzpapalotl para los mexicanos, venía de Tamoanchán, su mítica patria primitiva, que en este caso entendían como el domicilio de las figuras o demonios de la lobrete, que en determinadas ocasiones bajaban a la tierra. En unos códices la representan en forma de un gusano con alas, de cuyo extremo inferior sale agua, con un solo ojo, dos antenas y teniendo en su ala redonda un par de cuchillos de piedra. (5) En las pinturas propiamente mexicanas la diosa se identifica con las Tzitzimintli y las Cihuateteo, las diosas demonios de la oscuridad.

En el Telleriano es una mariposa de dos antenas y dos alas con su cuerpo de insecto encorvado y con disfraz que consiste en una máscara desde el cuello que representa una figura femenina, que confirma el sexo de la diosa, pudiendo ser la compañera o la hermana de "Itzpapaltotec, el dios del castigo del pecado del hielo", (6) que sí es una de las advocacio-

(1) Op. cit. II, 450.

(2) Paso y Troncoso, op. cit. 74.

(3) Seler, op. cit. II, 405.

(4) Meade, op. cit. 27.

(5) Vaticano B, láminas 63 y 92.

(6) Mateos, op. cit.

nes de Xipe Totec; pero en su cara distinguimos los dientes de calavera, índice de los muertos y las garras de sus manos y de sus pies nos la presentan como demonio de la noche. Lleva sobre la nariz un cuchillo de piedra, y en el Telleriano se adorna con un collar de cuchillos de pedernal.

El que la diosa Itzpapalotl fuese una deidad de lucha, nos lo está diciendo el maxtlatl y el aztaxelli que en uno de los ángulos de la lámina se encuentra.

En el Tonalamatl su disfraz es precisamente la cabeza de la mariposa. Tiene la cabeza tocada con una especie de diadema que Seler considera (1) como quetzalcomitl y por el lóbulo de la oreja de la diosa, se alcanza a distinguir la parte posterior del cuerpo de un insecto.

El Borbónico la presenta francamente como un demonio, sin vestigio alguno de la mariposa, idéntica por lo demás su representación con la del Telleriano, su rostro pintado de amarillo, llevando en la mejilla el disco azul o tlaxapechtli, pero que se ve blancos. El color de su rostro es distinto en el Tonalamatl donde el tlacuilo la pintó de color rojo cubriendo sus brazos y piernas de plumaje obscuro. (2)

En el Telleriano la encontramos con su cueitl terminando no en una franja de cuchillos de pedernal, sino en dobladillo de dientes que nos explica el otro nombre que le daban, Itzcueye, es decir, la de la enagua de piedras de obsidiana, de esta piedra en el Tonalamatl hay un espejo en forma de cruz debajo de la cual está una calavera; lleva su enagua de estrellas Citlacueitl, como si la noche estrellada fuese su cómplice y los cueros tejidos entrelazados, en cuyos extremos cuelgan las conchas de caracoles. Los caracoles vacíos es un motivo que encontramos pintado en su cara en este manuscrito y en el que Seler ve otra manera de de presentar un mal augurio.

Las mujeres tenían a esta diosa que les era particularmente adversa, porque estaba aliada como dijimos a los demonios de la noche, pero a la vez representaba por su advocación especial de diosa de las mujeres adúlteras, la única oportunidad de regeneración que tenían las mujeres que llevaban vida equívoca. Cuando querían abandonar esa clase de vida

(1) Op. cit. II, 407.

(2) Lámina 15.

iban completamente solas hasta una de las encrucijadas de los caminos, sitio de Itz'papatl y en general de todas las deidades fantasmas, a dejar sus enaguas y toda la ropa con la que habían llegado vestidas, simbolizando así su deseo de dejar olvidada también su vida pasada. (1)

Tlazolteotl

La diosa de la inmundicia, de la carnalidad, la Venus impúdica y plebeya (2) que Seler identifica con la diosa de la tierra, Tetcinnan, es de origen huasteco; a la costumbre de incorporar a su panteón dioses extraños haciéndoles conservar su indumentaria con todas sus características, agradecemos el poder identificar en la mayoría de los casos, la patria de origen de las distintas divinidades.

El culto que los cuexteca, como les llamaban los mexicanos, concedían a los dioses del pulque de los que era compañera Tlazolteotl y de cuya indumentaria participaba, explica a satisfacción la vida desordenada que ellos llevaban.

Tlazolteotl tenía tres hermanas, según Seler, (3) cuatro según Sahagún, (4) de diferentes edades, la más pequeña se llamaba Xucotzin o Ixcuina y era a la que debían los hombres la invención de otra forma de sacrificio humano y que consistía en la muerte por asateamiento, en el año ocho conejo, precisamente en el que llegaron a Tollan los demonios femeninos llamados Ixcuiname. (5) Eso nos explica el por qué los sacrificios por asateamiento los celebraban en mayor número en los años "ce tochtli", que desde hacía dos siglos se habían significado por ser años de hambre. El sitio del primer sacrificio había sido Huextecatl ichocayan (donde lloran los huastecas), en donde las extranjeras al dejar la Huasteca para venir en pos de Tollan (6) llamaron a los prisioneros que habían hecho allí y les dijeron: "Nosotros nos vamos a Tollan, queremos fructificar la tierra con vosotros" y desde entonces la sangre había

(1) Interpretación al Telleriano, 28.

(2) Clavijero, op. cit. I, 177.

(3) Seler, op. cit. II, 322.

(4) Sahagún, op. cit. I, 25.

(5) Anales de Cucuhtitlán.

(6) Meade, op. cit. 115.

de ser considerada como necesaria para hacer más próspera la fructificación de la tierra.

Tlazolteotl era la hermana que seguía inmediatamente a Ixcuina y de ella seguían la Tiocapan o hermana mayor y Teicuo la hermana segunda. (1)

Tlazolteotl e Ixcuina, dos rostros en un solo cuerpo, se encuentran presidiendo la decimotercera semana, por ser la deidad regente del día decimocuarto u ocelotl. La identidad entre estas diosas es perfecta.

El nombre de Ixcuina significa la de dos caras, y en los códices su rostro está pintado siempre con dos colores.

Tlazolteotl es la diosa de la inmundicia, de la carnalidad, de la concupiscencia, del amor sexual, la patrona de las mujeres adúlteras; la diosa del estiércol, dice Torquemada, (2) a quien tenían propicia para el perdón de los pecados carnales.

La identidad entre esta deidad y Toci está dada por la representación que en las manos llevan los servidores huastecos de la diosa de la tierra en la fiesta del Ochpaniztli y que es por cierto la única representación francamente obscena que se encuentra en los códices.

La esencia de Tlazolteotl era realmente la unión sexual y que la llamasen además con los nombres de diosa de la inmundicia nos está diciendo que también los mexicanos, como dice Selser, (3) "considerasen el acto genérico como cosa sucia" y a veces como pecado, que solo se disculpaba si quienes lo habían cometido habían estado bajo la influencia del líquido formado por las lágrimas de la Mayagüel.

Su traje la indicaba como compañera de los dioses del pulque porque, como decíamos, la embriaguez producía un embotamiento de los sentidos y permitía que se cometieran delitos carnales, que Tlazolteotl como diosa de la inmundicia presidía; en el código Borgia es el único en que su traje está pintado con los colores rojo y negro, porque en el Telleriano está cubierta con la piel del desollado, con la piel de la víctima que lleva un estandarte sobre la espalda, en el que se repiten esos colores. En la nariz lleva la media luna nasal característica como sabemos, de los dioses del pulque. El código Borbónico, ade-

(1) Sahagún, I, 25.

(2) Op. cit. II, 62.

(3) Op. cit. II, 345.

más de presentar la misma ornamentación y colores, presenta una pieza más, una especie de delantal que cae sobre el pecho y que se repite en la estera que le sirve de asiento; en este códice además se encuentra la única representación pictográfica de un nacimiento, siendo precisamente la diosa Tlazolteotl quien está dando a luz una criatura que aparece vestida con la indumentaria de su madre, como si quisiesen indicar que la tierra renace en sí misma. En la parte superior de la lámina se encuentran las huellas de los pies desnudos que como sabemos, indican el camino de alguien, en este caso de la criatura que viene de lo alto.

La diosa tiene la faja frontal de la deidad de la tierra, de algodón crudo que cae a los lados y hacia la espalda y que sostiene unos husos; de la oreja pende una cinta de algodón crudo también o la orejera en forma de tubo o coyolmacohtli. El que hayamos indicado que el algodón no está todavía hilado se debe a que lo encontramos representado como en lo códice Borbónico; las cápsulas abiertas del algodón con puntitos y pequeños ganchos. El algodón y el huso además de ser emblemas de la ocupación mujeril, manifestaba, dice Seler, (1) la patria de esta diosa, repetida insistentemente como veremos por las siguientes piezas de su atavío: el cuechtli o cinturón de cascabeles o sonajas, que Tezozomoc nos dice que usaban los huastecos para "poner más-espanto y temor", que en la diosa está hecho de correas tejidas y de conchas, al que llaman especialmente paño de la cintura y de las estrellas o citlalicue, que también lo lleva la Teteoinnan del Telleriano. Usa además el tocado de la nuca, característico también de la Huasteca, hecho de plumas de codorniz y tiras de hoja de palma, cuyo nombre es icoyatemal, imprescindible como el copilli en las representaciones de Quetzalcoatl, claramente marcado en la pintura que la representa como regente de la semana, "ce ollin", metido dentro de una bolsa de caucho, sobre la ixcaxochitl.

El otro nombre de la diosa Tlalliyyollo, interior de la tierra o corazón de la misma, lo explica Seler por el buho que está parado frente a la puerta; en el códice Borgia, Tlazolteotl, que es la deidad regente de la décimotercera semana, tiene en frente la casa, pero en lugar del buho se encuentra el buitre gran-

(1) Op. cit. II, 354.

de o cozcaquauhli. En los códice propiamente mexicanos no se encuentra la casa (solo en el Tonalamatl de Aubin a la que ya nos referimos), en los demás frente a ella se ve un ave de rapiña de oscuro plumaje con adorno guerrero, el aztaxelli y en su oreja el espejo humeante de Tezcatlipoca, este pájaro que el intérprete del Vaticano B llama uactli (en realidad un águila pequeña que se nutría de culebras, a quien los mexicanos temían como ave de mal agüero, por la forma especial de su canto que parecía la risa de una gente y que consideraban otro de los nahuallis de Tezcatlipoca), que lleva en sus manos dos espinas quizá porque otras veces su canto parecía repetir "ome uitz".

En el Borbónico y en el Tonalamatl entre la Tlazolteotl y el uactli hay un símbolo formado por dos figuras entrelazadas semejantes a las que se notan en el signo ollin del Borgia; el campo oscuro en el Borbónico está reemplazado por una culebra pintada de verde en el Tonalamatl y por Quetzalcoatl con una bolsita de copalli y un ecauictli. En el campo claro del Borbónico hay un ciempiés pintado de amarillo, color que repite la figura que le sustituye en el Tonalamatl y que Seler interpreta como el atchinolli (1) o símbolo de la guerra. Es tiempo de que mencionemos aquí la otra interpretación de Tlazolteotl.

Tlazolteotl o Teteoinnan en Cuextlan, de donde era originaria, estaba considerada como una diosa de la guerra, y su culto fué llevado a la Huasteca y a todas las comarcas vecinas precisamente con ese carácter. Para los mexicanos esta diosa, deidad guerrera, era unas veces la primera que había hecho un prisionero en la guerra y otras la infortunada princesa que había sido la primera sacrificada por ellos y a la que llamaban también Madre de la Discordia, a la que Durán identifica con Toci.

En el Borbónico, junto a la diosa está una vasija que con tiene la cabeza de un guerrero, con el bastón largo en los labios, en el Telleriano se repiten estas mismas figuras y la diosa tiene en la mano la cola de una culebra y una cadena de piedras preciosas, que lleva como collar la Teteoinnan dibujado sobre ello y en la parte inferior una culebra de fuego. En los manuscritos mexicanos en lugar de que la Teteoinnan esté

(1) Op. cit. II, 368.

frente al tigre como en el Borgia y en el Vaticano B, está Quetzalcoatl también ofreciendo ofrenda, pero la relación entre este dios y la Tlazolteotl considerada como diosa de la tierra, nos la enseña el signo cuitlatl que lleva en la mano y que significa la suciedad del hombre, el pecado. Tlalquani otro nombre con que la designaban significa literalmente "la que come la suciedad", porque al fin la tierra es la que recibe los desechos humanos y se los come. La Tlazolteotl o comedora de cosas sucias, (1) Tlazolteotl, fué la diosa cuya presencia se hizo precedir de un fuerte temblor (2) y el día de fiesta en la veintena que ella preside es el macuil cipactli o cinco caiman "el pez del cual se formó la tierra".

Sin embargo, los días que realmente pertenecían a Tlazolteotl en su advocación de diosa de los amores, eran los chicnahui acatl, (3) que consideraban los mexicanos como particularmente infelices.

Pero así como esta diosa y sus hermanas inspiraban los torpes deseos, tenían poder para perdonar todos los pecados carnales, si los confesaban quienes los cometían en la fiesta de estas diosas. La penitencia o castigo impuesto por ellas debían ser cumplidos en las encrucijadas de los caminos, los días que las Cihuapiltin bajaban a la tierra.

Mictlancahualt

Y para el azteca, como para todos los pueblos, llegó un día en que la vida no era más que la antesala de otra existencia mejor. Habían resuelto el problema que significaba el origen de la vida y las leyes que la regían, resuelto también a su manera, los múltiples complejos problemas de la naturaleza, una sola interrogación se planteaba para el futuro, el destino reservado a los que morían.

Los padres de los dioses habían creado una pareja de dioses para que gobernasen en el Mictlan, el sitio de oscuridad que los cronistas cristianos interpretaron como el infierno y que debía significar para todos los hombres, el más allá. Sin em-

(1) Sahagún, op. cit. I, 24.

(2) Seler, op. cit. II, 371.

(3) De la Serna, op. cit. 317.

bargo, las advocaciones perfectamente delimitadas de todas las demás deidades como ya se dejaron señaladas, parecían estar como sus templos, dadas por toda la eternidad y así celosamente cada uno de los dioses guardaba para sí el dominio del elemento que le correspondía y Mictlantecuhtli y Mictlancacihuatl solo podían llevar consigo a aquellos que morían en su lecho de muerte natural, los demás estaban fuera de su dominio. La diosa del Mictlan, por ejemplo, no podía llevar consigo a las mujeres que murieran ahogadas, a las que murieran en su primer parto o las que encontraran la muerte fulminadas por un rayo, ellas irían como referimos un poco más detalladamente en el capítulo Muerte, de este trabajo a otros sitios distintos.

En realidad entre los aztecas un infierno, es decir, un sitio en el más allá donde pagar los pecados cometidos durante la vida, no existió; los castigos a las faltas cometidas eran dados durante la existencia humana y las más cruentas penas que las divinidades aztecas tuvieron en su poder, fueron las enfermedades, ya al referirnos a las diosas de la medicina hablamos de todas las enfermedades que ellas producían y para mejor comprobar nuestra afirmación recordemos que al recomendar los padres a sus hijos que no cometiesen determinados pecados, insistían siempre "porque si no te tullirás por su mandado", significando el castigo que los dioses le enviarían y que siempre se traducían, insisto, en enfermedades.

Mictlancihuatl no enviaba ninguna enfermedad, solamente esperaba que muriesen por designio de otros dioses, los hombres y las mujeres para que fuesen a morar en su palacio del centro de la tierra, donde todos presentaban en sus rostros, como los príncipes de ese sitio, los dientes descarnados de los muertos, el cabello revuelto y enmarañado por el que transitaban "las sabandijas de la noche".

Ante Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl iban los muertos a presentarse como sus vasallos, llevando como para sus Tlaccacacihuatls ofrendas y los príncipes del infierno señalaban a cada quien el sitio que debían ocupar, porque entre los muertos como entre los vivos, había distintas categorías y ocupaciones, las mujeres aún aquí debían seguir hilando y tejiendo. (1)

(1) León y Gama, op. cit. 44.

Los aztecas sentían especial reverencia por los muertos, les celebraban como ya sabemos, fiestas especiales y procuraban por todos los medios que creían a su alcance ayudarles en los múltiples trabajos que debían pasar para encontrar su sitio definitivo en la otra vida.

La reverencia especial a la muerte, a Miquiztli, segadora de vidas en nuestra mente, se hacía en su templo construido dentro de la traza del templo mayor y al que llamaban Tonalhuac, (1) ofreciéndole como a todos sus dioses vidas humanas.

Y hasta aquí nuestro afán, volved diosas a guardaros en el pensamiento de vuestras mujeres, volved mujeres aztecas a las sombras que envuelven vuestra historia... la historia de un pueblo más, que marchó cantando su propia canción en el concierto total del Universo.

(1) León y Gama, op. cit. 44.

BIBLIOGRAFIA

- Alcocer, Ignacio Dr.
"Las Comidas de los Antiguos Mexicanos".
"Consideraciones sobre la Medicina Azteca", en el tomo III de la Historia de Las Cosas de la Nueva España, de Sahagún, México, 1938.
- Alba Hermsillo, Carlos.
"Estudio Comparativo sobre el Derecho Azteca y el Derecho Positivo Mexicano", México, 1939.
- Bravo Ugarte, José
"Elementos Prehispánicos de la Historia de México", México, 1944.
- Campos, M. Rubén.
"La Producción Literaria de los Aztecas", México, 1936.
- Clavijero, Francisco Javier.
"Historia Antigua de México", trad. de J. Joaquín Mora, México, 1883.
- Caso, Alfonso.
"Religión de los Aztecas", México, 1936.
Notas de su cátedra de Arqueología de México y Centro América, versión de Rafael Orellana.
- Cortés, Hernán.
Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, Gayangos, París, 1886.
- Códices:
Borbónico.
Borgia.
Chimalpococa (Anales de Cuauhtitlán).
Telleriano Remensis.
Mendocino.
Tonalamatl de Aubin.
Vaticanos A y B.
- Chavero, Alfredo.
"Historia Antigua y de la Conquista", en México a través de los Siglos, tomo I.
- Durán, Fr. Diego.
"Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme", México, 1867-1880.

- Gamio, Margarita de Alba.
 "El Matrimonio entre los Aztecas", México, 1941.
- Heredia, José.
 "Sermón Panegírico", México, 1802.
- Historia de los Mexicanos, por sus pinturas, en Anales del Museo, II época, 1882.
 Kohler, J.
 "El Derecho de los Aztecas", trad. Revista Jurídica, México, 1942.
- Mateos, Juan.
 "Índice Iconográfico de Dioses Nahuas", Inédito.
- Larrainzar, Manuel.
 "Estudios sobre la Historia de América, sus Ruinas y Antigüedades", 5 vols., México, 1875.
- León y Gama, Antonio.
 "Dos Piedras", México, 1892.
- Meade, Joaquín.
 "La Huasteca", México, 1942.
- Mena Ramón.
 Notas acerca de Xochicalco, México, 1910.
 "Los Dientes de los Indios", México, 1921.
 "Las Cihuapipiltin y las Tzitzimine", México, 1921.
- Melgarejo, José Luis.
 Totnacapan, Kalapa, 1943.
- Mendieta, Fray Jerónimo.
 "Historia Eclesiástica Indiana", México, 1872.
- Monzón, Arturo.
 "El Parentesco y la Propiedad en la Organización Social de los Tenochcas", Inédito.
- Moreno, M. Manuel.
 "La Organización Política y Social de los Aztecas", México, 1931.
- Noguera, Eduardo.
 "Ruinas Arqueológicas de Xochicalco", México, 1929.
- Orozco y Berra, Manuel.
 "Historia Antigua y de la Conquista de México", 4 vols. México, 1880.
- Pijoán, José.
 "Historia del Mundo", Barcelona, 1927, 4 vols.
- Pomar y Zurita.
 "Relaciones de los Señores de la Nueva España", México, 1941.
- Ponce, Pedro.
 Breve Relación de los Dioses y Ritos de la Gentilidad, México, 1892.
- Paso y Troncoso, Francisco.
 "Leyenda de los Soles", México, 1903.
 Interpretación al Códice Borbónico, Florencia, 1899.
- Palacios, Enrique Juan.
 "Arqueología de México", México, 1936.
 "Los Yugos", México, 1943.

- "El Totonacapan", México, 1941. Notas tomadas en su cátedra de Arqueología.
- Robelo, A. Cecilio.
Dios o la Idea que tenían de él los Antiguos Mexicanos, México, 1910.
- Rojas González, Francisco.
"La Institución del Compadrazgo entre los Indios de México", Revista de Sociología, V, 11.
- Ruiz de Alarcón, Hernando.
"Tratado de Supersticiones y Costumbres Gentílicas", Anales de Museo, 1a. época, 1900 VI.
- Sahagún, O. F. M. Bernardino.
"Historia de las Cosas de la Nueva España", México, 1938.
- Seler, Caecilie.
Frauenleben in Reiche der Azteken, Berlín 1919, trad. de Pedro Hendrichs.
- Seler, Eduardo.
Comentarios al Tonclamatl de Aubin, trad. de Carlos Brecker.
- Serna de la, Jacinto.
Manual de Ministros de Indios, México, 1892, Anales del Museo, 1900, VI.
- Spencer, Herbert.
"Los Antiguos Mexicanos", México, 1896.
- Torquemada, O. F. M. Juan.
"Monarquía Indiana", México, 1723.
- Tezozomoc, Hernando.
"Crónica Mexicana", México, 1878.
- Vaillant, George.
"La Civilización Azteca", México, 1944.
- Zurita, Alonso.
Breve y Sumaria Relación, México, 1941.

INDICE

	Página
Motivo.....	11
Preámbulo.....	13
I.—SU VIDA.....	15
Nacimiento.....	17
Empadronamiento.....	20
Horóscopo.....	20
Bautismo.....	23
Sacrificios Infantiles.....	27
Educación.....	30
II.—SUS OCUPACIONES.....	49
Adivinación.....	49
Comerciantes.....	52
Pintores.....	53
Otras Ocupaciones.....	53
De las Mujeres Esclavas.....	54
Curanderas.....	54
Parteras.....	58
Mercaderes.....	60
III.—SU VIDA (Continuación).....	73
Hilado y Tejido.....	75
Indumentaria.....	78
Sandalias.....	81
Peinados.....	81
Cocina.....	82

	Pagina
Bebidas...	88
Matrimonio...	88
Divorcio...	96
Delitos...	97
Maternidad...	100
Muerte...	102
Cihucapiltin o Cihuateteo ..	107
IV.—SUS DIOSAS...	113
a).—De la Vida y la Generación...	117
Tonacacihuatl...	119
Omecihuatl...	112
Citlalicue o Citlalcueye...	124
Mayaqüel...	125
Quato o Caxoch...	126
Meztl...	127
Quetzalcoatl...	128
Xolotl...	129
b).—De los Niños ...	131
c).—Del Amor y la Habilidad...	137
Xochiquetzal...	139
Ixnextli...	148
Oxomoco...	150
Chiconahuitzcuintli...	151
d).—De la Medicina...	155
Tzapotlatena...	159
Citlalicue...	159
Chalchiutlicue...	160
Iztaccihuatl...	163
e).—De la Alimentación...	165
Centeotl...	167
Xilonen...	169
Chicomecoatl...	171
Ueixtocihuatl...	174
Xantico...	174
Chalchiutlicue...	175
Mayaqüel...	180

	Página
f).—De la Tierra... ..	185
Coatlicue... ..	187
Coatlantonan... ..	191
Toci o Teteoinnan... ..	191
g).—De la Adversidad, de la Inmundicia y de la Muerte.	205
Xantico... ..	207
Itzpapalotl... ..	211
Tlazolteotl... ..	213
Mictlancihuatl... ..	217
Bibliografía... ..	221
Índice... ..	225